

CARAS Y CARETAS

LOS APUROS DE JOSÉ CAMIL

Crotto. — ¡Treinta años corriendo... ligros!... Y cuando creía poder descan mis propios correligionarios ponen a pru mi pedestrismo!... ¡Nada, que se m'l alzao los muchachos!



Los misterios de Buenos Aires



Pasados dos meses, desde el asalto fracasado a la lancha, asalto que tuvo como epílogo el asesinato del marinero, volvió a reinar la tranquilidad entre la población de barqueros y pescadores que abundan por la Boca.

A pesar de las continuas batidas de la Policía, no había podido llegarse al esclarecimiento de ninguno de los dos crímenes; los autores de ellos se habían ocupado bien en no dejar ni rastros ni pruebas que pudieran comprometerlos, y así, habiendo caído también ellos, — el Pulga y sus secuaces, — una noche, en el allanamiento de una taberna de la ribera, habían sido puestos de nuevo en libertad por no existir comprobantes que los mostraran como autores o cómplices de los hechos delictuosos.

Educados todos cuatro en la escuela del delito, del crimen y de la mentira, toda la pericia de la justicia se estrelló en su cinismo y en las negativas categóricas que a todo interponían. Todo lo negaron, con una sangre fría y una decisión admirables, y al fin lograron su libertad. Se dedicaron entonces a trabajar por el puerto, como cargadores o estivadores, para borrar las últimas sospechas que pudieran despertar, ya que la policía no cesaba en sus pesquisas, y, cuando creyeron llegado el momento oportuno, reanudaron su vida de correrías y de robos.

Esa noche, en una pequeña «trattoria» de la ribera, reinaba una animación desusada. La concurrencia, diez o quince cuando más, semiperdida entre la atmósfera turbia de humo y de emanaciones fétidas, dirigía sus miradas ávidas hacia una mesa, situada en un rincón, alrededor de la que conversaban, indiferentes a la admiración general, tres hombres, viejos contertulios.

El Pulga era uno de ellos. Los otros dos, sus antiguos cómplices, que eran conocidos entre la gente de la ribera, por el *Ñato*, el uno, y Pepe, el otro. Conversaban en voz baja, y de cuando en cuando, entre frase y frase, bebían ginebra en pequeños vasos, que no dejaba mucho tiempo vacíos el *porrón* que se hallaba a un costado de la mesa.

— La pucha, que tarda el gringo, ¿me lo habrán soplao?

— Perdé cuidao, no es tan otario... mirá, ahí'stá.

Acababa de entrar, en efecto, un morrudo hombrachón, de cerca de treinta años, que saludando a algunos amigos con risa irónica, se acercó a la mesa donde le esperaba el Pulga.

— Sentate. Che, Piagentín, traé otro vaso.

El fondero alcanzó lo pedido, solícito, y se retiró con prontitud.

— Vamo, pegale al frito y batí qué hubo.

— Macanudo. Dentro de una hora hay caso. Ya está el bote atado en el nicho'el perro. He tenido que pegar una pateada feroz. ¡Si viniera Laucha!

— ¡Que reviente, por otario! ¿Pa qué se dejó engrupir? — dijo el Ñato, vaciando el vaso.

El Pulga no decía nada. Se conocía por la forma de mirar, fija, que meditaba algo.

— Bueno, — dijo de pronto, — iremos aura; haciendonó los otario. El Ñato y vos se van en bondi hasta el puente y después siguen a pata. Cuando lleguen al nicho, nos esperan. ¿Estuvo?

— Estuvo.

— Yo voy con Pepe, a pata, porque primero vamo pa casa a'garrar los nenes. ¿Estuvo?

— Estuvo.

— Bueno, pagá y vamo.

Y al rato salían los cuatro, despidiéndose de los amigos con un «hasta mañana»...

Argos Poe.



Dib. de Dumont.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.



El mozo. — *¿En qué lado de la mesa se sentará, señora?*
La señora. — *En ningún lado; yo quiero sentarme en una silla.*

MONT.

La hija. — Oye mamá; el señor Fernández me ha pedido la mano y yo le he prometido casarme con él.
La mamá. — Pero, ¿te has vuelto loca? Fernández no tiene ni para pagar el alquiler de casa, y no tendrá nada hasta que se muera su padre.
— Es que el Fernández de que te hablo es el padre.
— ¡Eres un talento hija!

D. V.

Un canillita al boticario:
— Deme diez centavos de pastillas de goma.
— ¿Tienes prisa? — le pregunta el boticario.
— No, señor, tengo tos — replica el canillita — despácheme rápido.

P. B.

Encuéntrase en una peluquería un señor bastante calvo, sirviéndose.
Un señor, que allí se encontraba y se las daba de chistoso, dirigiéndose al dueño, dice:
— Por supuesto que a ese señor se le cobra la mitad de la tarifa para cortarle el pelo.
A lo que el otro contesta:
— Vea, amigo: sin embargo, yo pago tarifa doble.
— ¿Por qué?
— Porque para cortarme el pelo me lo deben buscar.

R. M.

En un examen de medicina:
— ¿Qué haría usted, si al hacer una autopsia advirtiese en el cuerpo inanimado algunas señales de vida?
— Pues... pedir mil perdones al paciente y echar a correr.

L. P. N.

— Quisiera saber, señor Intendente, por qué su hijo de usted no ha entrado en conscripción.
— Porque no tiene edad.
— ¡Cómo! ¿No ha cumplido todavía veinte años?
— No, señor; ni los cumplirá mientras yo sea Intendente.

SITA.

— *¿Dónde están el coche y los caballos? ¿No te dije que no los perdieras de vista?*
— *Y yo no los perdí; fueron ellos los que se perdieron de vista.*

A. FOX.


En Sombreros y Fantasías, presentamos un surtido digno de toda ponderación, tanto por su elegancia extremada, Moda, calidad, como por sus PRECIOS MODICOS.
1
2
3
N.º 2. — SOMBRERO bolero, lama y copa de terciopelo y adelante aplicación de soutache. Colores de moda. Pesos 19.50
N.º 1. — CANOTIER INGLES, en terciopelo y seda, adornado alrededor con hilos de aigrette. Colores: negro, marrón, marino y topo, pesos 18.50
N.º 3. — GORRO, de forma alta, en terciopelo, adornado adelante con una fantasía y cinta de faya alrededor. Colores: negro, marino y marrón.......................... $ 16.—
4
5
6
N.º 5. — FANTASIA LAME y perlas, en todos los tonos de moda, cada una, a $ 1.25
Otros modelos, a $ 0.95 y.................. $ 0.75
8
N.º 4. — CORDELIERES, bonito adorno en seda y canutillo, colores de moda, c/u. $ 7.50
En azabache y borlas de cachemir, a $ 9.50 y $ 7.50
En terciopelo y metal, a pesos.................. 1.90
N.º 8. — GRAN SURTIDO EN APLICACIONES DE CANUTILLO, cachemir para adorno de sombreros, cada uno, a.................. $ 2.50
Otros modelos, a $ 2.25, 1.75 y............ $ 1.25
N.º 6. — CINTURON DE GRAN MODA, pasamanería de seda y bordado, perlas cachemir, a............ $ 9.50
Modelo sin bordar, a.... 7.50
7
9
10
N.º 7. — BONITO ADORNO PARA SOMBREROS, en seda y canutillo de color, a $ 1.90
Otros modelos, a $ 1.50 y.................. $ 1.25
N.º 9. — BONITA ROSA DE TERCIOPELO, en colores de moda, gran réclame, $ 0.75
N.º 10. — TRIANGULOS lamé brillante, con perlitas de fantasía, cada uno, a $ 1.90
A LA CIUDAD DE MEXICO
OLLIVIER ALBERT & CIA.
Florida y Sarmiento-Bs. Aires

El salón-teatro «Lago di Como», en ocasión del segundo gran festival artístico-social que organizó el centro recreativo y filodramático «Los Rebeldes Primitivos», la fiesta terminó con un lucido baile.



Grandioso festival artístico y baile familiar, que la asociación artística «Argentina» llevó a cabo, con brillante éxito, en el elegante salón-teatro «Giuseppe Garibaldi».



BIZCOCHOS CANALE

Por el esmero con que están fabricados; por la escrupulosa e higiénica selección de las materias primas; por su cocción perfecta, constituyen un alimento ideal para los niños y para las personas delicadas.

Exquisitos para enfermos y sanos.

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1076. — **¿Por qué nos quedamos calvos?**

N. Calvo — Capital.

Pocas cosas hay más misteriosas que la calvicie. Acerca de este fenómeno de nuestro organismo es imposible fijar leyes, y respecto a su patología, estamos hoy tan ignorantes como hace 40 años. ¿Es un signo de degeneración? ¿Es producto de una enfermedad? Nadie lo sabe.

Cuando se mira una galería de retratos de familia, de una familia numerosa, sana y fuerte, y se encuentran en ella numerosos calvos, es preciso desechar la creencia de que la alopecia significa degeneración. En contra de la teoría que hermana la calvicie con la degeneración, está la estadística hecha por el doctor Luker en un correccional, donde entre cien individuos, en su mayor parte criminales, borrachos o imbéciles, sólo tres estaban calvos. El fenómeno, en cambio, se presenta con asombrosa frecuencia en la parte más culta, más noble y más inteligente del género humano; sirvan de ejemplos Bismarck, Darwin, Shakespeare y otros muchos.

Una de las primeras autoridades en dermatología, el doctor James Startin, dice que la calvicie puede ser hereditaria, accidental o por enfermedad, y normal o debida a lo avanzado de la edad. Esta última causa de la calvicie parece ser la más frecuente; pero, ¿son calvos todos los viejos? Sabido es que no, y sabido es también que muchos jóvenes son víctimas de la calvicie, sin causa aparente para ello. En este último caso, puede asegurarse que la decalvación prematura es puramente hereditaria. Pero queda por resolver una cuestión: la causa que privó de pelo al primer antecesor calvo.

Hay muchas enfermedades que pueden determinar la calvicie: el eczema, la gota, la anemia, las indigestiones frecuentes y las erupciones en el cuero cabelludo. La abundancia de caspa, que es por sí misma una enfermedad, produce también la caída del pelo, lo mismo que el peinarse y lavarse la cabeza con excesiva frecuencia. Lo más higiénico es peinarse una o dos veces al día, sin pasar el cepillo muy fuerte. El cepillo debe ser suave, y el peine, a menos que se tenga el pelo muy débil, de aluminio, pues los de esta clase se esterilizan perfectamente metiéndolos en agua hirviendo.

Pero aquí surge otra cuestión: ¿Por qué se quedan calvos los hombres y no las mujeres, por regla general? Ellas se cuidan casi siempre el pelo más que ellos, se lo peinan y se lo retuercen de mil maneras, y están expuestas a las mismas enfermedades, y sin embargo, una mujer calva es una rareza. Para explicar este fenómeno se ha acudido a dos hipótesis. Supone una de ellas que la calvicie se debe al uso constante del sombrero ceñido a la cabeza. Los salvajes, que no gastan sombrero, tienen muy buen pelo. Pero es el caso que la calvicie no es general en el mundo civilizado.

En Inglaterra hay un colegio, el Christ's Hospital, donde los escolares van constantemente con la cabeza descubierta, lo mismo en clase que al aire libre. Se ha escrito al director del establecimiento preguntándole su opinión sobre la influencia de esta costumbre en la cabellera de los alumnos y ha contestado diciendo que la proporción de casos de calvicie entre los que han sido discípulos del Christ's Hospital es la misma que entre los que se han educado en otras escuelas.

La otra teoría atribuye la frecuencia de la calvicie del sexo fuerte al mayor esfuerzo mental que tiene que hacer éste, por dedicarse a estudios y trabajos mucho más serios que los que preocupan a la mujer. Se hace notar, en apoyo de esto, que casi todos los hombres de ciencia famosos son calvos. Huxley, sin embargo, y muchos otros gigantes de la ciencia se han distinguido por su injuriosa cabellera, mientras que, por otro lado, a cada paso encontramos personas incultas, que acaso no hayan hecho en su vida un solo esfuerzo intelectual, con el cuero cabelludo tan liso como la palma de la mano.

En resumen, parece que la calvicie no es resultado de hábitos individuales, ni del exceso de trabajo mental, sino más bien una condición heredada, derivada de muchas generaciones de hombres que han observado costumbres perjudiciales a la opulencia capilar. De estas costumbres la principal ha sido tal vez el uso del sombrero, y en segundo lugar debe considerarse la de cortarse el pelo con frecuencia. Estas dos causas explicarían el por qué en las mujeres es raro el no tener pelo. Admitiéndolas como verdaderas, habría que atribuir muchas calvas modernas a la costumbre, universal durante el siglo XVIII, de raparse y gastar peluca. No llevemos la hipótesis más allá, pues de resultar cierta, no se lo perdonaríamos nunca a nuestros antepasados. Lo cierto es, sin embargo, que antes de que comenzase la moda de las pelucas blancas, la calvicie debía ser rara juzgando al menos por los retratos de aquellos tiempos. Pero, ni aún así puede decirse nada en absoluto, puesto que hay calvos desde que hay humanidad.

——o——

N.º 1077. — **¿Cuál ha sido la distancia más grande que ha recorrido un nadador de una sola vez?**

C. Gutiérrez — San Juan.

El año 77 se celebró un desafío de natación entre Beckwith y el capitán Webb, que ganó el primero de los citados, recorriendo en sesenta horas, por el agua, más de ciento sesenta kilómetros.

Un nadador americano, llamado Daltón, recorrió hace algunos años ciento veinte kilómetros en veintitrés horas y veintiocho minutos.

El mismo capitán Webb atravesó el canal de la Mancha, desde Dover a Calais, en veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos; pero otro nadador, llamado Cavill, hizo el mismo recorrido en casi la mitad del tiempo.

Una de las más extraordinarias hazañas natatorias la ejecutó el profesor Julio Gautiers, campeón de Francia y profesor del club natatorio de Londres, el cual, en 1888, atravesó a nado una distancia de seis kilómetros en cincuenta y cinco minutos, con las manos atadas atrás.

——o——

N.º 1078. — **¿A qué edad empieza el hombre a decrecer?**

Bajito — Salto.

Las observaciones llevadas a cabo por Quetelet demuestran que los hombres y las mujeres alcanzan el máximum de altura a la edad de 50 años, y desde entonces hasta los 90 pierden por término medio 4 centímetros. Atribúyese esta diminución de altura a la reducción que sufren las partes blandas de las extremidades de los huesos, especialmente los cartílagos y la columna vertebral.

Cuando los individuos alcanzan su completo desarrollo, la altura es cerca de tres veces y media mayor que la que tienen al nacer, y el peso unas veinte veces más grande que el que tenían cuando vinieron al mundo.

——o——

N.º 1079. — **¿Cuál es el origen del dicho: «firmar en barbecho»?**

Un español — La Rioja.

De un pedazo de libro muy antiguo que poseemos y cuyo autor nos es desconocido, copiamos la siguiente explicación sobre el origen de la frase que antecede:

« Al efectuar los campesinos la operación de ariega, llamada «barbecho», haciendo arar a caballerías o bueyes que tiran del arado, saben bien que la operación no tiene por objeto enterrar la semilla, supuesto que se trata de remover el terreno, preparándole para la sementera del año siguiente; y y esta consideración, unida a que los operarios la practican confiados en la mayor pericia de los operadores, capataces o mayorales, y aun contando mucho con el instinto, hábito y destreza de los animales, hace que los gañanes o mozos de labranza desempeñen su cometido, en el que no necesitan poner ni desplegar una atención, esmero y cuidado especiales, y trabajan imitando en el trazado de los surcos y en la dirección de los mismos lo que han visto antes hacer a su lado a la persona que dirige la operación, que previamente le indica abriendo dos surcos distanciados, llamados «vesanas» en algunas comarcas.

« El trazado de los surcos semeja a los rasgueos de una escritura sobre el papel; y tanto, que la manera de escribir yendo de derecha a izquierda y viceversa, sin interrumpir el trazado final de un renglón, se llamaba ya entre los griegos, y hoy por los literatos, «bustrofedon»: vuelta de bueyes arando.

« De todo esto resulta que, cuando un sujeto firma y rubrica un escrito porque antes le vió firmar a otros, ya porque le merecen respeto y confianza, ya por otras razones, pero sin enterarse ni preguntar de lo que se trata de autorizar, sin preocuparse de la certeza y alcance del contenido y, en fin, con facilidad, sin reparos y casi automáticamente, se dice de él o él asegura que ha firmado como en un barbecho.

« Por cierto que el firmar así atrae sobre muchos funcionarios y particulares la dura contingencia de ser envueltos en un proceso. »

——o——

N.º 1080. — **¿Quién inventó las plumas de acero?**

J. C. García — Gualeguay.

Aun cuando a fines del siglo XVII se conocían ya las plumas metálicas, que fueron inventadas por un tal Delame, su empleo no se generalizó hasta mucho tiempo después, como lo prueba el hecho de que todavía muy entrado el siglo XVIII se usaban las plumas de ganso, pato, buitre, cuervo y avestruz, que siguieron empleándose hasta hace unos sesenta años, en que ya se adoptaron casi por completo las plumas de acero. A que no tuviese gran aceptación el invento de Delame debió contribuir no poco la poca flexibilidad del metal con relación a las plumas de ave y también su mala fabricación. Por eso, cuando el célebre mecánico Arnoux, un siglo después, las fabricó de un metal más ligero y más flexible, obtuvieron mejor acogida, aunque tampoco muy grande, porque sabido es la resistencia que siempre suelen encontrar los nuevos inventos.

Pero el verdadero inventor de las plumas de acero, tal como las usamos ahora, fué F. Alexander, que montó la primer fábrica de plumas en Birmingham, en el año 1816, si bien hasta veinte años después no adquirió gran importancia. En esta época la fábrica de Alexander, y once más enclavadas también en el mismo punto, producían ya anualmente siete millones de gruesas de plumas. En la actualidad hay varias fábricas en todo el mundo, y de su producción puede formarse idea al saber que sólo tres de ellas, en Boulogne-sur-Mer (Francia), producen al año tres millones y medio de gruesas de plumas y 200.000 gruesas de mangos para las mismas.

La cantidad de acero que se emplea en todo el mundo para la fabricación de las plumas metálicas es muy considerable; sólo Francia gasta más de 200 toneladas anualmente.


Zabala
Bmé. MITRE, 799
Por más que reflexione, se verá en la necesidad de recurrir a nuestra casa si es que quiere obtener la seguridad de adquirir un buen traje, efectuando en ello economías.
CONFECCION
Trajes desde
$ 35
Sobretodos desde
$ 32
Trajes de saco sobre medida, en casimires de pura lana, importados, gustos exclusivos y de la más alta novedad, a $ 110, 100, 90, 80, 75, 70, 65 y $ 58
CREDITOS
Acordamos créditos, pagaderos en diez mensualidades. Soliciten informes.
M. ZABALA
BARTOLOME MITRE, 799
CALZADO
BOTIN de cabritilla charolada, caña de becerro negro mate, el par, $ 13.90

Una excursión a "Puente de Inca"



Los excursionistas en el valle de «Los Lobos».



Esperando el tren de cremallera «Zanjón Amarillo».



Un descanso de un grupo de excursionistas.



Admirando el grandioso panorama del Aconcagua.

El Abuelo

En cada gota de este exquisito vino añejo, hay un mundo de energías y de vitalidad feliz y vigorosa.

Supera al Oporto mejor, y cuesta menos.

EL ABUELO
VINO RANCIO DULCE

Unicos Importadores y Propietarios:

GONZALO SAENZ & Cía.

MAIPU, 29 - Buenos Aires



PRECIO DE VENTA:

$ 0.25

Nada más confortable, después de la comida, que una copita de **Coñac Domecq** y un cigarro de hoja **Peninsular,** de la Cía. Arrendataria de tabacos de España. El gobierno español exige, en la elaboración de estos cigarros, que han de contener tabaco habano.

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía.

Averroes



Estatua de Averroes, en la Universidad de Barcelona

Arabe español, filósofo, astrónomo, escritor y jurisconsulto, nació en Córdoba en 1126. Formóse en la Universidad de Córdoba, que entonces era la Atenas del mundo civilizado; se dedicó al estudio de las matemáticas y de la astronomía, siendo de los primeros que observaron las manchas solares; y consagró gran parte de su vigor intelectual a las lucubraciones filosóficas, ciencia en la cual tuvo por maestro a Un-Bdja, el célebre filósofo aristotélico.

En política tuvo una gran actuación, llegando a ocupar los más altos puestos cerca de los Califas cordobeses y de los sultanes del imperio marroquí.

Propagador incansable de las doctrinas de Aristóteles, sus trabajos de traducción al árabe de las obras del filósofo griego y los comentarios con que aclaraba los conceptos, a fin de vulgarizar la doctrina, valiéronle el sobrenombre de *Comentador de Aristóteles*, con que fué conocido y reputado en todas las escuelas y universidades de la Edad Media. Ello fué causa de su desgracia; perseguido como reo de heterodoxia musulmana, se le confiscaron todos sus bienes y se le desterró a Lucena, de donde pasó a Fez. Compadecido el sultán Almanzor del filósofo, le prometió el perdón si se retractaba públicamente de sus opiniones antirreligiosas. Así lo hizo Averroes, y pudo recobrar su libertad de acción; posteriormente, obtuvo nuevamente cargos públicos, muriendo en el 1198, en Marruecos, donde ejercía de juez mayor de la región.

El averroismo no tuvo secuaces entre los mahometanos, pero halló eco entre los cristianos y judíos, alcanzando influencia inmensa en Europa. Sus obras filosóficas originales son *Destructio Destructiones*, *Tehafot* al *Tehafot*. Varios estudios acerca del entendimiento activo y el pasivo, tratados de física, etc.

Hay historiadores que clasifican a Averroes de *ecléctico espiritualista*. Pero lo cierto es que sus obras están impregnadas de un panteísmo psicológico, racionalista, llegando a la casi completa supresión de la personalidad humana y negación formal de la inmortalidad del alma. Comulga en la eternidad de la materia. Su más famosa teoría tiende a despojar al individuo del entendimiento agente. Averroes llama *adquirido* a una disposición del espíritu humano para comunicar con el entendimiento *activo*, *posible* o *material* (*sic*) que existe a manera de substancia separada que irradia su luz intelectual. El entendimiento individual, no es forma informante, sino substancia asistente; esto explica la diversidad intelectual de los individuos merced a sus diferencias materiales, «el mismo aire, según la variedad de tubos del instrumento músico, produce sonidos diversos y múltiples.»

La palabra Averroista se convirtió en bandera de incredulidad y materialismo. En la época del Renacimiento se aseguró grandes triunfos. Pico de la Mirándola, Gerón, Cardan y Aquilino, comulgaron en su doctrina, hasta que el papa León X la condenó en el Concilio de Letrán, 1513, como incompatible con la fe cristiana.


La Argentina
A. De Micheli y Cía.
Avda. de Mayo 1001 esq. B. de Irigoyen
El sombrero realmente "chic"...
es el complemento indispensable de todo traje elegante, y siendo nuestras secciones del ramo las más vastas en Buenos Aires, es en ellas donde Vd. hallará, con toda seguridad, el sombrero de moda, de la calidad más fina, al precio más conveniente.
Tenemos un inmenso y variado surtido en sombreros importados de las marcas "Borsalino" y "Knox", las más renombradas del mundo, como también de marcas inglesas, y los mejores de FABRICACION NACIONAL.
SOMBRERO de castor, importado, en negro y colores, de última moda, a $ 12 y . . . . $ 10
El mismo modelo, de fabricación nacional, a $ 7.95 y $ 5.90
SOMBRERO "Velours", gran moda, colores marrón, gris y negro, a $ 15, 13 y . . . . . $ 9
GALERITA inglesa, modelo de última moda, a $ 15, 12 y $ 10
La misma, artículo de réclame, a pesos 8.50 y . . . $ 5.90
CRÉDITOS
Acordamos créditos en mercaderías, pagables en 10 meses, sin cobrar intereses y sin recargar los precios.
SOLICITEN CONDICIONES



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños Los sobres deben dirigirse: «**Concurso infantil**», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



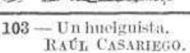
100 — En una trinchera.
LUIS DEPEDIDO.

101 — Entrando al puerto de Montevideo.
LEOPOLDO GRIEN.



102 — Cocinando.
ENRIQUE DROZ.





103 — Un huelguista.
RAÚL CASARIEGO.



104 — Carlitos Chaplin y su novia.
SARA SARAVIA.



105 — La empleada dactilógrafa.
V. RODRÍGUEZ.

De los dibujos publicados durante el mes de marzo, resultaron premiados los que corresponden a los números siguientes: 57, 59, 60, 62, 63, 65, 66, 67, 69, 71, 72, 74, 75, 78, 79, 81, 83, 86, 87, 88, 90 y 91


Al ir a la fiesta
No existe en el mundo nada tan desagradable como las neuralgias, jaquecas y otros dolores que inoportunamente se presentan en el momento preciso de ir al teatro o a algún banquete, convirtiendo en horas de martirio las que debieran ser de goce y alegría.
Las personas inteligentes saben evitar estas fatalidades, tomando dos tabletas "Bayer", de Aspirina, en un vaso de agua, y de este modo ahuyentan el mal que les hubiera impedido asistir a la fiesta.
La Aspirina es también de efectos maravillosos para contrarrestar las consecuencias de la intemperancia en los banquetes, y por eso, al regresar de la fiesta, muchas señoras tienen la precaución de dar dos Tabletas "Bayer", de Aspirina, a su esposo.
En la República Argentina cada envase lleva una estampilla sanitaria provista de la firma social de los únicos introductores: Fed.º Bayer y Cía. - Buenos Aires.
BAYER
BAYER
20 TABLETAS "BAYER"
Aspirina
FED.º BAYER Y CÍA. BUENOS AIRES
20 TABLETAS
ASPIRINA
NO se deje engañar con sustitutos. No acepte sino las legítimas tabletas que llevan impresa la Cruz "Bayer" a un lado y "Aspirin 0,5" al otro.

La escolar pobre

En la escuela de X, las niñas se entregan en la hora del recreo a varios juegos propios de su edad. Todas saltan, corren y ríen, mientras la pequeña Marietta se mantiene apartada del bullicioso grupo que forman sus compañeras. Un tinte de melancolía nubla el candoroso semblante de la niña. En sus ojitos las lágrimas pugnan por salir. El vestido que lleva es limpio, pero sus muchos remiendos revelan una pobreza extrema. Marietta permanece durante todo el recreo con las manitas hacia atrás, contemplando a sus condiscípulas que parecen más felices que ella. Ni una sola se acerca a Marietta para invitarla a tomar parte en los juegos. Y la pobre niña sigue triste, quietita en su sitio, roído su tierno corazoncito por la pena que produce la indiferencia humana, lamentando su pobreza que la aleja de sus compañeras mejor vestidas y mejor nutridas que ella; pensando en su casa donde falta lo más indispensable para poder vivir; temblando ante la idea de que la maestra le exija unos pocos útiles y libros necesarios.

Marietta tenía mucha necesidad de simpatía y de un afecto bondadoso, y lejos de tener una u otra cosa, parecía condenada al aislamiento.

Y después de las clases regresaba solita a su casa, caminando despacio, con ese paso que tienen las gentes tristes, como si el pesar que llevan en el alma los agobiara, impidiéndoles andar con mayor ligereza.

Una tarde la maestra de Marietta observó en uno de los recreos, que la niña permanecía alejada de toda diversión. Fuése hacia ella y le preguntó bondadosamente:

— ¿Por qué no juegas, Marietta?

— Señorita, mis compañeras me rechazan, — respondió la niña con voz temblorosa.



— ¡Pero, es posible!...

— Sí, cómo soy tan pobre, — dijo la niña echando una triste mirada a su trajecito.

— Pues ahora, dame tu brazo y pasearemos juntas hasta que termine el recreo, — contestó la maestra visiblemente conmovida ante el sufrimiento que advirtió en su pequeña educanda. — Y para el otro recreo, te prometo, Marietta, que todo quedará arreglado.

La pobre Marietta, que se había visto despreciada por sus condiscípulas, no cabía en sí de contento ante la afectuosa solicitud de su buena maestra, leyendo en el semblante de aquellas la extrañeza con que contemplaban el pequeño grupo compuesto por ella y por su querida señorita.

Al iniciarse nuevamente la clase, la maestra habló de la pobreza extrema del Hijo de Dios, tan pobre como un mendigo; citó los nombres de varios grandes hombres cuyos comienzos fueron sumamente difíciles, debido a que carecían de lo necesario para su subsistencia; de los que llegan muy alto en la vida gracias al esfuerzo personal y terminó diciendo que las únicas cosas que en este mundo tienen un valor indiscutible son: la bondad y la inteligencia. Tras breve pausa exhortó a sus discípulas a tender la mano a los desheredados de la fortuna, a ayudarlos de un modo positivo, pero sin denigrarlos nunca, tratándolos siempre con ternura de corazón, colocándose a su lado en los momentos de prueba, darles un consejo oportuno, en una palabra, poniendo sus cuidados y su tiempo en servicio del pobre. Por último, llamando a Marietta la colocó frente a la clase y rodeándola con sus brazos pidió a sus discípulas que desde aquel instante debían considerarla su amiga y su inseparable compañera de juegos. — Es verdad, mis queridas alumnas, que su vestido es pobre, — agregó, — pero, no os fiéis de apariencias engañosas. ¡Cuántas veces la mano que calza guantes puede estar manchada!...

ADELIA DI CARLO.












THE VERA
AMERICAN SHOE

Fabricantes: RICE & HUTCHINS, Boston, E. U. A.

Nuestro nuevo surtido para la estación que se inicia, no tiene igual; ni en calidad ni en surtido, ni en moda.
Usar calzado Vera, es calzar el mejor que se conoce.



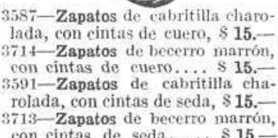












3587—**Zapatos** de cabritilla charolada, con cintas de cuero, $ **15.**—
3714—**Zapatos** de becerro marrón, con cintas de cuero.... $ **15.**—
3591—**Zapatos** de cabritilla charolada, con cintas de seda, $ **15.**—
3713—**Zapatos** de becerro marrón, con cintas de seda..... $ **15.**—

3206—**Botas** de cabritilla charolada, caña de cuero mate, pesos................ **16.50**
3107 — **Botas** de becerro negro................ $ **16.50**
3303 — **Botas** de becerro marrón............... $ **18.**—
3205—**Botas** de cabritilla charolada, caña cuero mate; con botones .... $ **16.50**

3594 — **Zapatos** de cabritilla charolada...................... $ **16.50**
3548—**Zapatos** de cabritilla charolada, sin puntera, suela liviana... $ **12.50**
3493—**Zapatos** gamuza negra, $ **16.50**
3716 — **Zapatos** de becerro marrón, pesos....................... **16.50**
3616—**Zapatos** de cabritilla charolada, talla de gamuza negra; con botones, pesos...................... **16.50**

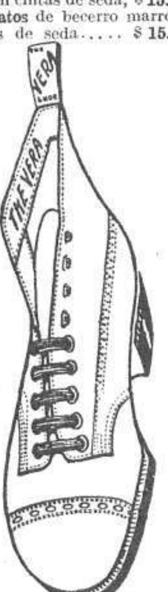
















4330—**Botines** de potro charolado, caña de cuero mate; horma Harvard.................. $ **18.**—
4058—**Botines** de cabritilla negra; horma Harvard........ $ **18.**—
4448 — **Botines** de becerro marrón; horma Harvard........ $ **20.**—

4704 — **Zapatos** de potro charolado, cintas de cuero; horma Jackie .... $ **18.**—
4829 — **Zapatos** de becerro marrón, cintas cuero; horma Jackie, $ **18.**—
4708 — **Zapatos** de potro charolado, cintas de seda; horma Jackie................ $ **18.**—
4587 — **Zapatos** de becerro negro, cintas de seda; horma Jackie, pesos .... **20.**—

4283—**Botines** de potro charolado caña de cuero mate; horma Habana.................. $ **18.**—
4287—**Botines** de potro charolado, caña de cuero marrón; horma Habana............... $ **18.**—
4133 — **Botines** de becerro negro, caña de cuero marrón; horma Habana .... $ **18.**—
4123 — **Botines** de becerro negro, opaco, horma Habana.. $ **18.**—
4470 — **Botines** de becerro marrón; horma Habana......... $ **18.**—


Enviaremos nuestro nuevo catálogo, que acaba de aparecer, a quienes lo soliciten.
Nuestro Departamento especial de órdenes por carta, presta pronta y cuidadosa atención a todos los pedidos que se nos confíen, de cualquier punto del interior de la República.

BUENOS AIRES: FLORIDA, 333 U. T., 3798, Avenida | **ROSARIO: Calle Córdoba, 1015** U. Telef., 6165
















EXAMINE USTED

el papel del cigarrillo que fuma. Si es grueso y blanco, no es bueno.

⁂

El motivo del por qué se usa esta clase de papel es, generalmente, porque el tabaco es de calidad inferior, que no arde sin la ayuda de un papel combustible.

⁂

El papel combustible y grueso es perjudicial para la salud del fumador. Irrita las membranas delicadas de la garganta y los pulmones.

EXAMINE USTED

el papel de un cigarrillo REINA VICTORIA y verá cuán delicado es. Es puro de arroz e incombustible.

⁂

El habano fino con que están elaborados los REINA VICTORIA, no necesita la ayuda del papel grueso y combustible.

⁂

Por esta razón Vd. puede fumar tantos REINA VICTORIA como quiera, con la plena seguridad de que tanto el papel como el habano fino con que se elaboran, son los mejores que se pueden conseguir.

NI EN CUBA MISMO ES POSIBLE IGUALAR LOS CIGARRILLOS

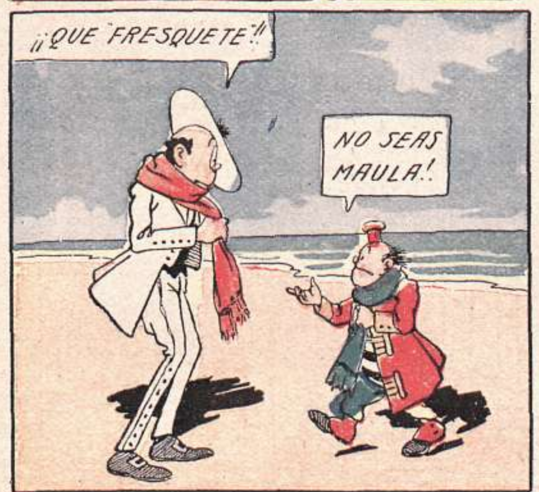
Reina Victoria

PARA LOS NIÑOS

AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN





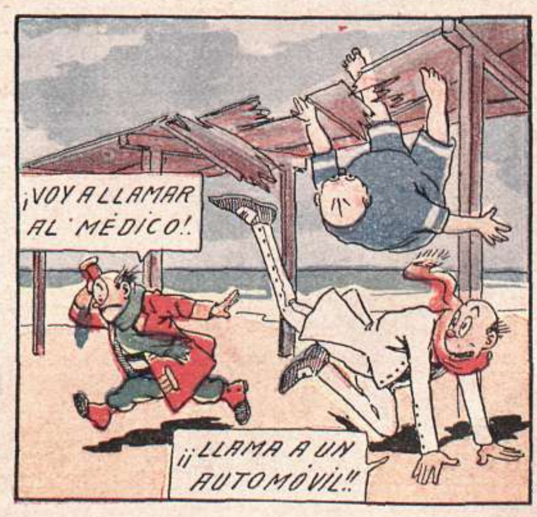












CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.

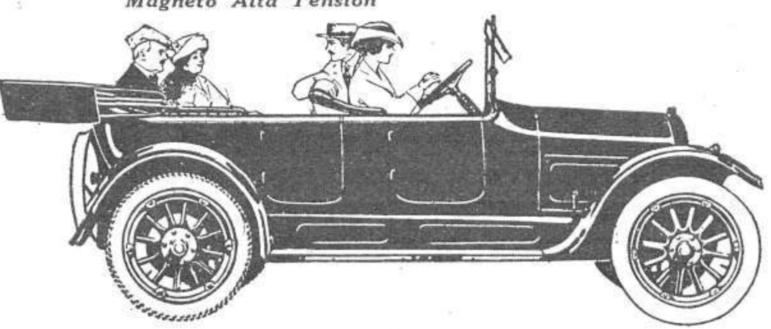
Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 20.

Nombre y apellido..

Domicilio...

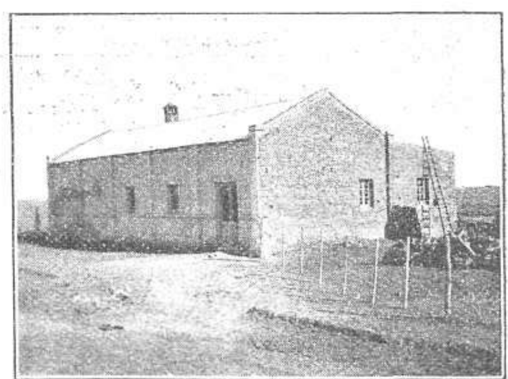
Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

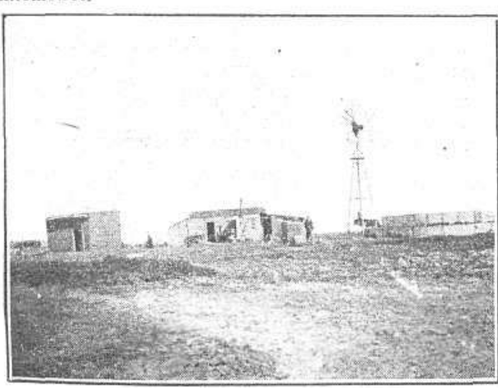




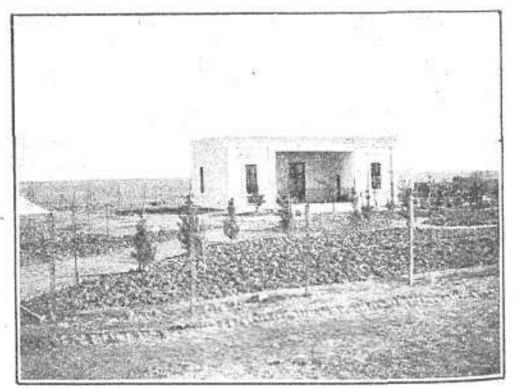
La Estación Verónica.



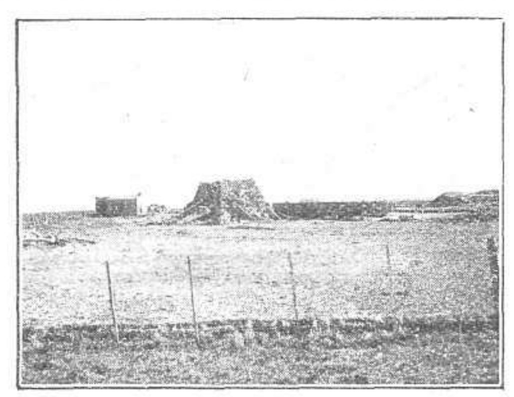
Los negocios establecidos en Verónica: Panadería del señor Ricardo Arias.



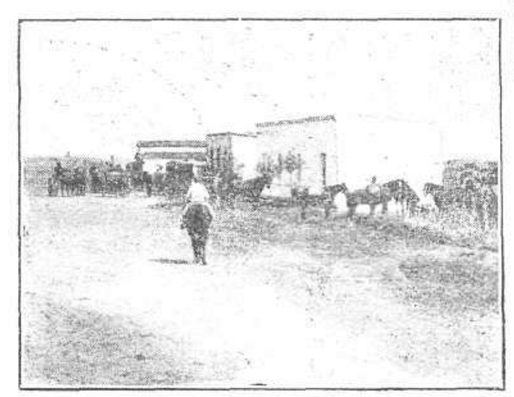
Chacra y vivienda del señor Próspero Pangaro.



Una quinta del hortelano don Juan Peretti.



Otra chacra del colono don Bautista Sala.



Una calle del progresista pueblo Verónica.

LA UBICACION DE VERONICA.

Dista **137** kilómetros de Buenos Aires y **85** de La Plata, es decir, a **3** y **2** horas respectivamente de dos de los más importantes centros de consumo de la República y puertos de ultramar.

LA RIQUEZA DE LAS TIERRAS.

Garantizamos que es excelente para el cultivo agrícola, rica y virgen, y de alto rendimiento. Tiene agua de primera calidad a tres metros de profundidad.

LOS CAMINOS DE VERONICA.

El propietario ha hecho crecidos desembolsos en este sentido, alambrando, abovedando y zanjeando lateralmente 70 kilómetros de calle, con numerosos puentes y alcantarillas de material y cemento armado y sus correspondientes terraplenes.

LOS TRENES A VERONICA.

Salen todos los días, a las **7 a. m.**, de Plaza Constitución; a las **8.13** de la Plata, y de Verónica a las **2.57 p. m.** Además de estos trenes, el F. C. S. ha establecido los siguientes:

SALIDA DE P. CONSTITUCION:	SALIDA DE VERÓNICA:
Jueves y Viernes a las **3.25 p. m.**	Viernes y Sábados a las **6.48 a. m.**
Llegada a Verónica a las **6.55 p. m.**	Llegada a P. Constitución a las **10.23 a. m.**

Con este servicio ferroviario, los pobladores de Verónica si lo desean pueden ir a Buenos Aires, hacer sus diligencias y volver en el mismo dia a Verónica.

El boleto de ida y vuelta de Plaza Constitución a Verónica cuesta **$ 7.90 en 2.ª clase y $ 11.80 en 1.ª**

LAS CONDICIONES DE VENTA.

Los compradores deben abonar al contado únicamente el **10 o|o** de la suma total. El resto será pagadero en cinco años y en cinco cuotas: las cuatro primeras, de **20 o|o cada una** y la quinta y última, de 10 o|o, con el interés del 8 o|o anual, sobre las cuotas adeudadas.

PRECIOS DE LAS TIERRAS:

SOLARES	QUINTAS DEL PUEBLO	QUINTAS DE LA COLONIA	CHACRAS
$ 0.20 el metro cuadrado.	a $ 0.04 y $ 0.05 el metro cuadrado.	desde $ 185 a $ 225 la hectárea.	de 15 a 60 hectáreas, desde $ 185 a $ 215 la hectárea.

Al iniciarse las ventas de la Colonia y Pueblo Verónica no había más habitantes que el personal de la estación del F. C. S. y hoy, diez y ocho meses después, hay **600** habitantes.

Para pedidos de planos e informes, dirigirse por carta o personalmente a la **Administración de la Colonia y Pueblo Verónica, Esmeralda N.° 449. Buenos Aires.**



GRATIS

Señor Administrador de la
Colonia y Pueblo VERÓNICA, Esmeralda, 449.
Buenos Aires.

(ESCRÍBASE CLARO)

Sírvase remitirme, gratis, planos e informes de la Colonia y Pueblo VERÓNICA.

Nombre..

Dirección..

Los ojos artificiales

La estadística, que todo lo prueba, cuando no prueba nada, nos dice que de cada 10.000 individuos de ambos sexos, el 25 son tuertos, esto se refiere a tiempos normales, porque en la actualidad, con la guerra, el porcentaje aumenta prodigiosamente.

Toda persona privada de un ojo, sufre desde el punto de vista estético una gran pérdida; por otra parte, la ausencia del glóbulo ocular no tarda en determinar una contracción permanente de los músculos circuncidantes, contracción de la cual resulta una deformación notable de los rasgos fisonómicos acompañada de frecuentes y dolorosas neuralgias.

Por todo lo cual la idea de reemplazar el ojo perdido se impuso imperiosamente.



Los embalsamadores egipcios colocaban en las momias ojos de plata y oro, que les daban una fisonomía extraña.

Autores hay, que atribuyen a los antiguos egipcios, la invención de los ojos artificiales. Asimismo, parece probable que griegos y romanos los supieron utilizar; pero lo cierto es que en la obra de Ambrosio Pare, año 1579, encuéntrase por primera vez una descripción del ojo artificial, ilustrada con dibujos del célebre cirujano, el cual afirma haberlos empleado con éxito satisfactorio; en 1614 propone el empleo de ojos de esmalte.



El ojo de oro esmaltado, de los venecianos.

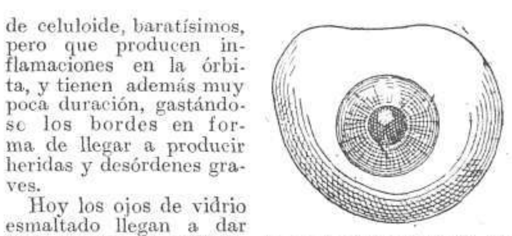
Indudablemente debieron ser muy groseros estos primeros ensayos de imitación de tan delicado órgano. Así pasaron muchos años antes de alcanzar el perfeccionamiento deseado.

Los primeros *ojos ficticios* se fabricaron de oro, pintados; posteriormente se esmaltó el oro, y puede decirse que la industria estaba monopolizada por Venecia.

En el siglo XVII, un holandés, Demmenci, modeló en París ojos artificiales de esmalte y cristal, y pronto la industria se desarrolló en este sentido de un modo portentoso.

El comercio de camelote ha lanzado a la circulación *ojos* de vulcanita, y hasta de celuloide, baratísimos, pero que producen inflamaciones en la órbita, y tienen además muy poca duración, gastándose los bordes en forma de llegar a producir heridas y desórdenes graves.

Hoy los ojos de vidrio esmaltado llegan a dar la ilusión de verdaderos.



El ojo de vidrio esmaltado, moderno.

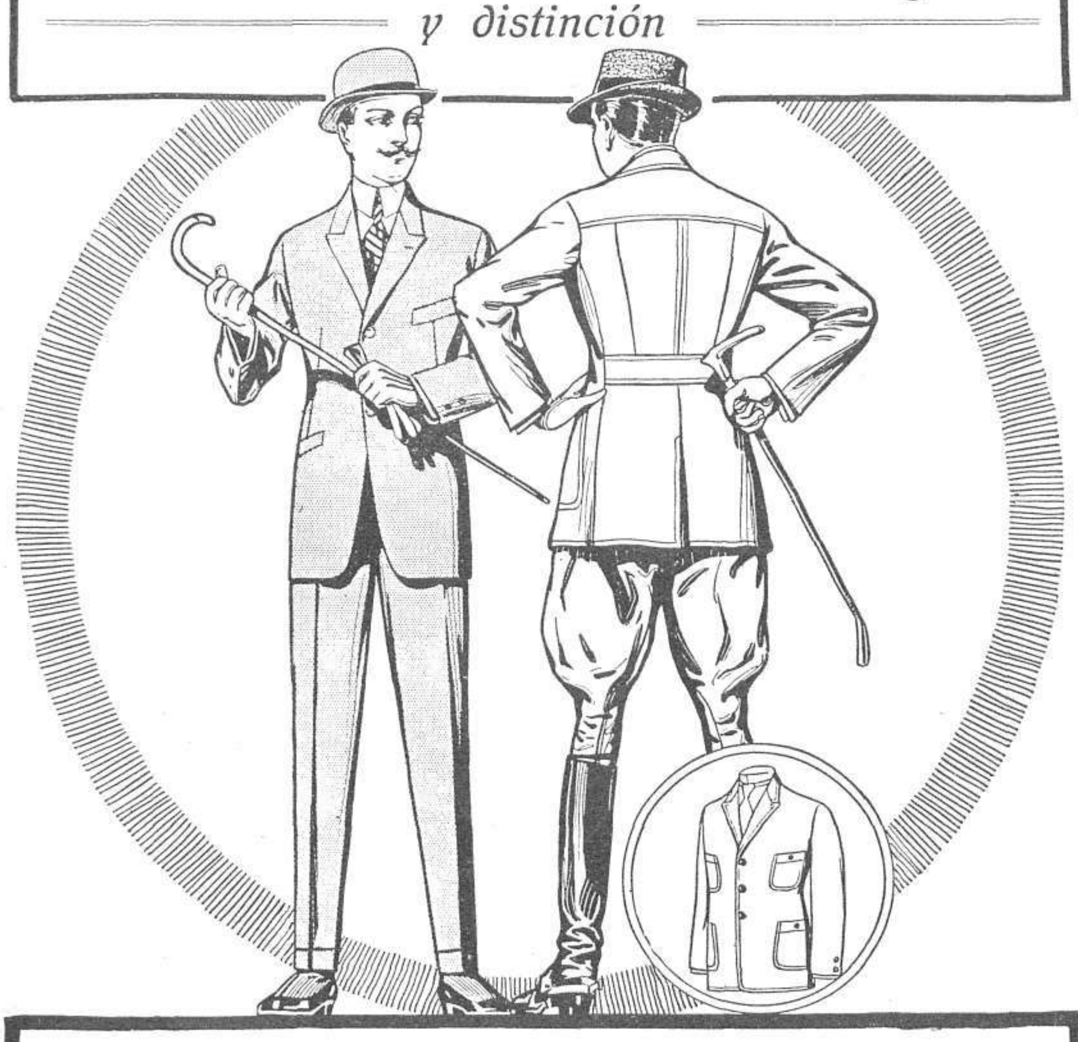
Manera de desprenderse de un cutis malo.

(Del "Woman's Realm".)

Es una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el mismo, o cambiar el cutis. El "rouge" u otras substancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven para hacer más palpable el defecto. El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo que se pone el cold cream — poniéndoselo por la noche, lavándose la cara por la mañana con agua caliente y jabón, y después un poco de agua fría. El efecto de unas pocas aplicaciones, es simplemente maravilloso. La cutícula mortecina la absorbe la cera gradualmente y sin dolor, en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos o con pecas, si compra en una botica una poca de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho.

Nuestras confecciones para caballeros, destacan netamente sus eximias cualidades de elegancia y distinción



TRAJE confeccionado en casimir inglés de calidad extra, inmensa variedad en gustos fantasía, a pesos 75.—, 70.—, 65.—, 60.—, 55.—, 45.— y.............. $ **38.-**

AMBO para Turista o Sport, confeccionado en casimir escocés, gustos fantasía, forros de lana, a pesos..................... **55.-**

Modelo con breeche, a...... $ 58.—

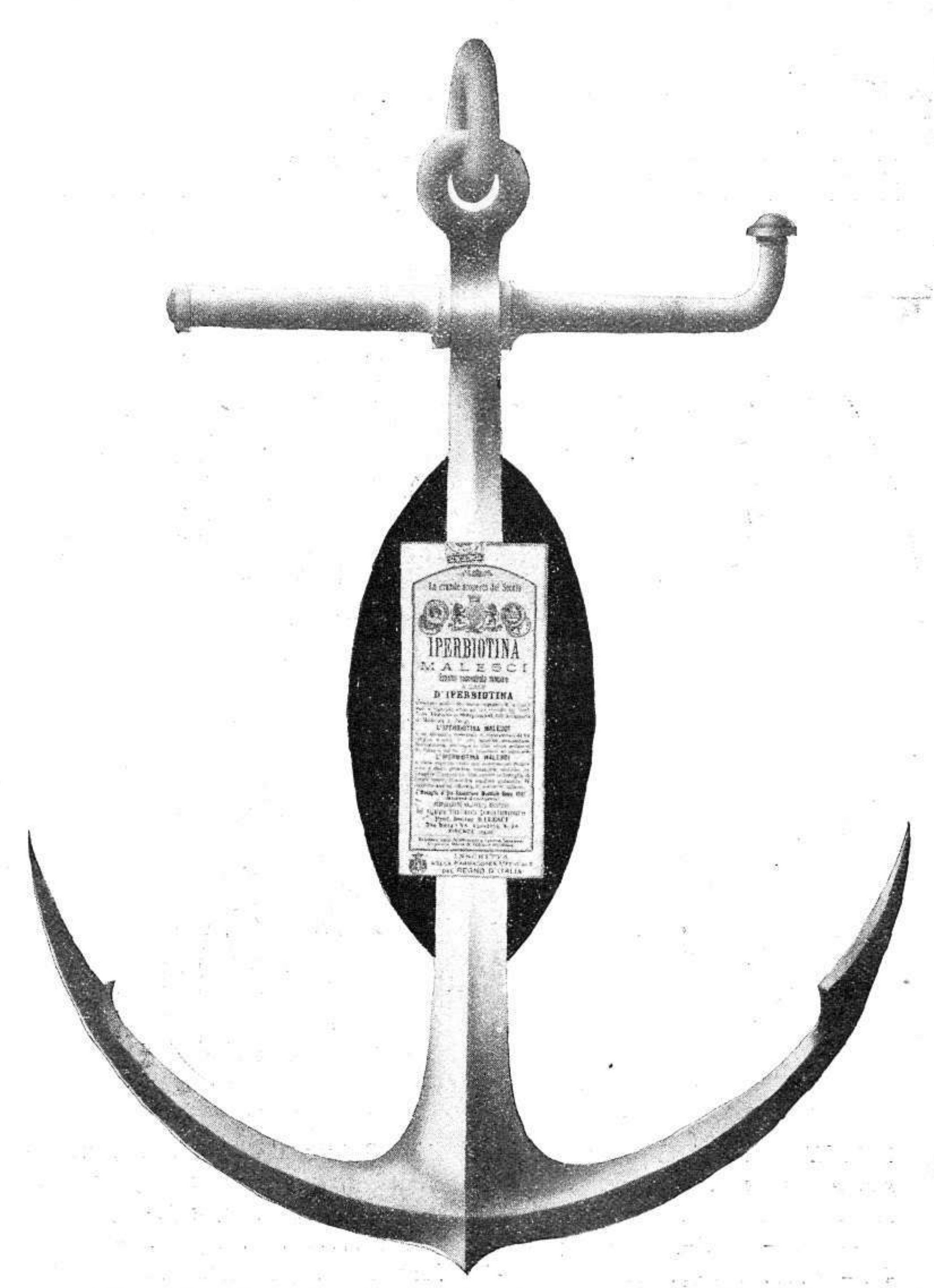
Departamento de Confecciones Tercer piso

THE SOUTH AMERICAN STORES

GATH & CHAVES LTD

Departamento de Confecciones Tercer piso

CASA CENTRAL: Florida y Cangallo



El ancla de salvación para el que no puede luchar contra la corriente que lo arrastra... para el débil o enfermizo... para el que necesita dar vigor a su vida.

IPERBIOTINA MALESCI

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)

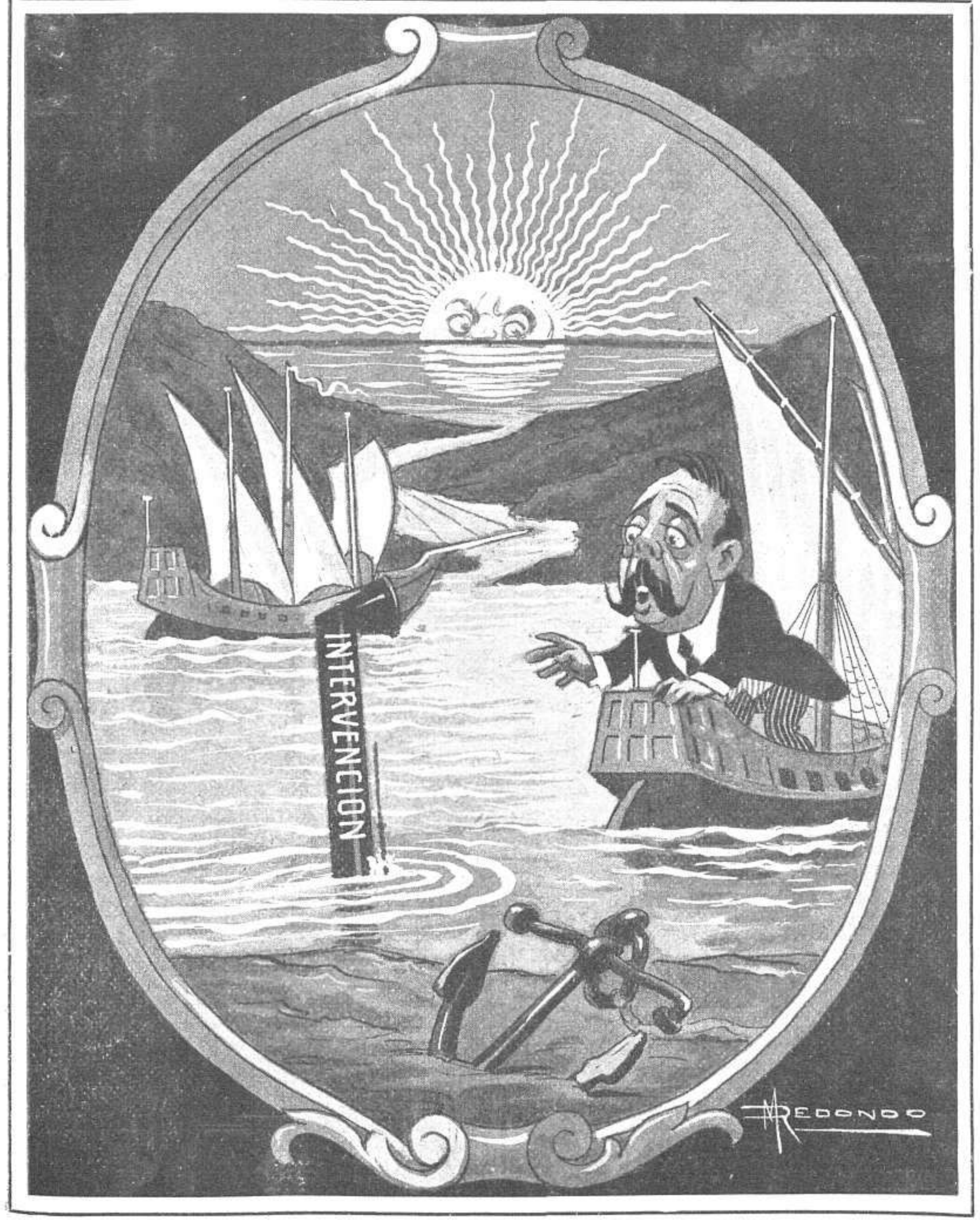
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO Unico Concesionario-Importador en la República Argentina VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

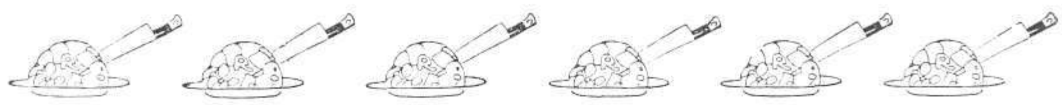
CARAS Y CARETAS
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA JOSE S. ALVAREZ, Fundador
Año XX BUENOS AIRES, 14 DE ABRIL DE 1917 N.º 967

Reforma de circunstancias



Cómo podría transformarse actualmente el escudo de La Plata.

Dib. de Redondo.



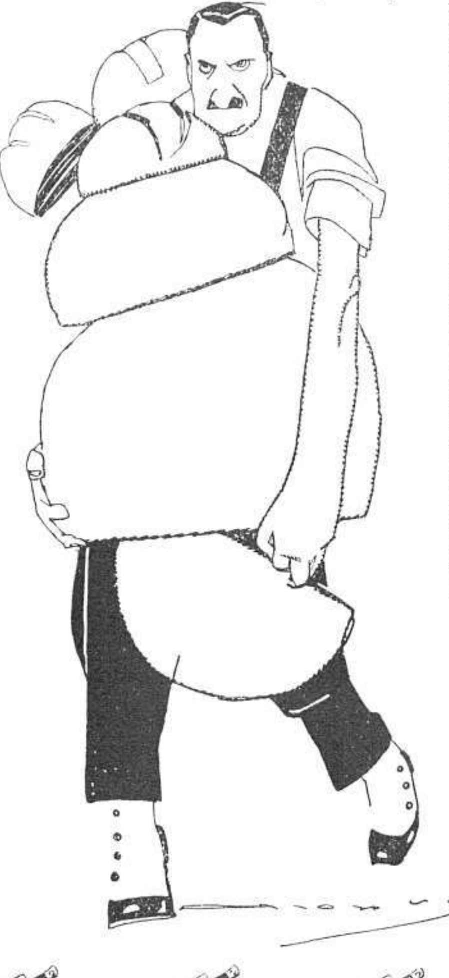
Hacia el pan radical

Todos estamos de acuerdo en que una de las peores calamidades que pueden afligir a un pueblo, es la carestía del pan. Aquello de «el pan nuestro de cada día», no es una frase meramente ritual, sino la expresión de una necesidad imprescindible, como fehacientemente lo comprueban ciertos viejos refranes, más verdaderos por viejos que por refranes: «Contigo pan y cebolla», «Los duelos con pan son menos», y muchos otros que fácilmente podríamos citar abriendo el Diccionario de la Real Academia en la palabra pan. Hay, pues, que cuidar que el pan sea barato. Hasta ahora, el cuidado no ha sido mucho, porque apesar de que vivimos en un país en que el trigo se produce a maravilla, el pan ha ido encareciendo de día en día. El fenómeno lo explican los economistas diciendo que el precio del pan, así como de los otros artículos alimenticios que el país produce, no lo fija el consumo interior sino el consumo exterior. Es decir, que cuando una mucama inglesa compra pan en Londres, fija el precio del pan que una mucama gallega compra en Buenos Aires. Parece cosa de risa; pero es una verdad indiscutible: el precio de nuestro pan nos lo fijan los panaderos de Londres.

Situación deprimente que no ha podido aceptar el gobierno radical que tenemos desde hace seis meses. A ese partido, desde sus orígenes más remotos, se le ha atribuído cierta ojeriza contra los extranjeros, ojeriza que se supone acentuada por la inquina que les tiene a los socialistas, los cuales, como se sabe, llevan su xenofilia a límites arriesgados. Apenas el doctor Irigoyen se cruzó la banda, se dijo que iba a expedir un decreto para eliminar a todos los extranjeros de la administración pública. El decreto no se dictó; pero el hecho sólo de que se dijera que se iba a dictar, demuestra que se creía conocer los pensamientos íntimos del Gobierno al respecto. A nosotros no nos parece ni bien ni mal que los ciudadanos radicales quieran o no quieran a los extranjeros, ya que cada cual es dueño de pensar y sentir como mejor le acomode; pero estimamos inoportuno, por lo menos, la xenofobia que se atribuye al Gobierno. Nos inclinamos a creer, más bien, que no es tal xenofobia, sino un exceso de amor a lo propio, una hipertrofia de ese sentimiento tan claro y tan complejo, al propio tiempo, que designamos con el nombre de patriotismo, y del cual todos nos enorgullecemos.

Pues el gobierno radical, no podía consentir que el precio del pan que comemos en Buenos Aires lo fijaran los panaderos de Londres, y decretó la prohibición de exportar trigo. Las consecuencias de orden internacional que pueda tener esa medida, escapan a nuestra insignificancia. Se ha hablado, pero nos permitimos creer que casi todos han hablado al divino botón, porque en materias internacionales nadie sabe de la misa la media, ni aún los que manejan las relaciones diplomáticas, como lo prueba, por ejemplo, el hecho de que ningún diplomático europeo, según han dicho ellos mismos, quería la guerra, y la guerra vino. O esos diplomáticos eran unos gansos o unos hipócritas. En todo caso, dejamos de lado, por precaución, las consecuencias externas de la prohibición de exportar trigo y nos atenemos a las consecuencias internas.

El gobierno ha evitado, con su decreto, que el precio del pan en Buenos Aires lo fijen los panaderos de Londres; pero ha hecho que lo fijen los panaderos de Buenos Aires por sí solos. Antes, los de Londres contraloreaban, como dicen los puristas mal informados, el precio del pan en Buenos Aires mediante la fijación del precio del pan en Londres: ahora, ya no hay tal contralor, y los panaderos de Buenos Aires, y de todo el país, nos venderán el pan al precio que les dé la gana. Y al decir panaderos, nos referimos a todos los que intervienen en la producción y venta del pan, desde el agricultor que siembra el trigo hasta el almacenero que despacha la marroqueta. Que ese fenómeno se producirá es tan evidente como un teorema de Euclides. Veámoslo. El Gobierno, con su decreto, ha establecido oficialmente que en la República hay poco trigo, apenas lo bastante para el consumo del país. Ahora bien: cuando una mercadería, cualquiera que sea, se hace escasa, sube fatalmente de precio. Sube, digamos, en un diez o en un veinte por ciento, cuando la escasez se hace sentir por sí misma, cuando es una escasez natural; pero si la escasez es declarada, si es una escasez oficial, el alza será, fatalmente también, de un cuarenta o cincuenta por ciento. Lo acabamos de ver con el azúcar: el dulce producto de las silbantes cañas tucumanas subía lentamente, casi sin sentir; pero un buen día se le ocurrió a alguien que el azúcar estaba cara y tomó medidas para que bajara, y el azúcar se fué, de golpe, a las nubes. Lo mismo va a ocurrir con el trigo: declarado escaso, se va a poner más escaso, vale decir, más caro que nunca, y los panaderos nuestros, sin el contralor de los panaderos de Londres, van a pedir por el pan lo que les dé la gana. Es decir, que el gobierno, con la mejor de las intenciones, nos va a hacer un daño, porque hay mucha gente que se muere si no come pan. ¿O será que el Gobierno quiere imponernos el consumo del pan radical?



DANIEL MIRALLA.

Dib. de Alonso.

CON EL PINTOR FADER



Extraña ocurrencia escribir una autobiografía, siendo pintor y nada más. ¿Qué podré decir que no haya pintado? Y si no se me entiende en mis cuadros, ¿qué podré decir que equivalga a una explicación?

Todos los que nacen para ser grandes se aislan totalmente. Son solitarios en medio del tumulto de los centros poblados y se hacen intolerables de orgullo, al decir de la gente. Y son solitarios en medio de la espantosa grandeza de la cordillera, porque no se ven sino a sí mismos, mirando del llano hacia las cumbres heladas que se visten con las nubes en su vuelo y mirando de la cumbre hacia la pampa, que en el horizonte es esposa del cielo.

Ellos son cordillera, pampa y cielo.

Y yo soy de esos: de los grandes.

Me he remontado, lentamente para mí, rápidamente para los demás, que se quedaron a ras de tierra.

Sé, pues, de la tristeza de la plena luz, que es sol, porque es grande. Y todo lo grande es profundamente triste. Y sé de la alegría de las nubes, que son hijas del sol y que son alegres porque empequeñecen la luz y que, al patinar de sus sombras sobre las faldas de las montañas, son sensuales por excelencia, al determinar formas que sin ellas serían siluetas.

Vivo en un país de ensueños, donde todo lo soy yo: donde la religión es la creencia en mí, donde la ley es sinceridad conmigo, donde la justicia no existe por inútil, y donde la bondad es la suprema felicidad. Hermoso país, desde donde todo se ve grande y simple, donde nada está de más y donde cada cosa tiene sus justas proporciones. País que no tiene otro almanaque que el pasar de los años, que son segundos y siglos y cuyo tiempo es tan variable como el estado de ánimo mismo, que engendra las fuerzas misteriosas de la evolución ininterrumpida y donde las visiones determinan la labor febriciente y donde el trabajo material es un placer...

Como no es posible planear eternamente y abarcarlo todo sin volver la cabeza, me place vivir en un rincón de la sierra de Córdoba, como antes en medio de la cordillera.

Mis casas son ranchos blancos, que a la hora del crepúsculo recogen los últimos rayos de luz para irradiarlos luego del modo más fantástico, como una flor que al agonizar exhala su más íntimo perfume.

En la larga paja de los techos juega el viento como con la cabellera de una mujer querida... En los nogales anidan carpinteros y reyes del bosque, que son mis cantores, y en otoño los perales visten túnica roja de cardenal... Los higos maduran obscuros entre hojas que son platos de verde esmalte.

Mi taller luce un piso que es tierra y en la chimenea arden en las noches de invierno troncos de coco y quebracho. El mantel de mi mesa lo forman las manchas de sol que filtran a través del filigrano follaje de un robusto algarrobo... En la quebrada, que dicen «del remanso», cae un hilo de agua que en invierno llena las enormes copas de granito con cristal líquido, y en verano es como el lento rodar de una amarga lágrima de madre... En el patio de la casa juegan Raúl y César; no saben que la vida es dura como el pan que cada ocho días nos traen, porque estamos lejos del pueblo, lejos, muy lejos... Allá pinto y el sol y el aire me broncearon. Tengo un jardín y una huerta que de mi cuidado viven.

Dos veces al año bajo a ésta; y nada nuevo me llevo...

Antes mis automóviles me parecían indispensables y ahora voy a pie. Me despojaron de mis bienes y de los de mi familia en pleno día y a la sombra de la justicia, que de ser Justicia no diera sombra. Mi pobre madre, que es anciana, sufre aún por ello...

Tengo mi camino y voy a pie. De todas maneras el que debe llegar, llegará lo mismo... y me sonrío...

Fernando Fader

Buenos Aires, marzo de 1917.



Fader, ante su cuadro «Amarillos».

El pintor, trocando el pincel por la pluma.

América en la guerra

Durante mucho tiempo se tuvo como una verdad inconcusa de política internacional, que los Estados Unidos no se mezclarían jamás en las cuestiones europeas. Se consideraba en principio como una consecuencia natural del que había establecido Monroe al formular su famosa «doctrina»: la tierra americana no es ya colonizable por los europeos. Pero en todo ello había un grave error, consistente en dar más importancia a las palabras que a los hechos. Podían aquéllas decir todo lo que quisiera hacérseles decir: los hechos se encargaban de contradecirlas día tras día. Y los hechos demostraron que los Estados Unidos se convertían visiblemente en una potencia mundial, con intereses fundamentales no solamente en América, sino en todas partes. ¿Cómo, entonces, sorprenderse más de lo necesario, de que llegara el momento en que su intervención en la guerra se hiciera inevitable?

Sería presunción asaz ridícula intentar reunir en las pocas líneas las razones que los Estados Unidos han tenido para declarar la guerra a Alemania. Vano asimismo nos parece pretender uniformar los juicios al respecto. Cada cual tendrá un cartabón especial que aplicar al hecho: pero lo que parece incuestionable es que los Estados Unidos, al lanzarse a la guerra, lo hacen después de haber hecho lo posible por conservar la paz.

William Jennings Bryan, el que a pesar de sus opiniones pacifistas ofreció al presidente Wilson, sus servicios.

To the Caras y Caretas with compliments of William Jennings Bryan



Retrato y palabras del presidente Wilson.

«Nos alegramos ahora que vemos claramente los hechos, sin el velo de pretextos falsos, entrar a combatir por la paz definitiva del mundo, por la liberación de los pueblos, incluyendo al mismo pueblo alemán, por los derechos de las naciones grandes y pequeñas, por el privilegio de los hombres para elegir su forma de vida y de obediencia en cualquier parte donde vivan.

El mundo debe quedar seguro para la democracia. Su paz debe cimentarse sobre probados fundamentos de libertad política. No tenemos fines egoístas que servir; no deseamos conquista ni dominio; no procuramos indemnizaciones para nosotros, no buscamos compensaciones materiales por los sacrificios que haremos voluntaria y libremente. Sólo seremos los campeones de los derechos de la humanidad. Quedaremos satisfechos cuando ellos estén asegurados como pueden asegurarlos la buena fe y la libertad de las naciones.

Precisamente porque combatimos sin rencor, sin fin egoísta, no persiguiendo nada para nosotros mismos sino lo que hayamos de compartir con todos los pueblos libres, tengo confianza en que realizaremos las operaciones como beligerantes, sin apasionamiento, y observaremos los principios generosos y altivos, propios de la buena causa por la que declaramos combatir.»

Woodrow Wilson



Hon. Robert Lansing, Ministro de Relaciones Exteriores.



Mr. Sharps, embajador de Estados Unidos en París, a quien se le han hecho grandes honores.



Mr. Baker, Ministro de la Guerra.



Mr. Josephus Daniels, Ministro de Marina.



El almirante Badger, comandante en jefe de las fuerzas navales de los Estados Unidos.



Miss Jeannette Rankin, única mujer diputado del parlamento yanqui, la que se desmayó al votar por la paz.

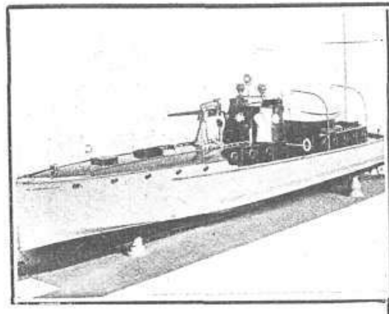


El Presidente de la República de Cuba, Mario Menocal, que declaró la guerra a Alemania.



Desfile de los Rough Riders, por la 5.ª Avenida.

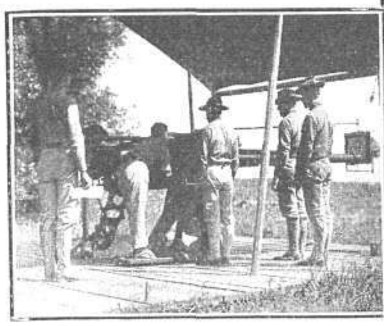
Los cadetes de West Pont, en un desfile.



Tipo novísimo de barco contra los submarinos.



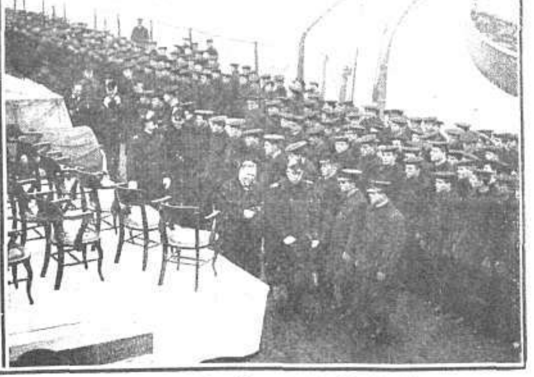
El superdreadnought «Arizona», en el puerto de Nueva York.



Artilleros yanquis, durante un ejercicio de tiro.



Embarque de petrechos en la armada norteamericana.



El ministro Daniels, a bordo del «Florida.»



El arte de hacer ramos





El taller del florista, en el momento en que se hace la clasificación de las flores, por su color y por su forma, para fabricar los ramos.

La Primavera produce todos los elementos de belleza que son necesarios para la fabricación de los hermosos ramos y canastas, que deleitan la vista por la vistosidad de sus hermosas flores, y son gratas al olfato por su delicado aroma. Esas flores que tan artísticamente destacan en un ramo, no son el resultado espontáneo de la naturaleza, como pudiera creerse, sino que se llega a ese fin, después de prolijos cuidados. La flor es tan delicada, que para darla un color igual y perfecto, así como para sensibilizar su perfume, requiere de tanto esmero como si se tratase de una niña mimosa.

Para ello es necesario de grandes y costosas instalaciones, cámaras frigoríficas e invernaderos que deben estar a una temperatura uniforme, para no malograr la cosecha.

Y son tantos los cuidados y atenciones que se necesitan para lograr que las flores se nos presenten en toda su sugestiva hermosura, que sólo con jardineros inteligentes hay esperanza de éxito, pues el menor cambio de temperatura malogra sus colores, o bien una granizada imprevista o una lluvia a destiempo.

Además, esas flores que tan vistosas y gallardas nos presenta el arte de la jardinería, bien en forma de ramo, canasto o guirnalda, son flores que para su nutrición han disfrutado de abonos seleccionados y de una higiene, podríamos decir, apropiada a su temperamento. A las flores se las hace diariamente una toaleta prolija, y se evita por todos los medios que los parásitos puedan destruir su corola, sus hojas y su tallo, y de no ser así, la planta se presenta anémica y muere su fruto, o la flor nace deslucida y falta de colores y perfume.

Nadie sospecharía al lucir una nacarada orquídea en su ojal, los esfuerzos que ha realizado el jardinero para que luzca en toda su aristocrática belleza; y la artista que recibe un ramo de un admirador, no imagina seguramente de qué cuidados, de qué celo ha tenido que valerse el culto jardinero, para que brillen en todo su esplendor esos hermosos claveles trasplantados de la tierra de María Santísima, y que rojos como sangre generosa, ponen su nota de pasión en el ramo.

Hasta las violetas dejan de ser modestas, cultivadas por un experto jardinero; diríase que el eterno femenino también rige para las flores, pues ellas, las modestas violetas, según el símil que sirvió para poetas y literatos románticos, gustan de que se las prodiguen mimos para presentarse coquetamente con penetrante perfume y con hermoso color.

Luego, el jardinero artista, no perdona jamás la ocasión de sacar nuevas especies de flores, y cuando logra éxito, su orgullo es el de un poeta que hubiese rimado un magnífico soneto, o el de un orfebre que concluye una pieza maravillosamente cincelada.

Como se comprenderá, si es tanto el trabajo que cuesta cultivar las flores, necesario es que el fabricante de ramos, canastas o guirnaldas, tenga el sentimiento artístico de un joyero, y que esas flores, que tan vistosas de colorido se le presentan, tengan para él el valor de piedras preciosas.

Y así es; como si se tratara de hermosas esmeraldas, de vistosos rubíes, de perlas, de amatistas, de zafiros, el



Una artística canasta ya terminada.

artista fabricante de ramos va eligiendo las flores por sus hermosos colores, dándole entonación y belleza hasta dejar su obra terminada.

Pero antes de llegar a tan brillantes resultados, prepara sus flores para que tengan consistencia, y se muestren erguidas y soberanas de hermosura sobre alambres; da forma con follaje al ramo, y sobre él va colocando, como en un mosaico, las especies elegidas por su brillante color, envolviendo todo en helechos perfectos de un verde desmayado y de dibujos caprichosos y elegantes. Y cuando da por terminada su labor, el artista, coloca como nota triunfal la aristocrática y delicada orquídea.

Colocando alambres a las flores que destacan del ramo y darle consistencia.

Claro que nos referimos a ramos de lujo, pues en los que nos venden por la calle, si ellas, las pobrecitas flores, no se defendieran con su belleza, resultarían una irrisión, puesto que los floreros juntan sin mayor arte las flores de abolengo más dispar.

Buenos Aires ha llegado en el arte de fabricar ramos a la altura de las mejores capitales del mundo, y cuenta para el caso con verdaderos artistas que sienten por las flores la pasión de un artífice; no hay más que ver con qué gracia y delicadeza hacen la selección de las flores para confeccionar el ramo y la canasta, para comprender que estamos ante maestros de arte, que tienen la desgracia de que su obra no sea perdurable.

La Primavera, diosa de las flores, tiene en estos nuevos cultores de la belleza sus más rendidos y admiradores devotos, pues este arte de fabricar ramos, no es tan simple como parecería a primera vista, sino que necesita de verdaderos artífices, que tengan conciencia de su arte, y que, dotados de una sensibilidad exquisita, sepan dar valor a las flores.

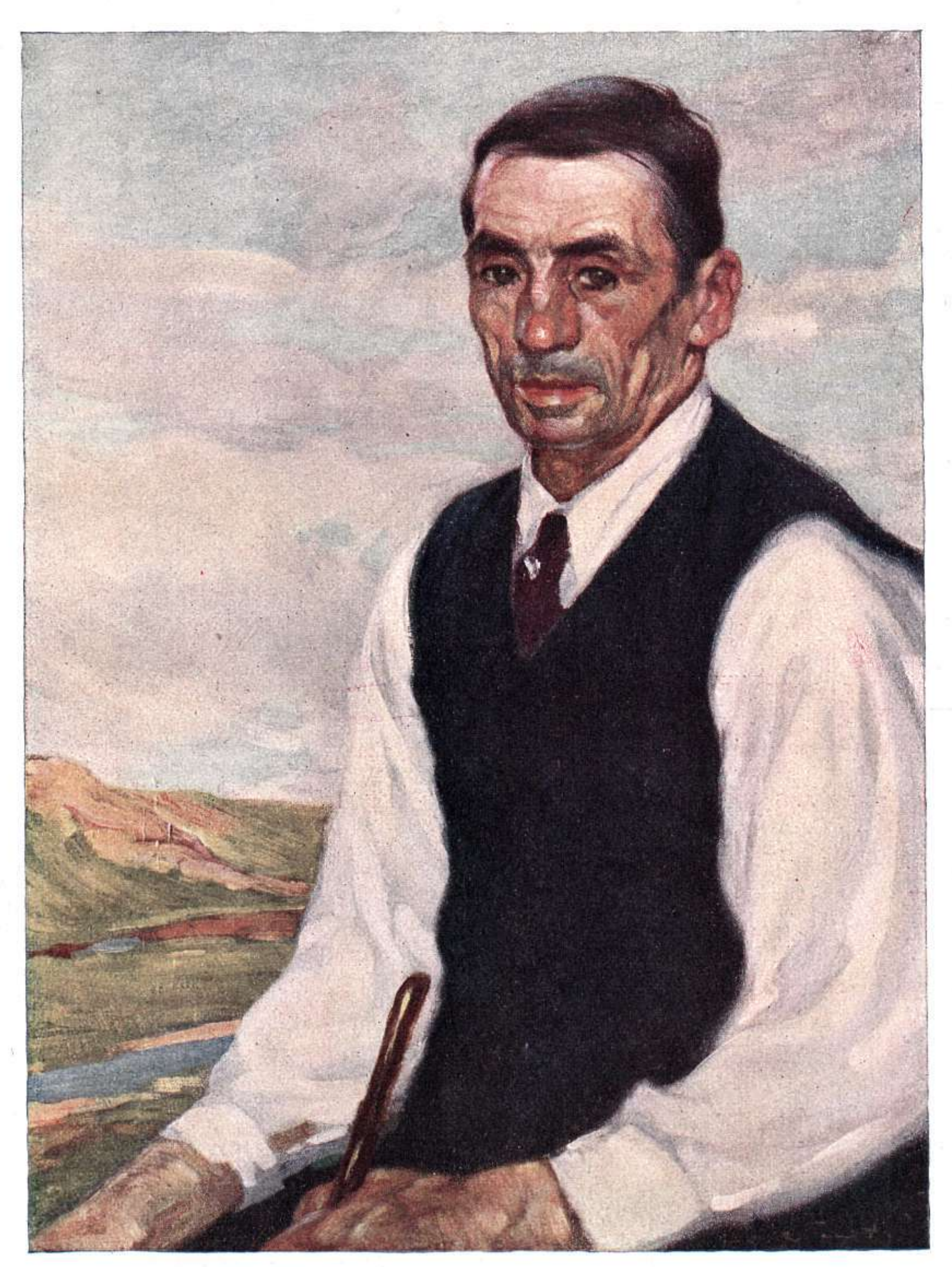
EDUARDO MARTHUR.

Lucha de águilas



La poderosa águila demócrata de Norte América, ha desplegado sus alas, y con valentía se ha lanzado en lucha contra las águilas imperiales.

Dib. de Alonso.



ARTE ARGENTINO

UN TRASPLANTADO

ÓLEO DE CENTURIÓN



CANCION DE CANCIONES

Pasaste, y a florecer
Comenzaron mis rosales:
Volvían los ideales
En mi aciago atardecer.

Viniste y en mi jardín
Interior lució la luna,
Y se oyó en la noche una
Melodía honda y sin fin.

Mis sombras te abrieron paso
Mis laúdes se templaron
Y las cuerdas entonaron
Cantos de oro y de raso.

Te saludó mi egoísmo
Con un grito teologal:
Eras tú la capital
Ansia, el eco de mí mismo.

Yo iba a medio camino
Por la vida, y, cejijunto,
Veía irse el conjunto
De horas de mi destino.

En eso llegaste: emblema,
Síntesis, símbolo, esencia,
Transfiguración, presencia
Vista en soñación suprema.

¿Cómo no gritar: — ¡Hosanna!
Y encender los incensarios
Pulsar los extradivarios
Y entregarte el alma ufana?

Ahogué todos los malignos
Augurios y desconsuelos
Al descifrar en los cielos
Nuevos, los arcanos signos.

¡Eras tú, la deseada
La única, la nacida
Para mí, la presentida
Y eternamente llamada!

ENVIO:

Secreto, enigma, misterio
Revelados; sueño real;
Al fin hallado ideal
Que así vienes a mi imperio:

Haz que mi imperio sea tuyo
Y entonces, vueltos humanos,
Irán a besar tus manos
Los leones de mi orgullo.

LA QUE HA LLEGADO AYER

Tu alma azul, compacta de quimeras,
Desfallecía en siglos de infortunio,
Y ultra - románticas devanaderas
Tejían orlas a su plenilunio.

. . . Y viajabas de una en otra estrella
Componiéndote vaga y melodiosa
Música con tu ensueño de doncella,
De taciturna, vuelta en misteriosa.

Hecha de soledad y de tristeza,
Y exaltación, sin material intento
Acumulaste mundos de terneza,
De poesía para ser portento.

El profundo caudal pugnó mil años,
Copa repleta — por volcarse un día,
La honda fe dispuesta a desengaños,
El alma lista a ser llorada "¡mía!"

Llamaste a voces y en silencio hiciste
Señas arcanas al Azur, al Norte,
¡Y hubieras muerto ya de ser tan triste
Pues ningún príncipe advirtió tu porte!

En la orfandad de tu existir aciago —
Viuda de cien esposos de delirio —
Eras ejemplo para cielo y lago,
Cual hostia, pura, y blanca como un lirio.

En ese corazón que esperó tanto
Una ignota armonía tuvo cuna,
Y preparóse a enloquecer de llanto
Alegre, y a morir ebrio de luna.

Profundo eco suscitó en mi abismo
Espiritual tu mágica presencia
Porque eras el espejo de mí mismo,
Fuente de ensueño y celestial esencia.

Dispuesta a todas las celebraciones,
Esparcirás el múltiple tesoro
De esa alma azul, donde dormitan sones
Que hará vibrar mi tañedor de oro.

Ella será la arcilla que modele
Para imprimirle una imborrable huella,
Hasta que, ahita, a los espacios vuele...
O yo retorne a mi nativa estrella.

EVAR MÉNDEZ.

Dib. de Dumont.

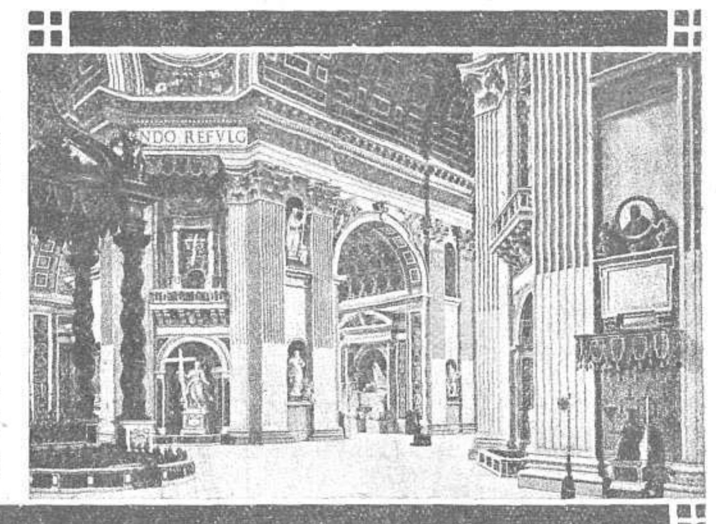
UNA IMPRESIÓN DE ROMA



Para "Caras y Caretas".

— Me pregunta usted — dije a mi interlocutor,—por qué afirmo que este ambiente de Roma es una lección perenne de tolerancia activa y positiva, de serenidad y de amplitud. Lo afirmo por lo que se refiere al sentimiento religioso, y lo afirmo poniendo preferentemente la atención en los fanáticos de nuestra parte, en los fanáticos del librepensamiento.

No consiste esta influencia apaciguadora en la sugestión de religiosidad que irradie de la infinita muchedumbre de las iglesias romanas. Aun estoy por encontrar en Roma el templo que mueva la imaginación de modo favorable a la emoción religiosa. Ni «San Pedro», con su titánica grandeza y su magnificencia deslumbrante; ni «San Pablo», con la majestad abrumadora de sus mármoles y granitos; ni «San Juan de Letrán», con sus gigantescas estatuas; ni «Santa María Maggiore», con la estupenda riqueza de sus capillas laterales, ni otro alguno de los templos de esta capital del orbe católico, ha tenido la virtud de ajustar mi imaginación al tono religioso, de que no me siento, sin embargo, incapaz. Son todos ellos museos preciosísimos, cautivadoras galerías, salas grandiosas, imponentes monumentos; pero falta el ambiente indefinible de misterio y de unción, aquel toque de ángel a que responde el alma con la nostálgica aspiración a lo divino... Las invisibles alas que en la austera semi-obscuridad del templo gótico os arrebatan hacia la luz que inflama, allá arriba, los gloriosos vidrios de colores, no acuden a vosotros dentro de estas iglesias rehechas y caracterizadas por el Renacimiento, donde podrían, sin incongruencia, hospedarse los dioses del Olimpo.



Interior de San Pedro.

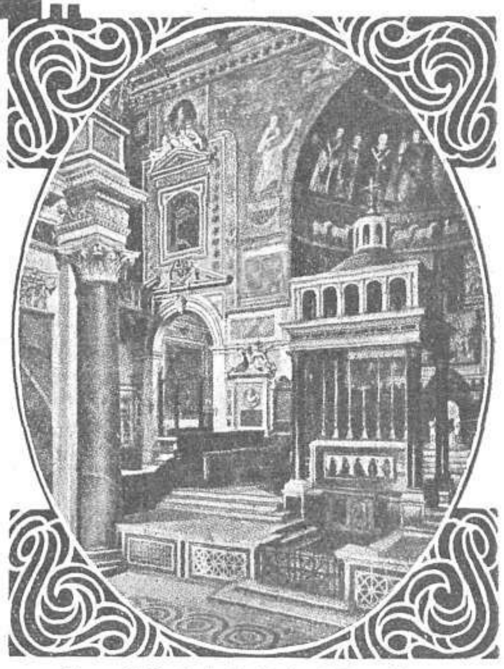


Interior de la Basílica de San Pablo.

Tampoco aquel respeto con que aquí se impone al espíritu desapasionado la fe religiosa puede proceder de la presencia de recuerdos que certifiquen la pureza de su desenvolvimiento, la consecuente verdad de su realización, siendo así que lo que testimonian estas piedras de Roma es el desigual, y a menudo ignominioso, proceso del Pontificado, y es sabido que la impresión romana, recibida de cerca por el más famoso de los heresiarcas, obró como causa determinante de la ruptura de la fe.

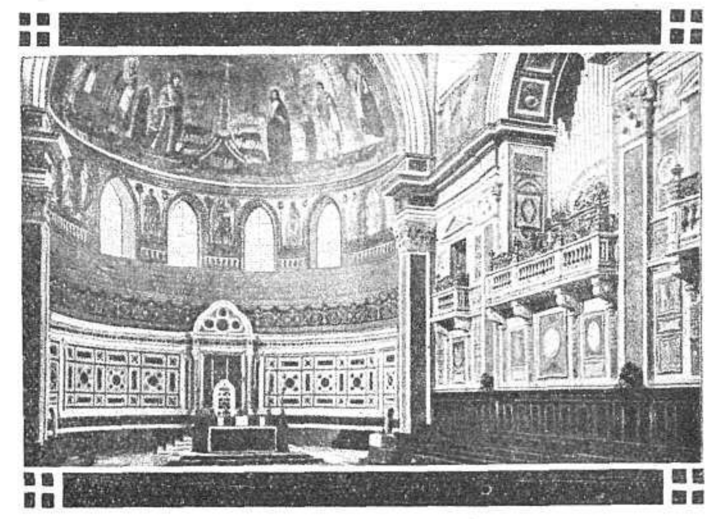
Si Roma, vista con ojos de inteligencia y de sinceridad, por un espíritu realmente emancipado de preocupaciones viejas o nuevas, ennoblece el concepto de la religión que aquí tiene su centro, persuade de la justicia que le es debida como tradición humana, como determinación histórica del ideal, es porque en esta ciudad se manifiesta, con la muchedumbre y la grandeza de sus monumentales tesoros, la capacidad creadora de esa religión, en sus siglos de plenitud y de verdadero dominio; la radiante inspiración del genio católico iluminnado el alma de esta raza de coloristas y estatuarios; los veneros de belleza, de idealidad y de amor, que la fe hoy abatida supo arrancar a la conciencia de las generaciones que fueron.

Sólo hay una ceguera comparable a la ceguera de los fanáticos reaccionarios cuando se trata de columbrar el porvenir, y es la ceguera de los fanáticos innovadores cuando se trata de comprender el pasado. En las ideas y las instituciones que ha desamparado el tiempo verán sólo la parte negativa, la razón de su caduci-



Coro y ábside de Santa María del Transtivére.

dad; no el espíritu de vida que les dió oportunidad y eficacia; no el legado imperecedero que las vincula solidariamente a aquellas que las han sucedido. Si aun hubiera quien creyese en los dioses paganos, se contestaría la belleza de su concepción, la gracia seductora y el sentido profundo de aquel culto de la naturaleza, que selló para siempre con sus símbolos la imaginación de los hombres. Es necesario olvidar que la fe católica es todavía materia de disputas humanas y remontarse a considerarla ideal y desinteresadamente, para sentir la belleza inefable de sus formas, la avasalladora grandeza de su espíritu. Y esa amplitud y esa serenidad de visión nunca se logran de tan cumplida manera como cuando se tiene ante los ojos la perspectiva artística e histórica que esta maravillosa Roma desenvuelve.



Claustro de San Juan de Letrán.

En presencia de los Profetas y los réprobos de Miguel Angel, las Logias de Rafael, y su «Transfiguración», el estupendo «San Jerónimo» del Dominiquino, y los frescos de Ghirlandajo y de Botticelli, o de cualquier otra de las obras de genio que perpetúan asuntos religiosos, la mirada que busque el fondo reconocerá, por debajo de la interpretación del artista, la inspiradora virtud de la idea, la hermosura o la grandeza esenciales de la imagen representada, del sentimiento debido a la fe que eligió en el artista el realizador de una de sus íntimas visiones. Como hay en los paganos dioses una belleza ideal que hicieron plástica los mármoles que los figuran, la hay en el sobrenatural cristiano, ya severa y terrible, ya tierna y lacrimosa, y estos cuadros la manifiestan, a pesar de la mezcla de paganismo con que suele enturbiar su religiosidad el espíritu del Renacimiento.



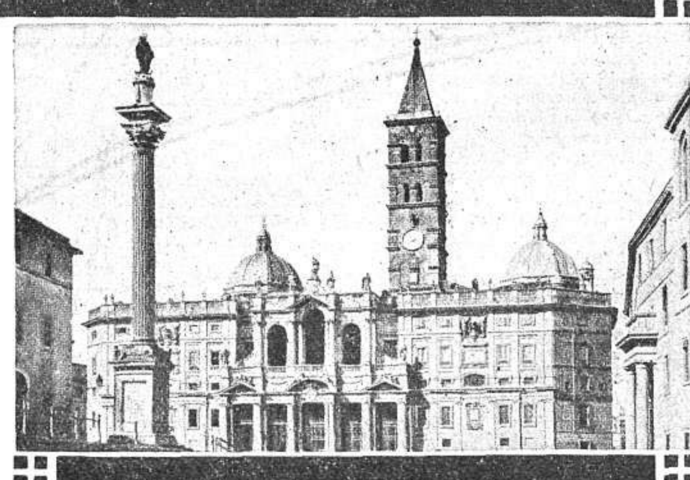
Gran altar de San Lorenzo.

Y si el arte sugiere el respeto por la muerta fe, igual sentimiento fluye de la consideración histórica de este inmenso escenario. Cierto es que la Roma papal, con su apogeo de impura Babilonia y sus postrimerías de rezagada teocracia, comparece en la memoria del observador; pero la actual anulación del Pontificado como realidad política, hace que esos rasgos se subordinen y cedan en nuestra atención a un cuadro mucho más vasto e indeleble: el del triunfal desenvolvimiento de la idea cristiana, desde sus orígenes humildes hasta sus días de inaudita universalidad y de materna preeminencia. La imaginación ve formarse aquí el árbol majestuoso, dos veces milenario; asiste al germinar de su simiente obscura en la sangrienta arena del Coliseo, en la húmeda sombra de las Catacumbas; lo representa, en el arco de Constantino, levantando al cielo el tronco ya espeso y consistente, y luego, en el Palacio de Letrán, en el Vaticano, en la iglesia de San Pedro, con sus confesionarios para veinte idiomas distintos, evoca el tiempo en que la copa anchurosa tiende su sombra sobre la redondez del mundo.

Por eso es noble y saludable la influencia de Roma, para los espíritus que vienen a ella sin fe, pero sin odio; por eso afirmo que hay en las sugestiones de este ambiente una perenne lección de tolerancia; una iniciación, en ninguna parte tan perfecta, de sentido histórico, de amplitud humana, de superior y fecunda armonía...

José Enrique Rodó.

Roma, enero de 1917.



Basílica de Santa María la Mayor.

EL EMBRUJADO

Casi en el centro de la provincia de Buenos Aires, existe una comarca, que conserva tradicionalmente los vestigios de sus antiguos pobladores. En uno de sus pintorescos y accidentados valles, cuyos encantos indígenas guardan, como centinelas de vista, las sierras multiformes que lo rodean, hube de detenerme cierta vez, por un percance de viaje; y un viejo pampa, con su buena voluntad característica, quiso entretenerme, mentándome una historia, que yo no sé porqué motivo extraño, se aferra a mi memoria con una viva insistencia... Quizá, la impresión que me produjo el sitio donde acontecieron los hechos que paso a relatar, contribuyeran a fomentar estos recuerdos.

En ese mismo valle y a corta distancia de un pantano cenagoso, había una casucha, medio derruída por la lluvia y el viento y por cuyas rendijas se filtraba una luz débil, que parecía luchar tímidamente con las sombras, que no hacía mucho arrojaran al sol tras de las sierras. Dentro, dos sombríos personajes, se hallaban como alejados por el silencio...

Ella, una vieja regordeta y mal entrazada, mientras «templaba» el mate, de cuando en cuando, encorvaba sus ojos grises, pequeños y vivarachos, hacia un muchacho de regular estatura, fortachón, pero de cara enjuta y cuyos labios, obscurecidos por el vello que apenas puntea, expresaban una preocupación honda y constante.

Domingo, el muchacho más altivo y decidor de aquellos pagos, sintió por primera vez enfriarse las entrañas... ¿Sería verdad lo que doña Eulalia le decía?... ¿No se habría equivocado, quizá, lo que nunca, aquella vieja que presagiaba las enfermedades y la muerte con una regularidad tan admirable, que encarnaba la presunción de un pacto con Dios o con el diablo? Y por otra parte, ¿sería posible que su hermano Manuel, todo un hombre, se hubiera dejado embrujar por una muchacha desdeñosa y antipática, Rosa, la hija del difunto caudillo, del cual heredara sus ojos, de un color negro intenso, que abismaban?... Y al llegar las reflexiones a este punto, una serie de pensamientos vinieron a encadenarse en su mente... He ahí la razón de los cambios de Manuel, desde hacía un tiempo... Ni una caricia para su mujer y sus hijos... Ni una palabra afable para el hermano, con el cual iba, todas las mañanas, a «tropiar ganaos», hablándole apenas lo necesario; y sin levantar la vista, como si ocultara algo...

La voz aguardentosa de la adivina, interrumpió sus cavilaciones...

— ¡Velay!... ¿y entuavía lo piensa?

— Es que me duele creerlo...

— Dijuramente... pero para ese mal... pacencia... n'hay remedio...

— Pueda que haiga...

(Comprendiendo la aviesa intención). — Ansina me gustas, maula!...

(Yéndose). — Hasta otro día...

— ¿Y?... (haciendo ademán de dinero).

— Perdone... ¿Cómo iba a dirme sin pagarle?... es que la noticia... sabe... me ha trastornao... adiós, ña Eulalia...

— Güeno... hasta pronto...

Y mientras doña Eulalia cerraba la puerta sonriente, Domingo, como «deslomao» se dirigió por la senda del bajo. Al dar vuelta el segundo recodo, tal una sombra, se levantaba el rancho de Manuel.

«Sí... n'hay duda...» repetíase en su interior, en tanto que a grandes pasos hacía el recorrido; «¡lo han perdio... lo han embrujao!...» y el pensamiento fatal que ya gestara en su interior, se hizo piedra para machacar su rostro. La naturaleza salvaje, no sabe de simulación ni de mentira. Así, en cuanto la mujer de Manuel lo vió entrar, le preguntó angustiada...

— ¿Li ha pasao algo a tu hermano?...

— No... nada...

— Es qu'entuavía no ha güelto...

— Ya vindrá... ya vindrá...

Y Domingo fué a sentarse, sombrío, en un ángulo del cuarto. Entonces la mujer, volvió a asediarlo con preguntas... ¿Por qué tenía, ahora, genio tan «empenao» su hermano? ¿Qué mal le había ocasionado ella, para que la hiciera penar tanto?... Y sólo se interrumpía ante los gestos de Domingo y el fuerte respirar de los chicos, en cuyo dulce sueño, quién sabe si un pájaro revoloteara, inspirando los encantos que se reflejaban en aquellos pequeños rostros iluminados... De pronto, un golpe seco, como de una masa que cae a plomo, estremeció a la mujer...

— «Será mi caballo;.. que se ha echao de cansancio...» — observó Domingo para calmarla. A poco, un ¡ay! apenas perceptible, filtrándose como un silbido, le hizo llevar la mano maquinalmente a la cintura... Y resuelto, abrió la puerta, tropezándose al punto, con el cuerpo de un hombre...

— «¡Si es Manuel!...» — gritó la mujer reconociéndolo. — Y mientras lo levantaba y lo ponía en el catre, gimió, conteniendo el llanto... «Está borracho... lo que nunca...» y viendo que el hombre entreabría los ojos, débilmente le preguntó...

— ¿Ande anduviste?...

Y él, medio incorporándose, contestó...

— ¡Canejo!... por donde a naide l'importa...

Y rendido por aquel esfuerzo, volvió a caer en el lecho.

Domingo no pudo contenerse más... Tomó el sombrero y con los ojos bajos, que brillaban como ascuas, se dirigió hacia el potrero. «Esperate», — exclamó la mujer... «No puedo... estoy de priesa...» — contestó. El tordillo lo esperaba, alerta, como si comprendiera las ansias de su dueño...

El jinete tomó el camino de la sierra. ¡Cuántas ideas locas bullían en aquella cabeza atormentada! Pocos minutos después se apeaba cerca de un casuchón destartalado. Acercóse a él, cautelosamente; y dió dos golpes suaves en la puerta. Nadie respondió... Volvió a llamar dos veces... Aquello lo impacientaba... Su corazón latía con tal violencia, que temía lo delatara... Por fin, una voz suave y en tono muy bajo, se dejó oir: «¿Quién es?...» y Domingo, en igual tono respondió... «El hermano de Manuel...» Hubo un corto silencio... después... leves pasos en la habitación, como si la mujer fuese a cerciorarse que los demás dormían... el leve chirrido del hierro que se levanta y de los goznes que giran... y un hombre que se precipita en la habitación, como presa de una pasión indomable...

Al día siguiente, Rosa, fué encontrada muerta a los pies de su lecho...

Mario Olivieri Acosta.

Dib. de Centurión.



Comerciantes de ocasión

El lacrador de cartas y paquetes

Frente al correo, como acechando la llegada de los incautos que desconocen las condiciones en que debe expedirse una carta certificada, hay varios locales, que además de la venta de lotería, cigarrillos, o salones de lustrar calzado, hacen el negocio de lacrar cartas.

Este nuevo comercio, aunque pequeño, al parecer, deja bastante utilidad a sus patrones. Poco es lo que se necesita para servir al público en este caso, una vela y una barra de lacre y unos sellos. A veces, cuando la clientela aumenta, se proveen de un mechero y la barra es más grande. Lo que se cobra por lacrar una carta suele ser diez o veinte centavos.

Estos modestos negocios deben merecer nuestra consideración, pues ellos nos muestran como el axioma de que la función hace al órgano se cumple en este caso. Si el correo aceptase las cartas que llevasen el sobre engomado solamente, no hubieran tenido ocasión estos novísimos comerciantes de encontrar clientes, pero como es condición de toda carta certificada que vaya lacrada y con un sello que demuestre la personalidad del expedidor... he ahí que surge el hábil en el oficio de lacrador.

Durante horas se ve a estos lacradores entregados a su tarea... manejan el lacre con una maestría tal, que sólo los que no han tenido necesidad de lacrar cartas o paquetes saben lo que significa; pues los que se han visto en el caso se quemaron los dedos en más de una ocasión con el lacre inflamable...

Así, que al verlos manejar con rapidez y gracia esa barra llena de peligro para los inexpertos, nos quedamos asombrados.

Además, esos lacradores llenan una alta misión, pues sea debido a nuestra ignorancia de las prácticas del correo, o porque aunque llevamos las cartas lacradas hayamos omitido el sello que debe estar impreso en el



Entrada al negocio, donde, además de la venta de cigarrillos y billetes de lotería, existe la sección: «Lacrado».

SE LACRAN CARTAS

El rótulo que advierte al inexperto, que allí puede lacrar sus cartas para que se las acepte el correo.

lacre, ello es, que nos sacan del apuro por una muy modesta cantidad, y así la carta, que por el sólo hecho de ir certificada, denota su importancia, puede ir sin demora a su destino a llevar la alegría o la intranquilidad.

Hemos preguntado a algunos de estos útiles servidores del público, y nos dicen que con su trabajo, suelen sacar tres o cuatro pesos diarios, cuya utilidad es tan poca, que no puede dar oportunidad a que se establezca un negocio solamente para el lacrado de cartas y paquetes...



La delicada operación hecha al vapor...

El buen hombre que nos daba los datos, que según él es el veterano de esta nueva industria, se lamentó de que a causa de la crisis haya menos trabajo, y de lo que es más triste la competencia...

—¡Uf! nos decía, no hay negocio en los alrededores del correo, que no explote esto del lacrado de cartas y paquetes. ¡No ve usted que no se necesita capital!... Además, como ya se tienen aseguradas las entradas para los gastos de alquiler, luz, y patentes con la venta de lotería y cigarrillos y esta nueva entrada es una extra, que salva muchos renglones imprevistos. Hubo época en que se ganó dinero; cuando se certificaban todas las cartas; pero hoy la gente mira gastarse unos centavos más. Esta situación que atravesamos, créame, hasta debe notarse en el correo y en el telégrafo.

KODAK.

La moda y los perros

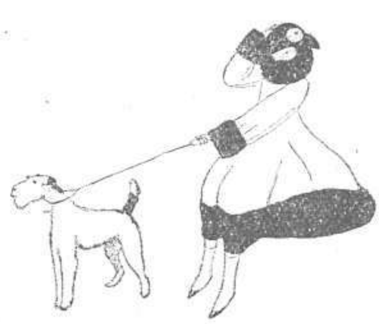


Los Pomeranianos son muy decorativos y muy elegantes.

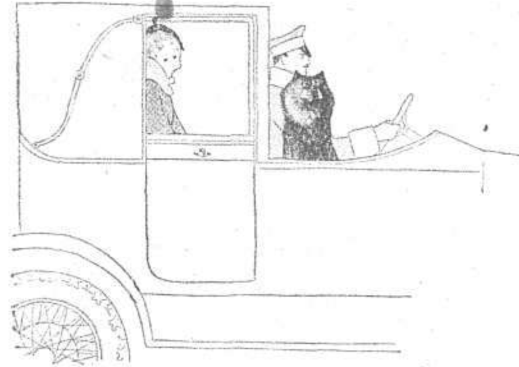
Hace tiempo, el *Punch* de Londres publicó una caricatura que fué muy celebrada, como todas las que corresponden a una realidad psicológica o moral. Una gran dama bañaba cariñosamente a un gozquecillo, y le decía a una amiga que miraba un poco sorprendida la delicada operación:

— Dios ha hecho bien en no darme hijos; porque si me los hubiera dado, por atenderlos no habría tenido tiempo suficiente para cuidar convenientemente a Chutri.

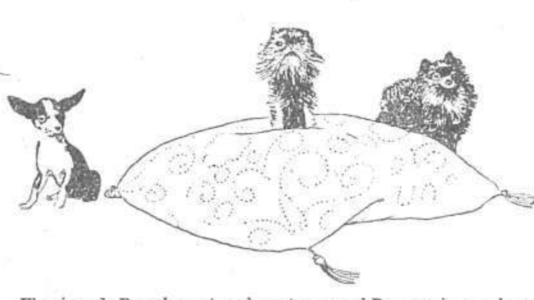
Y un sonoro beso en el húmedo hociquillo del perro cerró con broche de perlas y corales — como diría un cronista social — la significativa frase de la gran dama.



El fox-terrier es muy curioso: quiere verlo y olerlo todo.



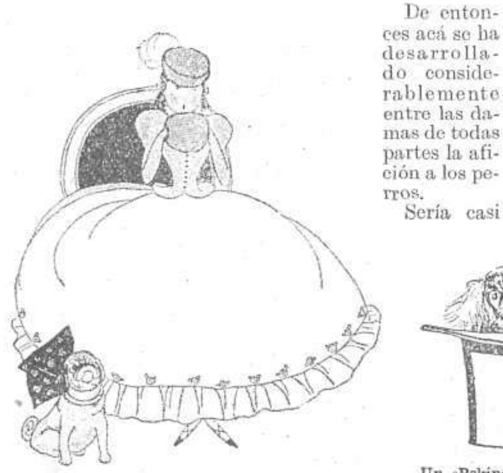
El «Chori» es indicado para ir al lado del chauffeur, completando el lujo del vehículo.



El guipur de Bruselas es tan elegante como el Pomeraniano, y hace buenas migas con el Chihuahua.

De entonces acá se ha desarrollado considerablemente entre las damas de todas partes la afición a los perros.

Sería casi impertinente que nos diéramos ahora a hacer la apología del perro, en defensa de esa afición de las damas. Todos sabemos el papel que representa el perro en la sociedad de los hombres. Es un papel capital. Suprimamos con la imaginación los perros, y nos daremos cuenta de lo que sería la sociedad, de lo que sería la vida humana sin ellos. Es probable que el perro sentiría menos la desaparición del hombre, que el hombre la del perro. Ya el animal que Alcibíades martirizó, cortándole la cola, para que los atenienses no dejaran de hablar de él (de Alcibíades), ha pasado a ser un elemento indispensable para el hombre, cuyo mejor amigo suele ser. Al principio, seguramente, el hombre buscó al perro pensando sólo en lo útil que podía serle; y el perro correspondió plenamente a esa expectativa del hombre: le fué útil sin condiciones, hasta la temeridad, hasta el martirio. Aun continúa siéndolo; pero las relaciones entre ambos han evolucionado, desde hace mucho tiempo también. Convencido el hombre, de que, en punto de utilidad podría obtener del perro cuanto quisiera, quiso además tener en el noble animal un objeto de belleza, y se dedicó a criar al perro, no ya para ayudarlo o defenderlo, sino para vivir con él. Y, de pronto, como por obra de encantamiento, todos los perros empezaron a parecer hermosos, con hermosura canina, pero hermosos, y los hubo para todos los gustos.

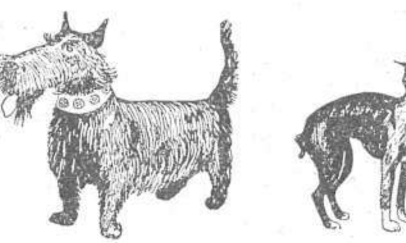


El «pug-dog» casi ha desaparecido, a pesar de su popularidad en los tiempos de la crinolina.

Un «Pekines» en un sombrero de copa, es de lo más «smart» como adorno del «boudoir».



El perrito llamado «Pekines» exige muchos cuidados; es un verdadero príncipe canino.



El Bull-dog y el Escocés gozan de poca fama, porque no son elegantes.

Domicilios buscados

Fantasía y realidad



La casa de S. E., Brasil, 1039. Cerrada. Todo un símbolo.



El domicilio del Vice, Arenales, 1093. La imaginación popular supone que la guarda un león.

Cualquier ciudadano puede disfrutar de tranquilidad, salvo el caso de que los pechadores le salgan al paso; pero en cuanto se convierta en personalidad, bien porque haya ligado un ministerio o cualquier otro cargo importante, la felicidad sólo la conocerá de nombre.

Andan por ahí, y ahora agravado el mal por los provincianos, millares de aspirantes a empleos, que armados de la consabida carta de recomendación acechan el paso del ministro para conseguir algo que tenga nombre en algún ítem del presupuesto.

En los ministerios, después de pasado el entusiasmo de los primeros días, en los que se dejara las puertas francas, para que el pueblo desahogase su entusiasmo y palpara que los ministros eran de carne y hueso, se dió orden de contener la avalancha de postulantes, porque éstos creían de buena fe que después del abrazo cariñoso iban a llevarse un nombramiento.

Y los excelencias de nuevo cuño, en defensa de su tranquilidad, han dispuesto de cancerberos uniformados, vulgo ordenanzas.

Y no sólo han dado órdenes terminantes para los que vengan a visitarlos en sus oficinas, sino que también en sus domicilios particulares se han ingeniado para no hacerse visibles a los pechadores. Los porteros de las viviendas ministeriales tienen órdenes terminantes: ¡S. E. no está en casa!... Pero así y todo, los hay molestos y pesados como mosca brava, que hasta por teléfono quieren llevar a los oídos ministeriales su petición.

Y como desde que rige la orden, no hay posibilidad de ver la cara de un ministro, como no sea en caricatura, y a veces hasta se ignoran sus domicilios... los aspirantes han llegado a imaginar que se trata de mitos que tienen a la puerta de sus casas animales fabulosos que les velen el sueño.

La casa del Presidente, siempre cerrada, es todo un símbolo, una especie de *Lasciate ogni speranza*, para los



Hospedaje del Ministro del Interior, Tucumán, 1646. La gente imagina que la guardan dos lebreles.



Residencia del Ministro de Instrucción Pública, Soler, 3353. Toda una colección de gatos obstruye la entrada.

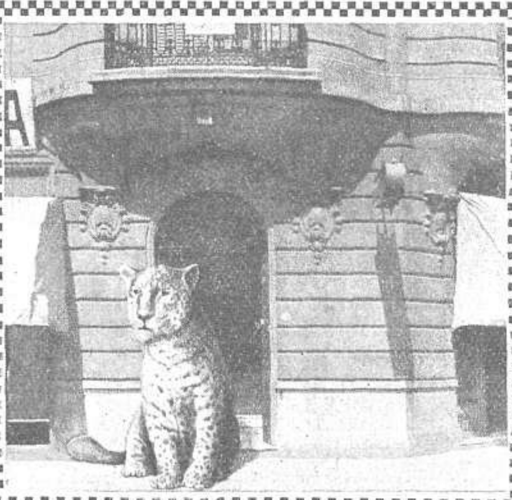


Mansión del Ministro de Agricultura, Juncal, 1045. Un elefante evita que las multitudes se aglomeren en busca de empleo.

Palacio del Ministro de Hacienda, Defensa, 1220. El bisonte no está de adorno; si para evitar sablazos inoportunos al tesoro.



Casa del Ministro de Marina, Carlos Pellegrini, 1560. Según la leyenda, guarda su entrada una «menagerie» de focas y pingüinos.



Refugio de Elpidio, Santa Fe, 2698. El tigre que aparece a la puerta es de talabartería.

postulantes. La del Vice se la imaginan con un león que no les deja acercar con sus rugidos. Del Ministro del Interior, se asegura que sólo desde que tiene de guardianes dos inmensos mastines le dejan tranquilo los santiagueños. El doctor Salinas, tiene a su entrada una colección de gatos que aspiran a todo. El Ministro de Agricultura, sólo con la guardia de un elefante ha podido librarse de los proyectistas. El doctor Salaberry, dicen que tiene un bisonte amaestrado que le espanta a los negociadores de empréstitos. Alvarez de Toledo no deja acercar nadie a su casa, sin que se tropiece con la *menagerie* de focas y pingüinos. Elpidio, aunque vive en un tercer piso, tiene un tigre para espantar a los que buscan ascensos, y el doctor Torelló ha colocado un oso en la puerta para asustar a los que le molestan con recomendaciones.



Residencia del Ministro de Obras Públicas, Tucumán, 1633. Un oso evita que se junte gente en busca de empleo.

Claro que todo esto es fantasía; pero de seguro que los señores ministros desearían que se convirtiera en realidad.

GOYO CUELLO.

CUARTO MENGUANTE

ELENA (*Muy irritada.*)— Bonita hora de venir a casa. ¡La una de la mañana! ¿Vos te creés que yo me he casado para hacer esta vida?

MARCELO (*Contemporizador.*) — Pero, Elena, no seas tonta; ¿qué querés que haga? Sin duda se te va a ocurrir ahora que debo estar a tu lado adorándote a toda hora del día.

ELENA.—No, señor; adorándome todo el día, no; pero me parece que llevando apenas un año de casados, bien tengo derecho a exigir a mi marido que se esté en casita a las once.

MARCELO.—Pues eso hago todos los días. Hoy por excepción me descuidé un poco y no veo el motivo de tantos aspavientos.

ELENA (*Desconfiada.*) — Te descuidaste ¿eh? Mirá, Marcelo, cuando vos vas yo ya estoy de vuelta, ¿sabes?

MARCELO. — Bueno.

ELENA. — ¿Dónde has estado?

MARCELO. — En el Jockey.

ELENA. — ¿Ah, sí?

MARCELO (*Convencedor.*) —Sí, m'hija; y mirá lo que pasó: me encontré con Rivero, ¿sabes?, y nos desafiamos a un partido de ajedrez; y vos ya sabés lo que es el ajedrez: nos pusimos a jugar y terminamos a las doce y media.



ELENA. — Y le diste mate, por supuesto.

MARCELO. — No; quedamos tablas.

ELENA. — ¡Ah! tablas, ¿no?

MARCELO. — Sí, m'hija; tablas.

ELENA (*Acercándose.*) — ¿Y este pelo que tenés en la solapa?

MARCELO (*Aparte.*) — Me ha descubierto.

ELENA. — Contestá, ¿de quién es este pelo?

MARCELO (*Confuso.*) — Ese pelo... este... será mío o tuyo.

ELENA (*Furiosa.*) — ¡No, señor, no! No es mío porque yo soy morocha y ese pelo es de una rubia ¡de una rubia! ¡Oh, esto es el colmo! Cásese usted muy enamorada, muy ilusionada; sea usted buena y virtuosa y ya lo ha conseguido usted; y su marido por ahí!... ¡Ese maldito pelo!

MARCELO (*Jocoso.*) — Bueno, bueno. Ya veo que vos me estás tomando el pelo.

ELENA (*Sarcástica.*) — ¡Ja, ja! Muy lindo el chiste, muy gracioso el chiste. Como para chistecitos estoy yo ahora. ¡Oh, hay para volverse loca! Yo no sé para cuándo guardan la vergüenza ciertas personas.

MARCELO (*Dándose por aludido.*) — Bueno, bueno; cuidado con los insultos, ¿eh?

ELENA. — Es lo único que faltaba; venirme con amenazas a mí que soy una mujer. Si papá lo supiera...

MARCELO (*Haciéndose el enérgico.*) — Es que vos sos muy terca. Ya te he dicho y por última vez te repetiré que estuve en el Jockey jugando al ajedrez con mi amigo Rivero. Y si no preguntáselo al «chauffeur.»

ELENA. — Mentira, mentira; el «chauffeur» es tu cómplice.

MARCELO. — ¡No se hable más de este asunto!

ELENA. — Es lo que vos quisieras, que no se hablara más de este asunto. Pero ahora verás cómo yo lo averiguo todo (*corre hacia el teléfono.*)

MARCELO.— Pero, muchacha, ¿qué vas a hacer?

ELENA. — Ahora verás lo que voy a hacer y ahora verás de lo que es capaz una mujer enfurecida. ¡Hola, hola!

EL TELEFONISTA. — ¿Número?...

ELENA. — Veintinueve ochenta y uno, Avenida.

EL TELEFONISTA. — Avenida, dos, nueve, ocho, uno; tenga el tubo.

MARCELO (*Aparte.*) — Estoy perdido.

ELENA. — ¡Hola! Hablo con el señor Rivero, ¿no?

RIVERO. — Con el mismo. Y yo, con quién tengo el gusto...

ELENA. — Usted habla con la señora de Argüelles. Perdone ante todo que le hable a una hora tan intempestiva y tan impropia, pero se trata de algo grave. Estoy lo más intranquila, señor Rivero. Imagínese que mi marido no ha vuelto todavía a casa cuando siempre viene a las once. Tengo miedo, pero muchísimo miedo, porque él es muy distraído y quién sabe si no le ha pasado algo. Como usted es tan amigo de él y se ven a menudo, se me ocurrió preguntarle si lo había visto esta noche.

RIVERO. — No; no señora, no lo he visto, pero no creo...

ELENA (*Volviéndose hacia Marcelo y echando chispas por los ojos.*) — Con que en el Jockey con tu amigo Rivero y jugando al ajedrez, ¿he?

RIVERO (*Que ha oído las palabras de Elena a Marcelo y que se ha hecho cargo de la situación de su amigo.*)— Pues, no, señora; no he visto a su marido ni quiero verlo. A quien yo quiero ver es a usted, que me tiene loco con sus miraditas de zig-zag.

ELENA. — ¿Cómo?

RIVERO. — Que es a usted a quien yo quiero ver, reina. A usted, ingratona, luz matinal, amanecer de mi vida ¡Maldito el hilo telefónico que nos separa! Pero, diga, señora de mis sueños, ¿cómo se le ha ocurrido llamarme a la una de la mañana para preguntarme por el langostino de su marido, cuando sabe que lo odio?

ELENA (*Secamente.*) — Señor, usted no está hablando con quien cree hablar.

RIVERO. — ¿Có . . . cómo?

ELENA. — Usted habla con la señora de Argüelles.

RIVERO. — ¡Oh!...

ELENA. — Con la señora de su amigo Marcelo Argüelles.

RIVERO. — ¡¡Ah!!...

ELENA. — Lamento su error.

RIVERO. — Perdón, señora, una y mil veces.

ELENA. — Siento haberle descubierto un secreto tal vez.

RIVERO. — De nuevo perdón, señora. No, nada de secretos; ya habrá comprendido usted la situación: creí estar hablando con una familia de mi amistad y con la cual me permito a veces ciertas bromas.

ELENA. — Sí; he podido darme cuenta.

RIVERO. — Me preguntaba usted por Marcelo, ¿no es cierto? Tranquilícese, señora, hoy he estado con él en el Jockey Club.

ELENA (*Emocionada.*) — ¿Ah sí? ¿Usted estuvo con él en el Jockey?

MARCELO (*Aparte.*) — Estoy salvado.

RIVERO.—Sí, señora; y nos trenzamos en un partido de ajedrez que se prolongó hasta hace un rato. Pero me extraña mucho que aún no haya llegado a su casa, pues lo dejé en Lavalle y Florida hace más de media hora. De todos modos, le repito, señora, tranquilícese que no tardará en llegar.

ELENA (*Agradeciendo y cortando la comunicación.*) — Perdón, Marcelo.

MARCELO (*Haciéndose el magnánimo.*) — Estás perdonada. En mi corazón no hay lugar a un miligramo de rencor.

ELENA (*Aparte.*) — Qué mala soy.

GASTÓN DE FOIX.

Dib. de L. B.

LA VENCEDORA

Después de haber purgado con treinta años de reclusión carcelaria, un crimen, horrendo, sí, pero debido más que a instinto criminal, a pasión juvenil y a completa ignorancia, Dionisio Morales regresaba al pago jamás olvidado y siempre querido.

Cuando alguna vez sus compañeros de infortunio tildaron de pueril su nostalgia, respondió con acento de convicción profunda:

— «Un gaucho puede olvidarse de todo, hasta de la madre que lo echó al mundo; pero pa olvidarse de la querencia, es necesario que haiga dejao de ser gaucho.»

El pago es la casa donde se ha nacido y a la cual se vuelve siempre obedeciendo a la misma fuerza irresistible que hace volver a la golondrina, año tras año, en busca del mismo sitio, del mismo alero, del mismo rancho donde construyó su primer nido.

El pago es el campo donde se montó el primer petizo y se boleó el primer ñandú y se domó el primer potro y se enlazó el primer novillo.

— ¿Cómo es eso, tata, — interrogó; — ya no tiene caballos de andar?

— No; sólo tengo éste y otro carretonero.

— ¿Quién doma ahora los potros de la estancia?

— Ya no hay potros.

— ¿Qué se hizo la yeguada famosa de la estancia?

— Ya no hay estancia.

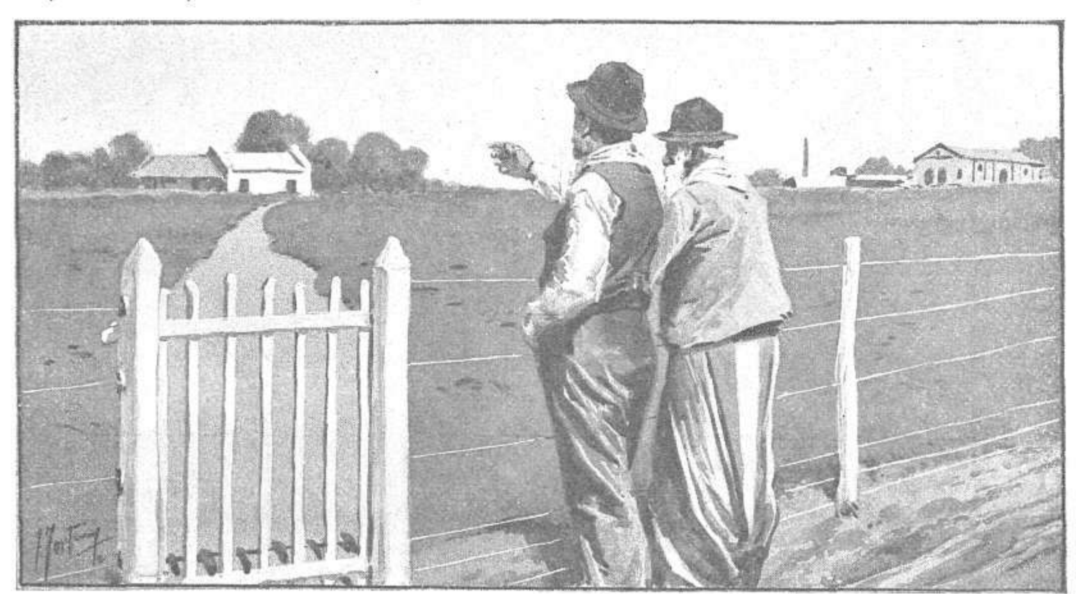
Abrió tremendos ojos el ex presidiario para preguntar con asombro:

— ¿Ya no existe la Estancia del Higuerón?

— No; ahora todas son chacras y fábricas.

Dionisio iba de sorpresa en sorpresa. Marchaban por un buen camino recto festonado por dos prolijas alambradas. A ambos lados del camino verdeaban los grandes cuadriláteros sembrados de trigo y alfalfa; y aquí y allá, cercanas como en pueblo, surgían las casitas blancas, rodeadas de árboles.

El asombro de Morales rayaba en desconcierto, hasta el punto de creer se le llevaba por un pago desconocido.



El pago es la vasta extensión de tierra, donde no hay un pasto, ni un árbol, ni un arroyo, ni un llano, ni una loma, ni un cerro, ni un estero que no le sean familiares.

El pago es la comarca donde se conoce el apelativo de todas las estirpes y el nombre de todos los individuos, y las cualidades de todas las mozas y el grado de pujanza de todos los mozos y todos los caminos que la estrían, y la marca de todas las haciendas que la pueblan.

El recuerdo del pago es el baúl donde yacen confundidos los buenos y los malos recuerdos, recuerdos de gozo o sufrimiento, recuerdos del hogar, recuerdos de amor, de amistades, de rencores y de odios.

Para olvidar el pago es menester olvidar toda la vida vivida...

El pago es invariable. Donde se corta o se seca un tala, nacen otros talas; donde se desploma un rancho, se edifica otro rancho igual; donde había trébol, siempre habrá trébol, y donde hubo cardos nacerán cardos siempre, y las aguas de los arroyos viajarán siempre por el mismo cauce, y las mismas especies de pájaros cantarán siempre las mismas canciones...

Por eso el recuerdo del pago perdura intacto a través del tiempo y las distancias...

Cuando llegó a la estación de su destino, tras largo y estremecedor viaje de ferrocarril, Dionisio dió un hondo respiro de satisfacción y al mismo tiempo que abrazaba efusivamente a su anciano padre, sus ojos buscaban el redomón que lo conduciría al rancho nativo.

Pero en vez de caballo airoso, había un carrito.

Pero de pronto volvió a la realidad, reconociendo, muy próximo ya, un viejo y querido amigo.

— ¿Son los Sarandises? — preguntó señalando con la mano el arroyo inmediato.

— Son, — respondió el padre.

— Ha d'estar fiero el paso en este tiempo...

— No; ahora hay un puente.

¿Un puente?... ¿Los gauchos de ahora necesitan puentes para vadear los arroyos?...

Y luego de pasado sin obstáculo alguno el antes temido vado cenagoso, donde solían «boliarse» los fletes más mentados, apareció ante la vista del ausente un espectáculo desconcertante. Altas chimeneas y altas torres de molinos emergían del suelo prolijamente cultivado. Por cuadras y por cuadras extendíanse los bosques de frutales, alternando con los canteros de hortalizas y los macizos de flores... Y por todas partes, sendas arboledas, imponentes galpones de cal y canto y azul techumbre de hierro, y máquinas extrañas que jadeaban ejecutando tareas incomprensibles para Morales...

Este no pudo más, y exclamó con rabia:

— ¡Este no es mi pago!... ¿Quién lo ha transformado d'esta laya?

El viejo detuvo el carrito frente a una modesta y alegre casita, y respondió:

— Esa.

— ¿Quién es esa?

— La escuela... ¡La vencedora!

MARTÍN LAGUNA.

Dib. de Fortuny.



ESCENAS MARINAS

BARCAS PESCADORAS
ÓLEO DE ELISEO MEIFREN

"CARAS y CARETAS" en Italia

Desde las trincheras a las casas lejanas.



Escribiendo a la madre, desde las trincheras de segunda línea.

Es todo un cruzarse de cartas, de tarjetas postales, de preguntas, de respuestas, de ansias, de dolores, de desconsuelos, de proyectos, de sueños; la duración de la guerra y la paz victoriosa ocupan en la correspondencia el primer puesto. Se anhelaría que la guerra terminase pronto; pero a condición de salir victoriosos, ¡si no adelante, adelante todavía! Los sacrificios realizados ayer y aquellos a hacerse hoy o mañana no pueden, no deben ser estériles. Es una lucha áspera con un enemigo tenaz, aguerrido; entonces se debe tener solidez y romper la resistencia adversaria, atacarla seriamente, quebrarla, y si eso no es posible, buscar al menos el medio de poner al enemigo en condiciones de no poder ocasionar perjuicio alguno.

Todo esto se dice y se escribe millares de veces al día, se viene repitiendo desde hace meses, de años. ¿Cuándo terminará? La pregunta corre insistente desde las trincheras a las casas lejanas y cada uno responde según su temperamento, según su humor, sus intereses y sus convicciones.

Reproducimos en esta página algunas fotografías, ilustrativas de ese estado de cosas: Una trinchera de segunda línea. Los soldados se hallan en reposo. Dos de ellos escriben sentados en el suelo como los orientales. No escuchan a los compañeros que conversan, que chancean y que quizás se burlan de ellos. Escriben, escriben con religiosa atención y tienen frases como éstas: «No, no, nosotros nos mantenemos firmes, tened confianza, esperad unos meses más y veréis»...

La madre, en cambio, está triste. Se encuentra casi sola y con un vasto terreno para cultivar: su hija le sirve como secretaria cada vez que ha de escribir al hijo ausente. Ella dicta pensativa su carta, que trata de diversos asuntos.

Observad aquella bella corona de cabecitas atentas, curiosas, que revelan el ansia, la satisfacción, la admiración; están todas dirigidas hacia



La madre pensativa, dictando la carta para el hijo, que está en la guerra.



Una maestra, leyendo un episodio guerrero a sus alumnas.

su maestra que lee un episodio de la guerra, un acto de heroísmo que impresiona. La maestra es de Caprese, un pueblecillo perdido entre los montes, pero grande por un hombre que en él vió la luz: el divino Miguel Angel.

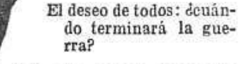
Y de la Toscana pasamos al Piemonte. Lo revela el diario que lee el pequeño campesino: *La Stampa*, el diario amigo de Giolitti.

Quizás hable de paz, tal vez la desea, acaso la supone más próxima de aquello que se cree...

Y llegamos al último lector. El objetivo lo tomó de sorpresa, y cuando el buen soldadito recibió por correo la instantánea, me escribió una postal nada menos que del palacio real de Turín. Me decía entre otras cosas: «Soy un pobre artillero, sé escribir apenas, pero sé combatir; volveré pronto al frente y aquello que leía lo haré yo...»

Ignoraba lo que él había leído. Supe después que leía detalles de un acto de arrojo y de valor realizado por uno de sus compañeros. El realizó uno igual y obtuvo la medalla al valor.

He colocado dentro de un marquito la tarjeta postal de aquel humilde héroe...



El deseo de todos: ¿cuándo terminará la guerra?

Las cartas que llegan de las trincheras a las casas lejanas, se reciben siempre con alegría, pero temiendo una sorpresa desagradable. No hay madre que no quiera adivinar por la letra del sobre la salud del hijo... A veces cuando la letra es desconocida... se duda de las noticias, aunque el hijo la haya dictado y asegure que una pequeña herida en el brazo derecho le impidió escribir. Las madres en ese caso suponen lo terrible, y lloran desconsoladas por no poder correr al lado del hijo que pierde la vida.

Sólo cuando a los días llega una nueva misiva escrita por la propia mano del hijo, es cuando se tranquiliza, y se enorgullece ante sus convecinos de tener un hijo héroe.

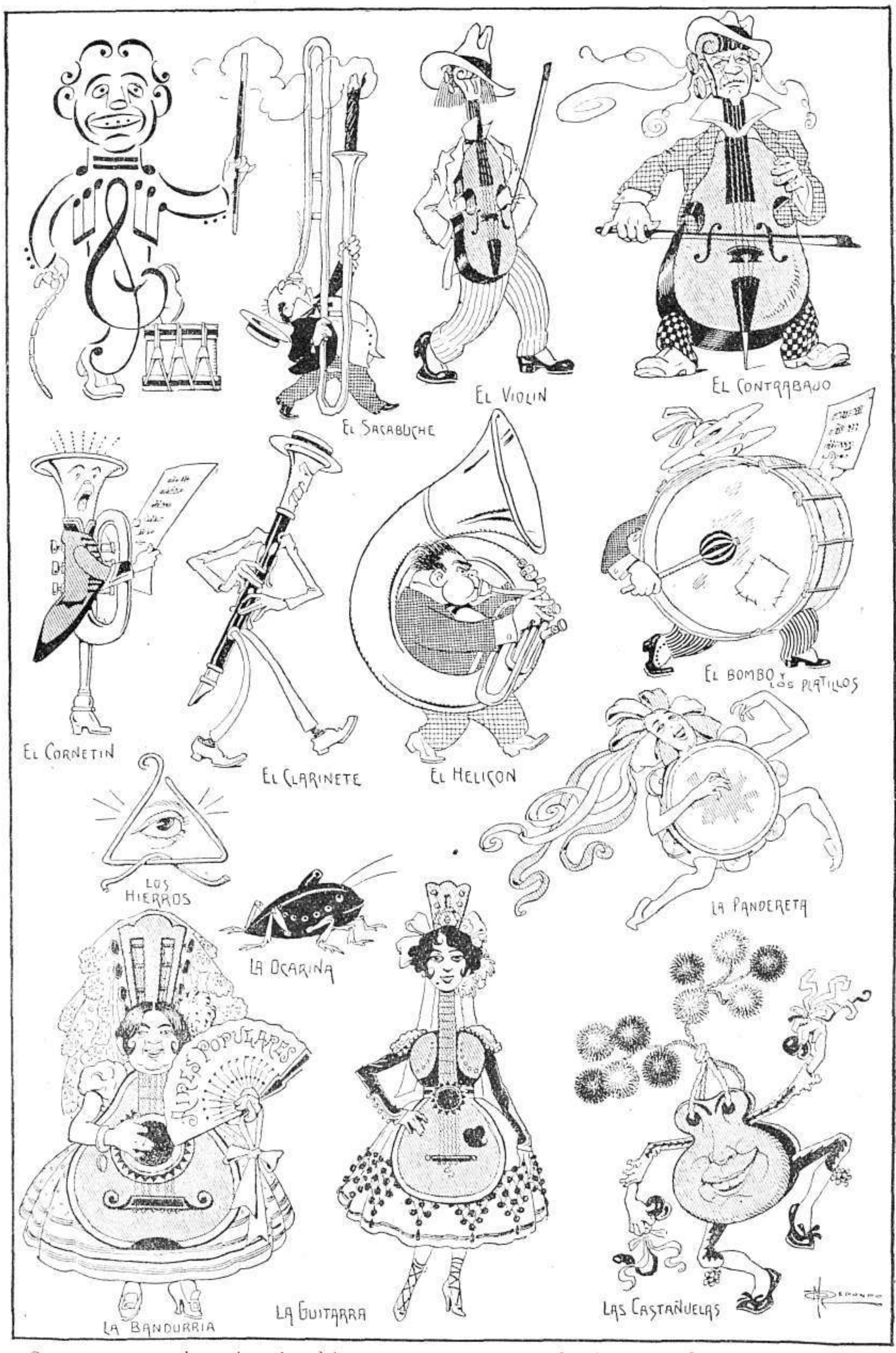
RAFAEL SIMBOLI.

Roma, enero, 1917.



Un caporal dando noticias de la guerra a unos aldeanos.

Sarrasqueta musical



Sarrasqueta, antes de partir, quiere dejar un grato y sonoro recuerdo a los autores de revistas teatrales, regalándoles este coro musical, no hecho hasta ahora, con lo que pueden ganar fama de originales y talentosos.

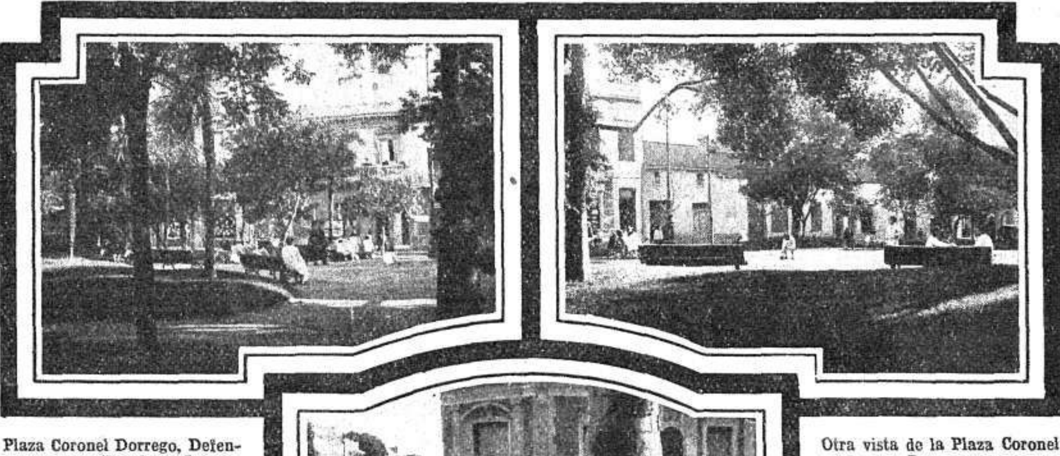
Dib. de Redondo.

Rincones porteños

Las pequeñas plazas

Plazoleta de la calle Luis M.ª Campos y Santa Fe.

En uno de sus maravillosos estudios sobre las viejas, bellas y poéticas ciudades flamencas — que tanto han sufrido a consecuencia de la invasión alemana — Joris Karl Huysmans propuso la cuestión de si es más conveniente para la higiene pública y la comodidad doméstica, ensanchar las calles y plazas a costa de las casas, o hacer éstas más amplias con menoscabo de aquéllas. Puede ser que en países en donde el invierno es riguroso, con mucho frío, mucha lluvia, mucha nieve, sea discutible la cuestión propuesta por el autor de *Lá-Bas*, sobre todo si se trata de ciudades cuyos habitantes, en razón de la calidad de su trabajo, tienen que pasar la mayor parte del día en la casa; pero en ciudades como esta modernísima urbe (moderna en lo que tiene de principal, bien que su existencia se cuente ya por siglos), en aglomeraciones urbanas tan enormes como Buenos Aires, parece que la cuestión estuviera completamente fuera de lugar, tanto más cuanto la naturaleza del trabajo de las gentes que



Plaza Coronel Dorrego, Defensa y Humberto I.

Otra vista de la Plaza Coronel Dorrego.

Plazoleta Falucho.

tienen que vivir de él, que son con mucho las más, las obliga a salir a la calle varias veces al día, amén de las exigencias siempre crecientes del tráfico de rodados de todas clases, desde el lujoso y enorme automóvil del millonario hasta el pobre y menudo carretoncillo del vendedor ambulante, desde el tranvía eléctrico hasta los estanques de la compañía petrolífera.

Las casas modernas, salvo las que para propia habitación construyen las gentes adineradas, son por lo general pequeñas en relación con las necesidades de sus habitantes. De cien casas, hay por lo menos ochenta que son positivamente exiguas; y de las que se destinan a morada de los pobres, todas adolecen del mismo mal. Es que hemos preferido ensanchar las calles a costa de las casas, agravado ello por las imperiosas exigencias de la necesidad, que obliga a los pobres a amontonarse en viviendas de todo punto insuficientes. Pero como las calles tienen mucho tráfico, salvo, naturalmente, las muy apartadas, ha sido necesario formar parques, plazas, plazoletas para dar a la población, siquiera durante algunas horas al día, el aire indispensable para la salud.

De todos esos *respiraderos* de la población, los más simpáticos son, sin duda alguna, las plazoletas. Tenemos parques enormes y suntuosos, embellecidos con obras de arte, cuidados como jardines de ensueño; tenemos plazas monumentales, que harían buen papel en cualquiera gran ciudad del mundo; tenemos paseos que circundan la ciudad como con un cinturón de árboles siempre verdes y frondosos; pero nuestras plazoletas poseen un encanto particular, el encanto inefable de lo que parece *pueblo* en una ciudad que cuenta sus habitantes por millones. Por lo pronto, la plazoleta parece que fuera un lugar privado, al cual no llega el tráfago de los centros urbanos. La plazoleta es del barrio, más que de la

ciudad. Ninguna de las bulliciosas manifestaciones de la vida ciudadana, invade jamás una plazoleta; a lo más la costea, perturbando desagradablemente su silencio y su quietud.

Esos rincones de plácida belleza, grata al espíritu deseoso de descanso, no ofrecen al turista anheloso de emociones fuertes, de sorpresas vulgares, atractivo alguno. Para gozar de ellos, hay que amarlos, es menester conocerlos, vivir en ellos, ser poco menos que parte de ellos. Las gentes del barrio conocen bien su plazoleta, y por eso la aman. Las casas que la circundan, rara vez nuevas, tienen una historia que esas gentes conocen. En la modesta iglesia que frecuentemente ocupa uno de los rincones, han sido bautizados, se han casado, han bautizado a sus hijos, han llorado a sus



Plaza de la Concepción, Independencia y Bernardo de Irigoyen.

Otro aspecto de la Plaza de la Concepción.

muertos, han implorado la protección de Dios o agradecido la bondad de la Virgen. Las flores del modesto jardín son para ellos, porque el guardián municipal, viejo napolitano bondadoso, les permite que las arranquen. La sombra de los árboles es para ellos en verano, así como en invierno son para ellos los dorados y tibios rayos del sol.

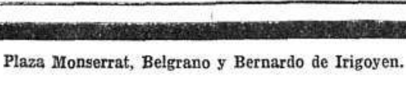
En el banco, maltrecho cuando no desvencijado, se sientan al caer la tarde, hecha la faena del día, y conversan de las pequeñas cosas que para ellos son grandes, porque llenan sus vidas. En torno, bulliciosos y contentos, los niños juegan. No juegan con juguetes, esos lindos y caros aburridores de los niños ricos. Sus juguetes son ellos mismos, juguetes que corren, brincan, saltan, se caen, gritan, ríen, hasta lloran. Esos juegos de los niños que juegan *a nada*, según su fantasía, ideando combinaciones que ninguna regla ha malogrado, imponiéndose penas nacidas del corazón, son sencillamente encantadores. Es la infancia en su prístina ingenuidad deliciosa. La plazoleta amable y segura, es el sitio ideal para tales esparcimientos infantiles, bajo el benévolo ojo vigilante de la madre charladora, tan distinto del ojo siempre duro y falso de la niñera alquilada.

José Gil Andueza.



Plaza Olivera, en Vélez Sarsfield.





Plaza Monserrat, Belgrano y Bernardo de Irigoyen.



Otra vista de la plaza Monserrat.



Misericordiosamente...

(Fantasía)

Eran una vez una princesita y un poeta vagabundo, en una florida comarca que ambos habían poblado de leyendas: ella, con la fama de su hermosura, el prestigio de sus gracias y los dones de su alma; y él, — que ejercía el oficio de Homero, — con su locura divina.

La princesita, — hija de la primavera, — reinaba en el soberbio palacio que circundaba el más rico jardín de la comarca; y tenía mucha esperanza en los ojos, mucho oro en los cabellos y mucha sangre de claveles en los labios...

———

Blanca, muy blanca era su alma.

———

El poeta vagabundo, — como Dios nunca quiso que fuese de otro modo, — era pobre, tanto, que tenía que andar de aurora a crepúsculo, por la comarca, mendigando gloriosamente, en nombre de esas perlas de sus versos, que al azar iban diciendo sus labios.

Sin embargo, el poeta se sabía grande para sí, como pequeño le veía el mundo, porque llevaba en su corazón la inmensidad de una quimera y en su cabeza, el torrente de oro de sus sueños: el poeta, soñaba a la princesita...

———

Y era así que, después de vagar todo un sol por la comarca, — fatigada su alma y lacerado su cuerpo a fuerza de soportar el mordisco de la jauría que al pasar le ladraba, — andante peregrino por el sendero de sus ansias, llegaba con el corazón lleno, frente al palacio de su princesita, dulce y tristemente imposible...

Y era allí su última canción, hecha de flores, de lágrimas y de luna...

———

Un día, — al crepúsculo, — mientras el sol se desposaba con la noche en ese beso divino y misterioso, la princesita que del balcón de su palacio, recibía el mensaje de amor de las flores de su jardín, oyó el eco del triste rapsoda, que llevó a sus oídos la música de una nostalgia y el perfume de unos sueños...: era que, más poeta, más grande y más miserable que nunca, repetía su cantar.

———

«¡Oh, mi princesita azul! A ti vuela mi canción:

Porque eres reina del día y de la noche, — ¡oh reina del amor! — te cantan las aves y te aroman las flores de tu jardín; la brisa te lleva sus perfumes y la luna te besa en la blanca noche de sus idilios...

También mi juventud te canta amores, — florecida de locas ilusiones, — más ¡ay! en un lenguaje que nunca has comprendido: y el eco de mi amor, eco de un pecho huérfano, muere ahogado en el espacio...

Acoge mi canción, — ¡oh mi princesita azul!, — reina de mis sueños, dulce sueño de un triste...»

———

Diz que al terminar su canción, — rendido ya por la fatiga, — sus párpados cayeron velados por el sueño y se durmió feliz en el sendero.

La princesita, entonces, que había comprendido la quimera del lunático, vagabundo y soñador, se sintió ángel y en un raudo vuelo de mariposa, fué a posar sus labios sobre la frente del poeta, como una bendición que fuera, sobre la flor azul de sus sueños...

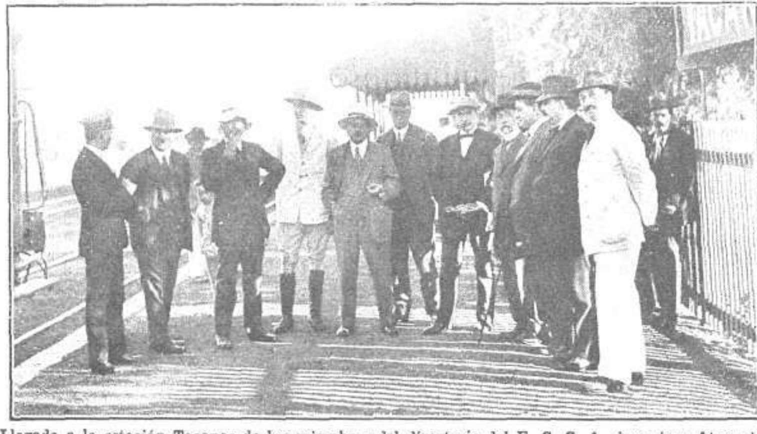
BALTAZAR C. BRANCA.

Dib. de R. Riambau.

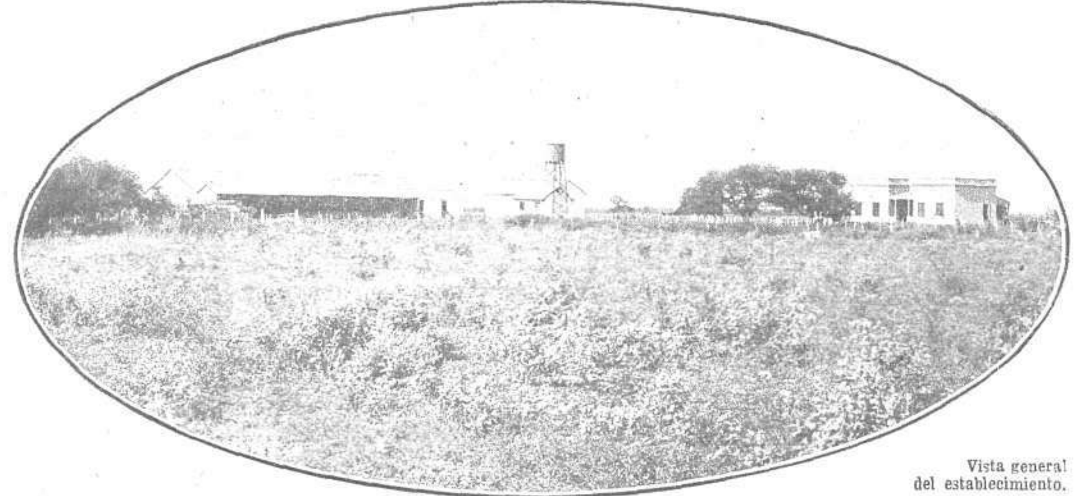
Estancia experimental del F. C. C. Argentino en Tacanas

PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

Invitados por los directores ocales del Ferrocarril Central Argentino, salieron, por tren expreso, los señores Ricardo Aberg Cobo, Alberto Aguirre, Juan L. Mulhall, Guillermo O. Backhouse, doctor Ernesto Aguirre, ingeniero A. Iturbe y el secretario de la comisión local, señor Newel, con dirección a la estancia experimental que, en la estación Tacanas, tiene la susodicha empresa. Al llegar a la estación La Banda, se unió a la comitiva el doctor Manuel Argañaraz, abogado de la compañía. El tren llegó a Tacanas, donde esperaba a la comitiva el señor Aabye, mayordomo del establecimiento, quien se agregó seguidamente a ellos, marchando entonces todos en un tren especial con rumbo a la estancia. A mitad del camino de la misma, en uno de los cuadros cultivados con plantas de secano, descendieron y, ante el terreno de las prácticas, el mayordomo les explicó minuciosamente su cultivo y aplicación como alimento de los animales vacunos.



Llegada a la estación Tacanas de los miembros del directorio del F. C. C. A., ingeniero Atanasio Iturbe y G. P. Newell, con los estancieros y periodistas.



Vista general del establecimiento.

En nuestro país, que tiene una gran extensión de tierras sin riego, uno de los mayores problemas de los hombres de gobierno es indudablemente el encontrar un sistema de cultivo en secano o sea realizar lo que los norteamericanos llaman Dry Farmers; esto es, convertir terrenos áridos en fértiles y productivos. Siguiendo esta tendencia fué que el directorio lo



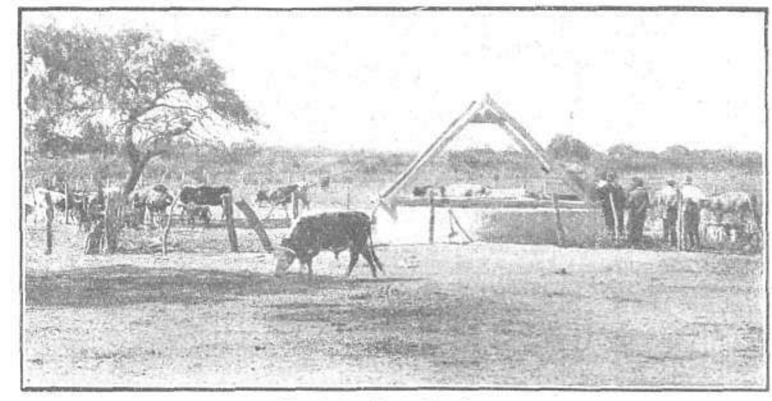
Plantación de «Cow peas», cultivo en secano.



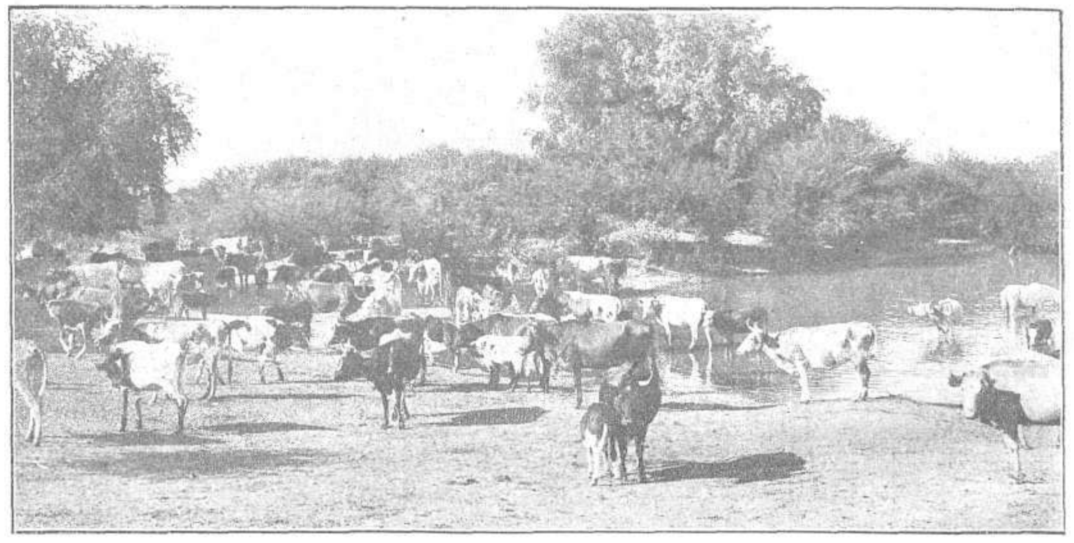
Pasto ruso o «Johnson Grass», otra variedad del cultivo en secano.

cal del F. C. C. A. fundó hace tres años una chacra experimental en la provincia de Santiago del Estero, en los límites de ésta con Tucumán, estación Tacanas.

Los campos de la provincia de Santiago del Estero son, en general, sumamente boscosos; el quebracho blanco y colorado y su compañera inseparable la tuna o cactus, cubre inmensas superficies, pero una vez desmontados no pueden alimentar sus escasos pastos más que a las cabras. La práctica de tres años de cultivos realizados en los campos de la chacra del F. C. C. A., han demostrado de una manera acabada lo que puede hacer el kafir y otras plantas forrajeras adecuadas, cultivadas en terreno sin riego, alimentar una gran cantidad de hacienda vacuna y caballar. La modesta chacra se ha convertido en un gran plantel de estancia; tiene una superficie de una legua cuadrada y es en su género un establecimiento modelo, que honra a la empresa y habla muy alto de su bien entendido patriotismo, pues, a nuestro juicio, esta es la mejor manera de hacer grande y rico nuestro país; hechos y no palabras, enseñar a quien quiera aprender, progresar y hacer progresar a los vecinos. Uno de los adelantos que mayormente llaman la atención ha sido la instalación del silo subterráneo, — «ensilaje» es el nombre que se da a cualesquier forraje que ha sido emparvado o conservado en una u otra clase de receptáculo, en estado verde, sin secar. — El resultado obtenido ha sido muy superior, empleando esta clase de silos. También cuenta la chacra con grandes gallineros.

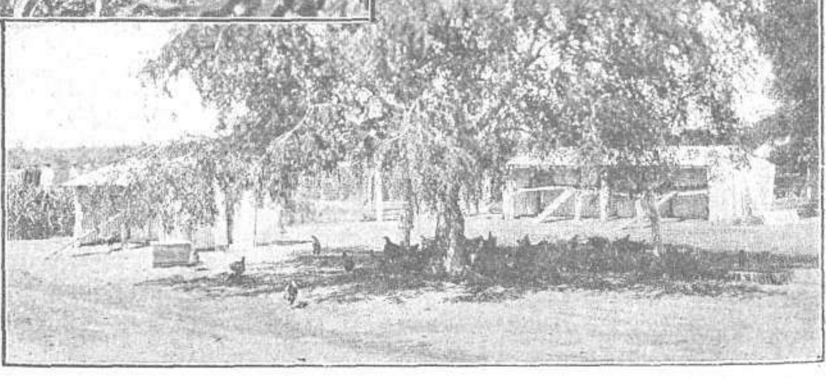


Uno de los silos subterráneos.



Hacienda criolla cruzada con Heresford, primeros productos del establecimiento.

«Freedi Sorghum», otra de las variedades de sementeras.



Gallineros instalados en la estancia con todos los adelantos conocidos.

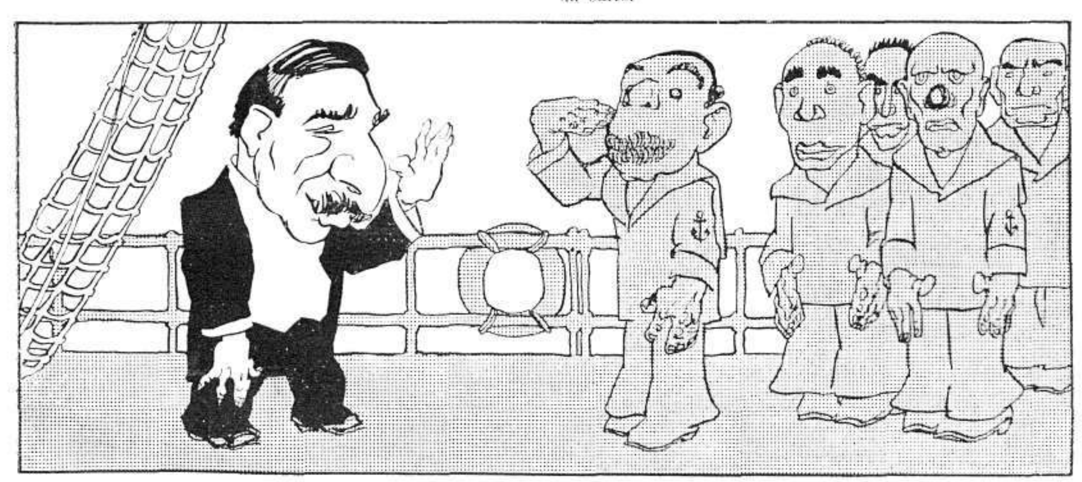
Emisión menor



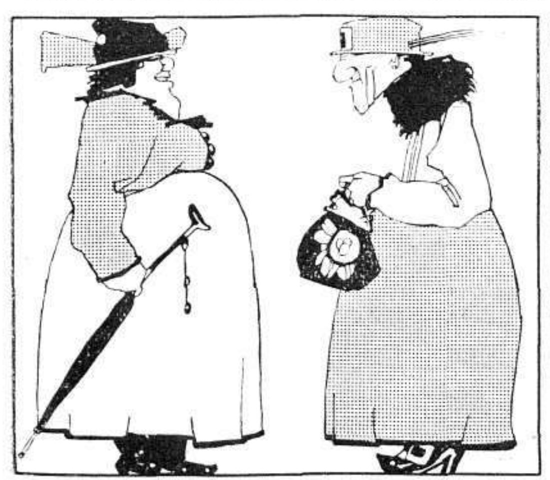
Bascary. — Siguiendo las prácticas establecidas en Córdoba, os habéis sublevado... y yo vengo a pronunciaros un discurso...
Un preso. — ¿Cree el señor gobernador que no es bastante pena la que nos han impuesto los jueces?



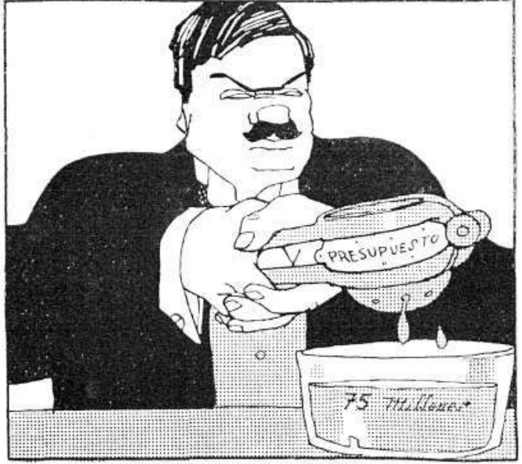
Llambias. — Ya vió usted como arreglé la huelga de barrenderos...
— Sí: pagando y aceptando sus condiciones...
Llambias. — Pero evité la huelga general... que hubiera sido un barro.



Alvarez de Toledo. — ¡Qué preparen toda la flota! ¡Qué estén los fuegos encendidos!... ¡Qué cada barco tenga la dotación necesaria de municiones;...
— ¡Qué! ¿Vamos a entrar en la conflagración europea?
Alvarez de Toledo. — No; pero es posible que tenga que intervenir en La Plata.



— Estoy indignada, señora: no encuentro un mucamo por nada del mundo. ¡Se ha puesto el servicio doméstico imposible!
— ¡No se queje de gusto!... El presidente, con ser el presidente, no pu de encontrar un Ministro de Relaciones Exteriores...



Salaberry. — ¡Me costará trabajo, pero le haré soltar el jugo de 75 millones de economías... si puedo!

Dib. de Polimani.

Por la reforma del código militar

Los códigos, cualesquiera que sean, ofrecen la feliz peculiaridad de que se puede hablar de ellos sin necesidad de haberlos abierto nunca. Se aplaude o se condena porque se ha oído aplaudirlo o condenarlo al vecino; y se pide la reforma de cualquiera de ellos porque alguna de sus disposiciones ha hecho alguna víctima, teoría que, de ampliarse, haría completamente inútiles las leyes, pues no hay una sola de ellas cuya aplicación estricta no sea susceptible de recaer alguna vez sobre algún inocente.

Naturalmente, la severidad de los códigos lo juzga cada cual según sus propios intereses. Al tramposo, le parecen horribles las disposiciones que tienen por objeto hacer efectivo el pago de las deudas. El ladrón abomina de los artículos que tienen por objeto castigar el robo. Y así toda la procesión.

Sin embargo, parece que ciertas disposiciones de ciertos códigos deben modificarse. Esa convicción arranca un poco su origen de la sensiblería ambiente. Es sabido que nada es más contagioso que la bondad y la generosidad de ánimo, cuando su práctica no va a costar nada. Todos estamos dispuestos a trabajar porque se indulte al más feroz de los asesinos; pero aceptar de buen grado un pequeño impuesto sobre nuestros vicios para aliviar la miseria de nuestros semejantes, ya es harina de otro costal. Todo lo que no cuesta dinero y puede darnos aires de buenas personas, lo aceptamos complacidos; pero cuando se trata de gastar nuestro dinero, aún para cosas buenas, pero que no nos son directamente útiles, hay que pensarlo mucho.

Pero notamos que estamos divagando, caso frecuente en los del gremio. Nos concretamos, pues, al grano. El grano, en este caso, es la necesidad de reformar el Código de Justicia Militar, que los entendidos aseguran que es extraordinariamente severo. Lo ha experimentado en sí mismo el conscripto Juan Cándia, que llegó a confundirse con el negro Juan Cándido que hace algunos años se alzó con parte de la escuadra brasileña en la bahía de Río Janeiro.

Bueno. Juan Cándia era conscripto. Los conscriptos son dignos de toda clase de consideraciones porque adelantan al país, en tiempo de paz, algo de los sacrificios que en tiempo de guerra tendremos que hacer todos. Juan Cándia, era, además, un buen conscripto; pero el cabo bajo cuyas órdenes estaba, era un mal cabo, violento, iracundo, insultador, castigador severo, por nonadas. Así suelen ser los cabos de línea. Ese cabo tomó a Juan Cándia entre ojos, como se dice, y lo vejaba de todos modos, hasta que un día el buen conscripto, justamente exasperado, amenazó de palabra al mal cabo. Proceso y condenación a doce años de prisión. Condena, indudablemente, desproporcionada, porque no parece que haya en el mundo un cabo cuya dignidad jerárquica ofendida valga doce años de la vida de un hombre. Pero el Código Militar es duro y los que lo aplican suelen ser inflexibles; porque los militares, especialmente los de arriba, pueden no creer en la infalibilidad del Papa, pero creen siempre en la



Los doctores Palacios, Paz y señor Mantecón, visitando al soldado J Cándia, después de su indulto.

Señor Secretario del Partido Socialista Argentino:

Tengo mucho gusto, ahora que gozo de libertad por el indulto del Presidente, de dirigirme a usted para agradecerle al Partido Socialista Argentino todo lo que ha hecho por mí.

Digo que al Partido Socialista Argentino debo mi libertad, porque él fué quien se empeñó para conseguir mi libertad. Ahora deseo que el Congreso vote el nuevo código que hizo el doctor Palacios, para que todos los conscriptos sean respetados y así quieran más a la patria.

Muy agradecido, lo saluda atto. y S. S.

Juan Cándia

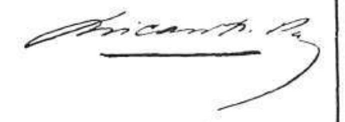
Carta-agradecimiento del soldado Cándia, dirigida al Partido Socialista Argentino.

A raíz de la interpelación al ministro Vélez, con motivo del proceso Enríquez, inicié la reforma del código de justicia militar en vigor, sosteniendo que gran parte de sus prescripciones se dictaron con un criterio de casta, explicable en las viejas ordenanzas españolas formuladas para un ejército de de soldados enganchados o aventureros y de oficiales nobles, pero absurdo en un pueblo libre y democrático como el nuestro, donde rige el servicio militar obligatorio y donde, por lo tanto, el ejército es el pueblo armado para la defensa de las instituciones y del territorio.

La Cámara de Diputados designó en comisión especial a Gonnet, a Gallo y a mí para que redactáramos el nuevo código. Lo terminamos después de un año de labor intensa y prolija y ahí está, esperando la sanción del Congreso. Interpreta los anhelos populares y por eso lo propicia el Partido Socialista Argentino, que quiere ver en las instituciones armadas, no una escuela de servilismo, sino una escuela de honor, donde se estimule el decoro y la dignidad del ciudadano-soldado que debe velar por la dignidad y el decoro de la Nación.

Alfredo L. Palacios

El soldado mercenario, carne de cuartel e instrumento de oligarquías, pertenece al pasado. La democracia armada tiene un ejército de ciudadanos. Hemos sacrificado el derecho y la equidad a una diosa de ojos muertos, que como Moloch, necesita devorar constantemente vidas jóvenes. Es hora de reaccionar. La disciplina se le impone al mercenario con el castigo; por el bien de la patria la acepta el ciudadano. Para el esclavo el código bárbaro; para el hombre libre la ley humana.



propia. Antes, se condenaba a prisión por deudas, y ello se abolió; ahora se condena a doce años de prisión a un conscripto porque ha amenazado a un cabo que seguramente preferiría pagar sus deudas antes que ir a prisión un día.



Doctor Alfredo L. Palacios.

Juan Cándia fué a la prisión y a poco se fugó, presentándose después espontáneamente a las autoridades. Creía que entraba en un indulto decretado por el gobierno; pero no era así, y volvió a ser preso para que cumpliera la condena. El caso era evidentemente de una crueldad notoria, tanto más cuanto Cándia es el único sostén de su anciana madre, circunstancia que tal vez lo habría librado de la conscripción si lo hubiera hecho presente a tiempo.

Las angustias de esa madre no fueron desoídos por espíritus nobles y justicieros que se pusieron empeñosamente a la obra de conseguir que Juan Cándia fuera indultado. Obra cristiana y buena, semejante a la que antes hacían los que dedicaban su vida a rescatar prisioneros cristianos de manos de los moros. Y Juan Cándia fué indultado, con lo cual se hizo también obra buena y meritoria.



Doctor Ricardo A. Paz.

Pero aún subsiste la causa del mal: la severidad inaudita del Código Militar que ha podido dar lugar a casos como el contemplado. Y hay que atacar el mal en su raíz para que el desgraciado caso no se repita, hay que reformar el Código de Justicia Militar, haciéndolo más humano y menos celoso guardián de la dignidad jerárquica de los cabos instructores de conscriptos.

Propiciamos la abolición de la pena de muerte y la reforma del código de justicia militar, continuando la obra ya iniciada en el orden civil. Justamente orgullosos de nuestro pasado histórico, pretendemos completar la acción de los que nos dieron patria y libertad, incorporando a nuestras costumbres y leyes todas las reformas que contribuyan a dignificarnos como individuos y como nación. Hemos surgido a la vida libre como pueblo independiente, y después de haber atravesado toda la época, dolorosa, pero necesaria, de las contiendas civiles. Hoy, felizmente, estamos en pleno régimen de democracia y de paz. Nada más oportuno, pues, que las iniciativas tendientes a elevarnos ante el concepto de propios y extraños. La democratización del ejército es una necesidad de los tiempos, no solamente por razones de humanidad, sino también de justicia social.

Alejandro Mantecón

Nos dice Rodó en su «Ariel», que debiera ser el evangelio de la juventud: «Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado». Yo que soy un propagandista decidido de este concepto, tenía que recibir con entusiasmo el propósito, hecho carne en mi partido, de luchar con tesón por conseguir la reforma del código militar. Ya no se trata de evitar la mutilación del espíritu de nuestra juventud, en cuanto dependa de cada uno de sus componentes. Se trata de impedir que preceptos bárbaros, que debieran pertenecer al pasado, mutilen la personalidad de cada uno de los jóvenes conciudadanos nuestros que prestan servicio militar, merced a obligaciones desgraciadamente ineludibles en este momento histórico. Toda la juventud debe acompañar en esta emergencia al Partido Socialista Argentino.

Proscribamos a Esparta y evoquemos el genio luminoso de Atenas para que nos guíe.

Eduardo Miranda



Señor Alejandro Mantecón.

Cuando, hace diez años, se me enseñaba en el cuartel el código de justicia militar a cuyas severísimas, inexorables disposiciones debía sujetar mi naturaleza y mi espíritu, como argentino apto para cumplir con la ley de conscripción, me convencieron, a la vez, sin pretenderlo, de lo absurda que resultaba, ya en ese tiempo, la aplicación de un código concebido para un ejército que no era el de la época y que, desgraciadamente, sigue en vigor. Como entonces, creo de imperiosa necesidad y anhelo vivamente la reforma completa de ese código anacrónico, que es una permanente amenaza a la dignidad, a la conciencia y al carácter de la juventud argentina.





Señor Eduardo Miranda.

Es de esperar que esa reforma se obtenga sin tardanza, pues se trata de algo muy serio que puede afectar hasta el poder militar de la república. Por lo demás, parece que, en el campo de batalla, tan valiente y eficazmente pelean los *indisciplinados* soldados de Jorge V como los *disciplinados* de Guillermo II.

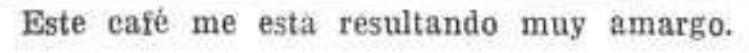
Los miembros del Partido Socialista Argentino, han tomado a su cargo la tarea de promover una revisión del Código Militar, y así como han conseguido el indulto de Cándia, esperan lograr que el Congreso haga una revisación y lo reforme, de acuerdo con un espíritu humanitario.



Señor Juan F. Mantecón.

Intomable





Este café me esta resultando muy amargo.

De Rosario



Durante la votación verificada en la Jefatura de Policía por el Centro de Estudiantes del Colegio Nacional, a fin de elegir nuevo presidente. Quedó electo el señor G. Capdet (x), venciendo por 6 votos en 476 votantes.



Señorita Mary Mengel, que a beneficio de la Cruz Roja Británica recolectó 1.117 pesos.



Concurrentes a la brillante fiesta que ofrecieron a sus relaciones los esposos Conti, con motivo del bautismo de su séptimo hijo, que con el nombre de Hugo Hipólito Conti, apadrinó el Presidente de la República, representado por el señor Isidoro Calero (x) y señora.



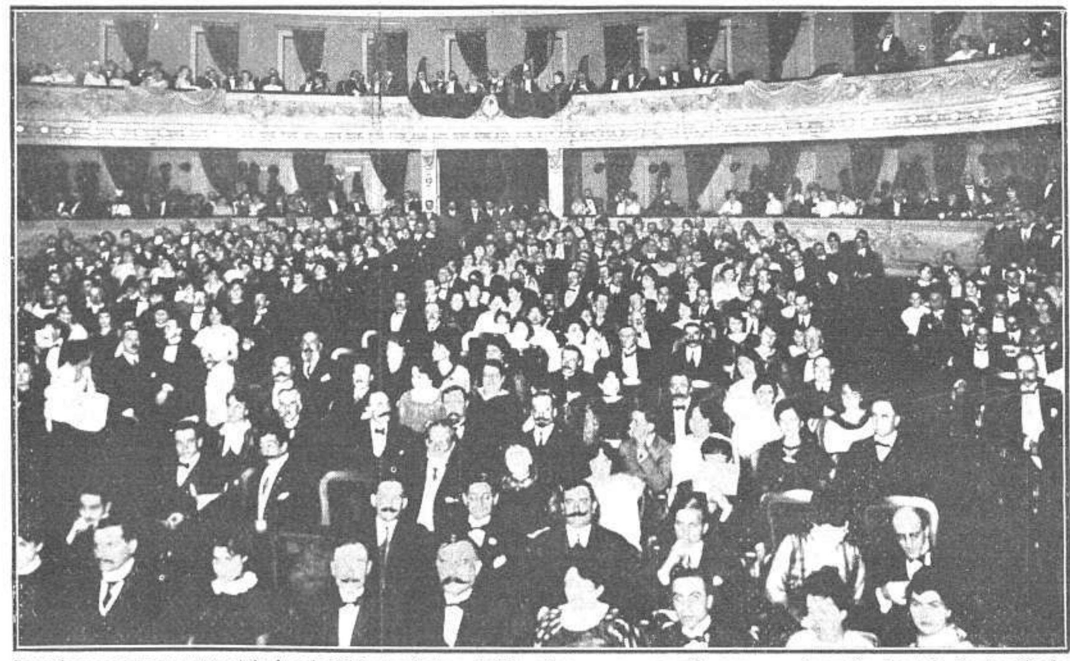
Comisión de damas, reunidas en el «Club Español», bajo la presidencia del Cónsul de España, doctor R. Farias, al objeto de constituir un patronato encargado de arbitrar recursos para socorrer a los menesterosos de la colectividad española.

El cumpleaños del rey de Bélgica



Los ministros de Bélgica, Francia, Italia, Inglaterra, Rusia y Norte América, que asistieron a la función de gala que en el teatro Coliseo, organizó el "Cercle Belge", en beneficio de las obras de caridad de la reina Isabel de Bélgica.

Stas. Coobs, Bautero, Foocits, Thomas, Fernández, Dromiliart, Bojans, Gittens y Dumont, que vendieron banderitas y escarapelas en la fiesta.



Grandioso aspecto que presentaba la sala del Teatro Coliseo, debido a la enorme y escogida concurrencia que llenaba todas las localidades y los palcos, elegantemente decorados.—Los ministros de los países aliados ocupaban el palco principal.—Cuando venga la paz, la figura del rey Alberto se agigantará, pues quedará como el defensor del honor de un pueblo heroico, que en una hora trágica de la historia prefirió el sacrificio a la deshonra. — El rey Alberto, que al lado de sus fieles tropas combate como un soldado, es un héroe ante el cual tienen que inclinarse con respeto todos los hombres honestos, sea cuales fueren sus ideas políticas.

De Montevideo



M. Henry Ketels, encargado de negocios de Bélgica en el Uruguay, con su señora e hijos, en la recepción privada, festejando el natalicio del rey Alberto.



Durante las regatas verificadas en Pocitos; en las que tomaron parte el «Montevideo Rowing Club» y el «Club Nacional de Regatas», interviniendo las mejores tripulaciones de los dos clubs.

Notas sociales

Mi silencioso *home* se ha llenado de vida... vibran las risas de mi rubia Mary en todos sus rincones, y al oirla ir y venir, me asombra el que haya podido vivir privada de su presencia, durante tan largos e interminables días...

No sólo las madres, acostumbran sacrificarse; a mí me faltó el egoísmo necesario para hacerla volver a mi lado por más que me encontrara muy sola, y ahora llena mi casa de luz y de alegría; me permito rezongar porque no hallo momento para instalarme a escribir... Mary interrumpe a cada instante mi trabajo para contarme tonterías, mezcla las carillas que acabo de garabatear, so pretexto de verificar si le gusta el tema que he elegido...

Por desdicha, caen entre sus manos algunos de mis apuntes, que le revelan que he pretendido emprender un estudio comparativo sobre la actuación femenina del momento en Rusia, en la Unión, en Inglaterra...

— «¡Pero madrina querida!» — dice mi indiscreto duendecillo, ¡viera qué poco nos interesan a nosotras tan arduos problemas! Convénzase usted, no son las *pensadoras* de nuestra tierra las que leen *sus crónicas*... limítese a complacer a las que *necesitan* estar al corriente del comentario, y no se proponga enterarlas de que los *mougicks* de tal o cual región de la santa madre Rusia prueban la estimación que les inspiran sus compatriotas, eligiéndolas como *delegadas* para tomar resoluciones transcendentales... deje que Mistress Panckhurst saboree intensamente, la revancha de la mujer inglesa, y no se preocupe de la persistente inacción de las españolas...

Todo se andará, casi sin sentir, y ya veremos abandonar sus frivolidades a nuestras compatriotas... pero mientras podamos disfrutar de calma y serenidad, ¿para qué tratar de descubrir nubarrones en nuestro horizonte? ¿Cómo va usted a convencer a ninguna de sus deliciosas mundanas, que hay que prepararse para un dudoso porvenir, cuando se las ve disfrutando del final de su luminoso veraneo, y comentando los últimos *potins* de la temporada? ¡Figúrese usted; no se ha podido averiguar *aún*, el exacto valor de unos pendientes de perlas, — en forma de pera, — que realzaron la delicada belleza de una viuda encantadora, que llamó justamente la atención por su gracia y elegancia, en momentos en que la *season battait sou plein!* Declaró ella a sus amigas, que había empleado una pequeña fortuna en la admirable joya, y naturamente, todas las que recibieron esa confidencia desfilaron ante el célebre mostrador, tratando de averiguar cuánto había pagado la seductora joven por sus maravillosas perlas... Una por una, fueron comunicándose los diversos datos recibidos; ninguna logró averiguar si podía adquirir tan preciada joya por *cinco*, por *diez* o por *veinte mil* pesos, sin llegar a convencerse tampoco, que basta el juvenil encanto de un expresivo rostro, para conquistar afectos... las perlas *poire* no eran más que un detalle, ¡pero cuán ambicionado! Vamos, no me riña usted, porque he desaprobado su tema, y la aturdo con tonterías: felizmente veo llegar a Lorenzo, que como siempre, ha de darme la razón...»

Bien lo sabe la incorregible, que Lorenzo ha de decir *así sea* a todas sus locuras, por más que le veamos llegar preocupado porque no puede traerme nuevas noticias de la salud de nuestro viejo amigo Juan Manuel... pero la presencia de Mary tiene el poder de levantarle el ánimo, e inmediatamente recuerda que no puede entrar a mi saloncillo sin traerme alguna novedad...

— «¿Sabe usted la última noticia? Se ha reconciliado aquella parejita de quien tanto hemos hablado últimamente... ¿la recuerda? ¡Qué razón tenían los abogados de ambas partes, cuando de común acuerdo, detenían en lo posible todos los trámites del anunciado divorcio! ¿Será definitivo?

— «Dios lo quiera... por nuestra vieja amiga, esa excelente madre, que ha tenido tantas mortificaciones en estos últimos años; por sus deliciosos bebés, y... por ellos mismos, a quienes la experiencia de la vida debe haber hecho más indulgentes, más tolerantes, para perdonarse mutuamente esas modalidades que, por lo nimias, no debieran pesar jamás para tan transcendentales resoluciones...»

— «Veo que comentan ustedes el feliz epílogo de un proyectado divorcio», — dice Mary, mientras dispone con todo el recogimiento de que es capaz, los mil enseres que necesita según ella, para preparar un té *extra*...» Casi, casi creímos poder comentar también nosotras el romántico epílogo de un compromiso y rompimiento ya olvidado... Eran los últimos días de vida y movimiento en el mejor hotel de aquella encantadora región de donde me ha hecho volver madrina, amenazándome con que habría de hallarla tan postrada de tristeza, como la legendaria *fiera* de la fábula... Llenaba la rambla con su arrogante presencia, un conocido caballero, muy rubio, muy simpático, muy romántico, y a quien se le atribuye una nueva novia cada dos o tres meses, pues no logra convencer al público, de su decantada indiferencia...

Ocupaba en el gran comedor, un rinconcillo que pudiéramos llamar estratégico, puesto que podía dominar con su clara mirada, cuanta nota interesante pudiera cautivarle... Pero no contaba con lo *imprevisto*, que se le presentó una luminosa mañana, en la vecina mesa... De su breve noviazgo, parecía haberse esfumado todo recuerdo... ¿Mortificó a la encantadora niña la presencia del que pasó por su vida dejando en ella la vaga estela de un ensueño apenas esbozado?

A la tarde, ambos se encontraron en otro extremo del comedor, y vecinos nuevamente, puesto que el maitre d'hotel, había recibido simultáneas instrucciones... pero la mañana siguiente, vió apartarse ambas mesas, retrocediendo esta vez en opuesta dirección... y ese hecho, tan nimio en sí, parecía simbolizar el destino de esas dos existencias...»

— «Mary, me sorprende, el verte tan sentimental».

— «Y tanto, madrina, que llegué a imaginar un interesantísimo epílogo, puesto que el elocuente vaivén de aquellas mesas, probaba que donde hubo fuego, cenizas siempre quedan...»

La dama duende.

LA REINA MENSAJERA

(A una dama de Castilla.)

El alma mía a vuestro amor rendida
os ofrezco, señora, en una rosa.
Y por ser vos quien sois y ser mi diosa
con esa rosa... ¡entera os doy mi vida!

Es reina en mensajera convertida,
¡ay, señora!, esa flor esplendorosa.
Tenedla, yo os suplico, dama hermosa,
en ayes y suspiros encendida...

Y cuando, tristes, lloren vuestros ojos,
guardad de vuestras penas los despojos
en el livor de su purpúreo manto;

y, en un beso, la reina mensajera
enviadme, que la reina, muy ligera,
tornará a orlaros con mi ardiente llanto.

Santiago C. Oliván.

Buenos Aires.

La expedición de Sir E. Shackleton

1. — Sir Ernesto Shackleton, partiendo para su heroica excursión de 750 millas, de la isla Elefante a Sud-Georgia, en un pequeño bote, para prestar ayuda a sus camaradas. Acompañan a Sir Ernesto, el capitán Worsley, Tom Crean, Mac Nish, Vincent y Mc Carthy.



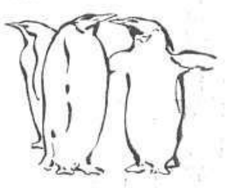
2. — En la isla Elefante, al divisar los compañeros de Shackleton el bote en que éste fué a prestarles ayuda. Eran veintidós hombres, que permanecieron en la isla cuatro meses y medio, alimentándose de pingüinos, algas, y una que otra foca que lograban pescar.



3.— Los aislados en la isla Elefante, en torno de su sumario campamento, rodeado de hielo.



4. — El vivac de la expedición, en el témpano en que desembarcó, después del hundimiento del «Endurance». El primero, a la izquierda, es Sir Ernesto Shackleton, que tiene a su lado a su segundo, Mr. Frank Wild, a cuyas cualidades de mando, tacto y carácter se debió que los aislados de la isla Elefante lo pasaran lo menos mal posible.



Enlaces



Señorita Josefina M. Serra, con el señor Lorenzo Ribet.



Señorita Virginia Masnatta, con el señor Angel Peluffo.



Señorita María Teresa Cuadros, con el señor Glorialdo Elósegui.

Homenaje a la memoria del coronel Irigoyen



El doctor Juan José Frugoni, hablando durante el homenaje que organizó el "Club Aristóbulo del Valle", al cumplirse el primer aniversario de la muerte del coronel Martín D. Irigoyen.



El doctor Felipe T. Black, hablando durante el homenaje, al que concurrieron todos los comités de la Capital.

La transmisión del mando en Tucumán



El nuevo gobernador, señor Juan Bautista Bascary, acompañado del ministro de Gobierno, doctor Ignacio S. Toledo, y doctor Miguel de la Rosa, de Hacienda, y correligionarios, después de la jura y toma de posesión de sus cargos, para el período 1917-1921.



¿Debe cambiarse la fecha del Carnaval?

Con este título, en nuestro número del 3 de abril, abrimos una encuesta, para que nuestros lectores dieran sus opiniones, llenando el cupón correspondiente. Transcurrido un mes, y dado el considerable número de cupones recibidos, dejaremos terminada la encuesta el día 16, y publicaremos su resultado en el número de CARAS Y CARETAS que aparecerá con fecha 21 del corriente.


BAU

La enfermedad más moderna y frecuente

En realidad no se trata de una nueva enfermedad, ya que éstas aquejan a la humanidad desde que ella existe. Al decir enfermedad nueva, se entiende que se le conoce, diferencia, clasifica y denomina, *por primera vez* con un nombre propio y adecuado.

Hasta hace muy poco tiempo, la fantasía médica popular achacaba todo dolor de cabeza a *neuralgia, dolor de muelas, de oídos, grippe, un aire, un resfrío nasal*, etc... Rara vez el paciente consultaba un médico, y en muchos casos éste aceptaba, sin más investigaciones, el diagnóstico de *aficionado* que le presentaba su cliente.

Y, sin embargo, por regla general esos fuertes dolores, neuralgias y resfríos proceden de ciertas cavidades o *senos* que existen en el cráneo (en el grabado se indican número de ellas), cavidades huesosas que se hallan recubiertas de una mucosa directamente en comunicación y sin solución de continuidad con la que recubre el interior de las fosas nasales (A). Por ello cualquier enfriamiento, resfrío, o inflamación nasal se propaga a veces a uno o varios de los dichos senos, iniciándose la enfermedad llamada hoy *senusitis*.

Una muela careada puede infectar los senos maxilares (B), las células mastoideas y el seno (C), reciben su infección directamente de inflamaciones, supuraciones, etc., del oído medio. La más común de la *senusitis* es la que ataca los *senos frontales* (D), y es también la que con más facilidad se confunde con otras enfermedades.

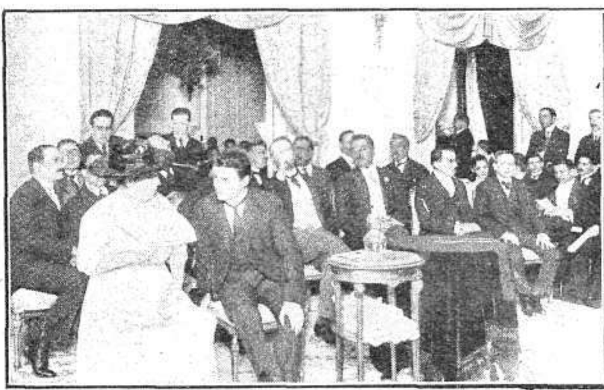
El enfermo siente la cabeza pesada, un pequeño dolor que se insinúa arriba mismo de los ojos, sobre las cejas. Progresivamente aumenta hasta el punto de hacerse en ciertos casos insoportable; el menor movimiento de cabeza provoca grandes dolores, el ojo correspondiente o los dos, suelen irritarse y lagrimean.

El enfermo decide entonces curarse la «neuralgia», se acuesta y con la quietud y obscuridad los dolores disminuyen y frecuentemente a las pocas horas desaparecen por completo.

Estos ataques se repiten con más o menos intermitencia, y concluyen en la mayoría de los casos por degenerar en senusitis crónica.

Un buen médico descubrirá en seguida la causa del mal y dará un lógico tratamiento, consistente en aplicar remedios que bajen la hinchazón de las membranas y descarguen pronto los senos afectados.

El paciente debe acostarse con la cabeza sobre el lado dolorido; en algunos casos ligeros esto basta para descargar de materia mucosa el seno enfermo y obstruído. Fomentos bien calientes, aplicados durante varias noches, dan gran resultado. Las inhalaciones (vahos) de tintura de eucaliptus con un dos por ciento de mentol son también muy recomendadas. La aplicación de soluciones de adrenalina son asimismo muy eficaces, contrae las mucosas inflamadas, las descongestiona y tiende a restaurar el drenaje de los conductos obstruídos. Pero lo prudente es inmediatamente, y cuanto antes, acudir a un buen médico, pues esta enfermedad tiene fácil tendencia a convertirse en crónica y acarrea graves inconvenientes a la par que causa intensos sufrimientos al que la padece.

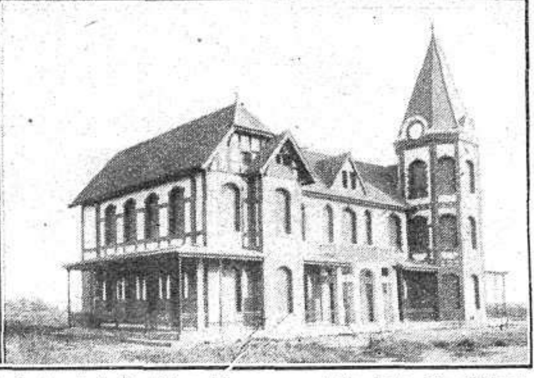


TUCUMAN. — El doctor Ernesto Padilla, los ministros, rector de la Universidad y consejo de la misma, en el acto de entrega de los diplomas a los primeros egresados de la Universidad.



FRIAS (Santiago del Estero). — El nuevo mercado municipal, en el día de la inauguración.

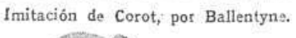


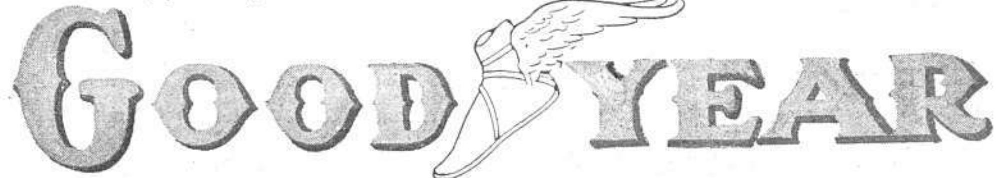


BELL-VILLE. (Córdoba) — Vista general del Hospital Regional del Centro de la República, del que ya se hallan listos 14 pabellones, completamente terminados. El pabellón de la administración, aislado de los destinados a enfermos.

VIEDMA (Río Negro). — Profesoras premiadas con medalla de oro y plata, y maestras diplomadas en bordado a máquina.

COLONIA POPULAR (Chaco). — Grupos de alumnos del 1.° y 2.° grado, con sus profesores; el de 3.er grado, por carecer de ellos, no funciona.


Imitación de Corot, por Ballentyne.



El folleto N. 1 interesa a todo automovilista; lo enviamos por correo a quien lo solicite.

THE GOODYEAR TIRE & RUBBER Co. OF SOUTH AMERICA

601 ESMERALDA, esq. TUCUMAN - Buenos Aires

Agentes exclusivos en la Provincia de Santa Fe:
ARROSAGARAY & AMELONG - Rosario

Representantes en Córdoba:
DITLEVSEN & Cía.

La Málaga independiente

La Málaga a que nos referimos, no es la Málaga española; trátase de un curioso islote situado en la costa del Maine, Norte América, que a pesar de hallarse ubicada en aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos, es de hecho independiente, sin dueño ni soberano alguno.

Los habitantes de Málaga, que no se llaman malagueños, sino «malagaitas», descienden de los antiguos colonos del Maine. De algunos años a esta parte, este estado, sumamente pintoresco y rico en caza y pesca, viene siendo centro de atracción de la gente adinerada, que adquiere allí a porfía terrenos y cotos. Los colonos, sin títulos de propiedad de ninguna clase, ven los terrenos que creían suyos convertidos en parques de caza o en lindas residencias veraniegas, y ante esta invasión se refugian en los islotes costeros, entre ellos en Málaga. Pero allí se han hecho fuertes, y ante el temor de que les ocurra lo mismo que en tierra firme les ha ocurrido, han roto toda clase de relaciones con el resto de la nación, declarando que para nada necesitan la protección o la ayuda del estado ni del gobierno nacional. Ellos se han hecho sus casas y sus caminos, ellos se nombran sus autoridades, y así viven felices y contentos como cualquier principado o república libre. El estado le ha ofrecido dinero para fundaciones benéficas, derecho al voto y otras ventajas, pero los malagaitas se ríen de estos beneficios, y cada vez que se ha presentado en la isla un emisario oficial, lo han echado de allí a pedradas y estacazos. En cambio, en la isla de Málaga no se ha cometido nunca un crimen ni un robo; ni siquiera hay cárcel, y todo el mundo duerme sin cerrar la puerta.


Un viejo malagaita.

La población de la isla consta de medio centenar de almas, en su mayor parte con algo de sangre negra en sus venas. Cuéntase que la mayor parte descienden de un esclavo que se escapó y se refugió en la isla muchos años antes de que a ningún blanco se le ocurriese ir a ella. Toda esta gente forma una especie de tribu. Se casan entre ellos, y los efectos de la consanguinidad han producido en breve tiempo los lamentables efectos que pueden suponerse.

Son gentes buenas y sencillas; pero fuera de estas virtudes no tienen ninguna otra.

Su holgazanería corre pareja con su imprevisión. Todos los inviernos, los malagaitas tiritan de frío en sus barracas, y, sin embargo, ningún otoño les ocurre cortar leña en cantidad suficiente para obtener un poco de calor.

Apenas tienen unos cuartos, los emplean en ir a tierra y comprar perros, golosinas o baratijas sin utilidad.

Son, por tanto, más perjudiciales que beneficiosas las obras de caridad que con ellos han querido hacer las autoridades del Maine.

Sólo de tarde en tarde, un agente del estado va a la isla y, por buenas o por malas, socorre a los verdaderamente necesitados con bonos para comestibles, proporciona medicinas a los enfermos y reduce sin compasión el número de perros. A veces, este funcionario se hace acompañar de un notario para legalizar los matrimonios, pues los malagaitas se casan sin preocuparse de formalidades de ninguna clase.

Los habitantes de esta curiosa isla sólo trabajan en verano.



Desde las llanuras de la Pampa hasta las nevadas Cordilleras...

...por todas partes circulan hoy en el campo argentino los automóviles "Studebaker".
La razón de su preferencia es evidente: en primer término su mucha solidez a prueba de malos caminos... luego su gran poder que les permite llegar a todas partes. Son económicos, de larga duración y fácil manejo. Su precio es moderado y en cambio su calidad y condiciones generales para el campo nunca pudieron igualarlas los coches de mayor precio. Visítenos para comprender mejor "porqué" se ha hecho famoso.

Studebaker

"El coche que hace falta en su estancia"

PIDAN CATALOGO "C"

D. B. RICHARDSON, Representante.

THE STUDEBAKER CORPORATION OF AMERICA

Concesionarios en el Uruguay: COATES Hnos. - Sarandi 452 - Montevideo

Provincia de San Juan


Banquete con que el vecindario obsequió a los oficiales del regimiento 15 de infantería, con motivo de su traslado a la Rioja.

Necrología


Señor Juan Manfroni — Tala (Entre Ríos).


Señor Ignacio Farías — Rafaela (Santa Fe).


Doctor Ernesto C. Molina — Tucumán.


Señora Juana V. de Pérez — Santa Rosa (Pampa).


Señor Atilio Delfino — Bernal.


Señor Alfredo C. De Castelli — Villa General Mitre.



Están curados a humo, sin salmuera que les haga perder su sabor exquisito.

Son tiernos, frescos, jugosos y muy superiores al jamón importado que la sal, los viajes y la humedad de las bodegas, resecan y endurecen.

El tocino de hebra (tocineta) "Armour" está preparado en la misma forma y también es insustituíble para freir con huevos y para guarnición de carnes y legumbres.

Tanto los jamones "Armour" como la tocineta "Armour", son mucho más baratos que los extranjeros.

Venta en los buenos Almacenes y Fiambrerías

Frigorífico Armour de La Plata, S. A.

ADMINISTRACION:

RECONQUISTA, 37 - U. TELEF., 5215, Avenida

VENTAS POR MAYOR:

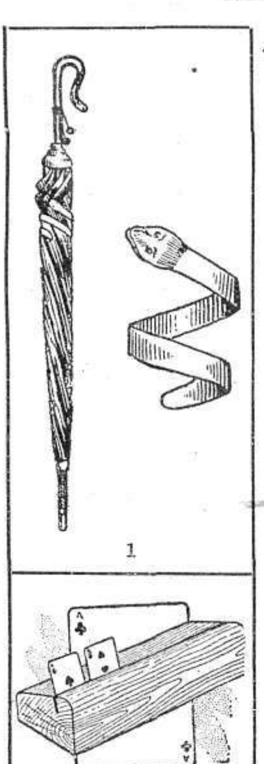
MORENO, 1374 - U. TELEF., 6442, Libertad



JAMON "ARMOUR"
MARCA "STAR"

TOCINETA "ARMOUR"
MARCA "STAR"

Inventos, recetas y procedimientos útiles



1



2

N.º 1—ABRAZADERA METÁLICA PARA LOS PARAGUAS. — Con el fin de substituir las cintas de goma elástica que se emplean para sujetar los pliegues de los paraguas, se ha ideado una abrazadera metálica en forma de espiral, cuyo modelo más corriente es el representado por el grabado adjunto.

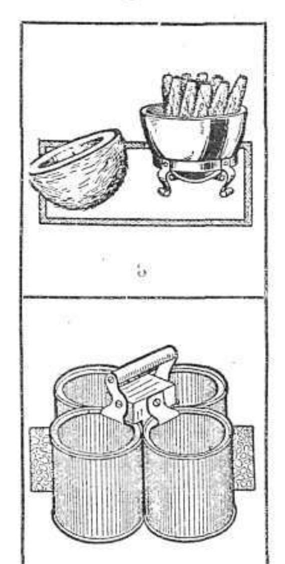
Dicha abrazadera, al propio tiempo que se presta a todas las exigencias artísticas del gusto más refinado, resulta verdaderamente práctica.

Se aplica introduciendo la punta del paraguas en la espiral, a la cual se da vueltas y sube replegando la tela.

N.º 2 — PARA JUGADORES MANCOS. — Este pequeño aparato ha sido discurrido por un jugador de cartas que perdió un brazo y, por lo tanto, no podía jugar sino cuando otra persona le tuviera las cartas. Consiste, en un trozo de madera con una ranura en la cual se colocan las cartas. Así los mancos pueden jugar sin tener que recurrir a la ayuda ajena.

N.º 3 — UTILIZACIÓN DE LAS CÁSCARAS DE LOS COCOS DE PANAMÁ.—Un yanqui económico e industrioso, ha tenido la idea de utilizar las cáscaras o cascos de los cocos de Panamá, en la forma que indica el grabado. Cortada del tamaño conveniente, la pule cuidadosamente, y la coloca en una pequeña armazón de metal, resultando así un cómodo y barato portacigarrillos o fosforera de mesa.

N.º 4 — UN PORTACLAVOS. — Con cuatro latas de conserva unidas de la fácil manera que el grabado indica, puede hacerse un aparato para llevar clavos, tornillos, tachuelas, etc. El inventor fué un agricultor australiano que un día tuvo que hacer unas obras de carpintería en su granja y se encontró con que era incómodo y le hacía perder tiempo el no tener separados los diversos clavos que debía emplear.



3

4

PARA QUITAR EL DOLOR DE MUELAS da siempre buen resultado la introducción en el hueco de muela dolorida de una bolita de algodón en rama empapado en una disolución de agua, sal y alcanfor.



¿Cuántos hombres de negocios hay que tienen solamente algunos días en todo el año para poder gozar del noble sport de la caza de patos? Aquellos que saben, no arriesgan su éxito y placer, comprando escopetas y cartuchos de dudosa calidad; por el contrario, eligen de lo mejor. Unos pocos pesos de diferencia en el precio, podrá decidir el éxito a su favor y evitar un desengaño.

La escopeta de repetición "WINCHESTER", modelo 1912, calibre 12, de seis tiros, es la selección de todo experimentado cazador de patos en todas partes del mundo, y la fabricación de cartuchos "WINCHESTER", ya sea de la marca "Repeater" o "Leader", es el máximum de la perfección.

Insista en obtenerlos en su armería.

PIDA CATALOGO ILUSTRADO, EN CASTELLANO, AL

Representante en Sud América:

EDMUNDO H. DURGIN

Avenida de Mayo, 1354 - Buenos Aires

W TRADE MARK

Fabricado por la

WINCHESTER REPEATING ARMS Co.

NEW HAVEN. CONN - U. S. A.



Pic-nic organizado por las señoritas recientemente egresadas de la Escuela Normal de Maestras.



SANTO-SPIRITU. — Fiesta campestre realizada por un grupo de vecinos del pueblo y colonia.



RUFINO. — Comida en honor del doctor Emilio Doyler, con motivo de ausentarse de la localidad.



DESVIO LOPEZ. — Sta. Manuela L. Rodríguez, diplomada profesora de piano y solfeo.



ARROYO SECO. — A la salida de la casa del señor Julio Namnim, en ocasión del bautizo de sus dos últimos hijos.





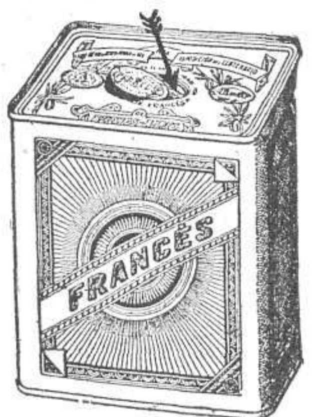
Ardanza e Hijos se complacen en anunciar al público las bases y condiciones del **Concurso N.º 2** del Aceite marca «**FRANCES**».

Concurso por una estrofa de cuatro líneas, con $ 3.500.— m/n. c/l. de premios, divididos del siguiente modo:

1 Gran Premio		$ 500.—	
2 Segundos premios de	$ 250.—	» 500.—	
3 Terceros premios de	» 100.—	» 300.—	
5 Cuartos premios de	» 50.—	» 250.—	
10 Quintos premios de	» 25.—	» 250.—	
50 Premios de	» 10.—	» 500.—	
100 Premios de	» 5.—	» 500.—	$ 2.800.—

y los siguientes premios para aquellas personas que envíen la mayor cantidad de contestaciones, sean o no premiadas:

1 Gran Premio de		$ 250.—	
2 Segundos premios de	$ 100.—	» 200.—	
3 Terceros premios de	» 50.—	» 150.—	
10 Premios de	» 10.—	» 100.—	$ 700.—
			$ 3.500.—



Las únicas condiciones son: remitir una cuarteta haciendo referencia al aceite marca «**FRANCES**», la cual debe ser escrita en castellano. Cada cuarteta debe acompañarse con el cierre automático que sirve de tapa a cada envase, no *siendo necesario el envío de la chapita flexible que va sobre dicho cierre*. No se tomarán en cuenta las que no vengan acompañadas de dicho cierre automático.

El mejor verso (cuarteta) será premiado con $ 500.— Los dos segundos, con $ 250.— cada uno; los tres terceros, con $ 100.— cada uno; los cinco cuartos, con $ 50.— cada uno; los diez quintos, con $ 25.— cada uno; los cincuenta siguientes, con $ 10.— cada uno, *y los cien que le siguen*, con $ 5.— cada uno.

NO HABRA DIVISION DE PREMIOS. El primero se adjudicará al mejor, y los siguientes por su orden de mérito.

Los jueces para decidir este concurso serán los redactores de «Caras y Caretas», «Mundo Argentino» y «La Argentina», y su fallo será inapelable.

Las cuartetas se publicarán los lunes, viernes y sábados en «La Argentina».

El concurso empezará el día 19 de octubre de 1916 y terminará el día 21 de abril de 1917, a las 6 p. m., después de cuyo día y hora no se admitirán más cuartetas.

Toda comunicación deberá ser dirigida al «**Concurso de Versos**» del aceite marca «**FRANCES**», a/c. de «*Caras y Caretas*», 151, Chacabuco, Buenos Aires.

1535, San José, 1545
Buenos Aires

ARDANZA e Hijos

Sucursal: 885, RIOJA, 887 - ROSARIO

La Banda de Música de la Policía, compuesta de 33 profesores, reputada como una de las mejores de la República.

SANTA LUCIA (F. C. N. E. A.) — Almuerzo campestre, organizado por un grupo de amigos, en la quinta del señor Luis J. Martínez.



TRIPLE DESTILADO

ANIS DE LOS 8 HERMANOS

"No repite", por más que se repita la bebida de este licor higiénico-estomacal, hecho que comprueba la ausencia de flecmas y esenciales, cuya depuración constituye el secreto de fábrica, y hace que sea este anís el licor más fino que se conoce.



Bibliografía

«La revista quincenal», número 4. Barcelona.

«Desde mi torre de marfil», poemas, por Diego Novillo Quiroga.

«Plan general de organización de la enseñanza industrial», estudio del doctor Pedro Figari. Montevideo.

«Días de París» (agosto 1914-agosto 1916), por Julio Llanos. Editor: Maucci. Barcelona.

«La política liberal bajo la tiranía de Rosas», por el doctor José Manuel Estrada, con una introducción del doctor Mario Sáenz. Edición de «La cultura argentina».

«A la moderna», por Francisco Acebal. — «Nena Teruel», comedia, por S. y J. Alvarez Quintero. — «La esclavitud proletaria», por Baldomero Argento. — «Saldo de almas», novela, por Joaquín Belda. — «La hostería de Cantillana», novela, por Adolfo Bonilla y J. Puyol. — «Teatro español contemporáneo», por Manuel Bueno. Ediciones Renacimiento. — «El señor de Phocas», por Jean Lorrain, traducción de Carlos de Batle. — «El escudero de Crillón», por Charles Laurent, versión de M. García Rueda. — «La décima musa», por George Ohnet, traducción M. R. Blanco Belmonte. Ediciones Paúl Ollendorff. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

Fisiología de la nariz

La nariz gruesa es muy general entre los almaceneros, tenderos, bolseros y chalanes.

La nariz gruesa terminada en forma de pera, pertenece a los comerciantes felices y a los valets de chambre.

La nariz gruesa y con granos, a los lugareños y beodos.

La nariz aguileña como pico de águila, denota fuerza y valor.

La nariz ancha y remangada, la ironía y la hilaridad.

La nariz fina, seca y disforme, el temor y la maldad.

La nariz estrecha, nacarada, diáfana, indica la voluptuosidad.

La nariz ancha, denota el trabajo desde la infancia.

Los que tienen excrecencias de carne sobre la nariz son de carácter sanguíneo o linfático; pero en los dos casos se irritan fácilmente. En fin, aquellos cuya nariz se une a la frente por una línea muy curva, son casi siempre excéntricos y algo predispuestos a la locura.

La nariz considerada en su expresión fisiológica, puede,—dice monsieur Schak, — hacernos dar cuenta del valor y de la utilidad práctica de aquellas de nuestras facultades que le han comunicado su aspecto. Nos hace conocer igualmente la intensidad de nuestra actividad intelectual, la fineza y la delicadeza de nuestros sentimientos morales. La nariz que pertenece a la vez a las partes móviles e inmóviles del rostro, refleja fielmente los movimientos fugitivos de nuestras inclinaciones. Indica siempre netamente la cualidad de nuestras fuerzas intelectuales.

¡Qué de cosas se ven en una nariz, y como las personas que pretenden disfrazar su carácter y disimular sus pasiones deben desconfiar de su nariz!

No hay peor indiscreto. En los niños, la nariz es la parte más insignificante y la menos desarrollada del rostro.

En la época de la pubertad es cuando recién empieza su desarrollo.

Cuando a pesar de los progresos de la edad ha conservado su forma infantil y poco saliente, se puede esperar encontrar un carácter incompleto y no formado, como en los niños.

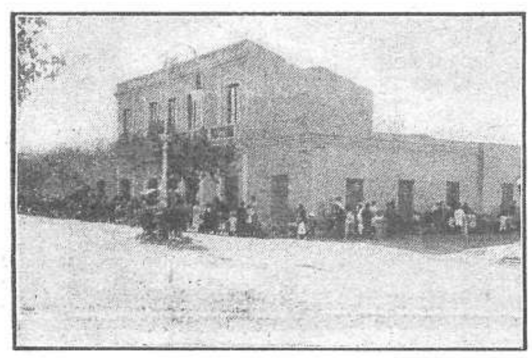
Una nariz bien desarrollada indica, al contrario, la firmeza, el imperio sobre sí mismo, la reflexión, la profundidad de carácter. La forma de la nariz depende también del grado de civilización.

Los contornos elegantes de este órgano son la herencia de las razas llegadas a su alto grado de cultura intelectual y moral. Los pueblos groseros y salvajes poseen en vez de nariz una especie de pequeña masa ruda e informe que se asemeja al hocico de los animales.

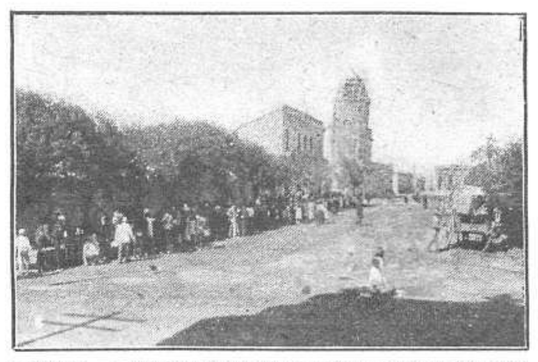
La forma de la nariz sirve, pues, para caracterizar las razas y hasta las naciones.



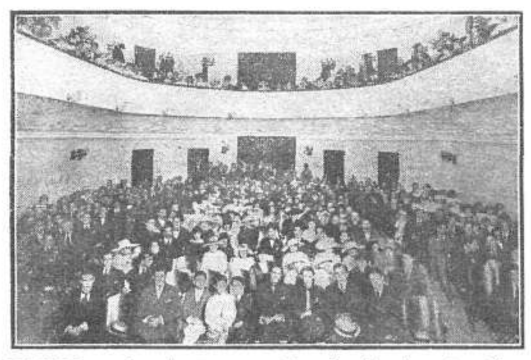
Unicos importadores: ILLA & Cía., Venezuela, 610-14 - Bs. Aires



PARANA. — Una de las calles en que se verifican las ferias francas.



PARANA. — Animado aspecto de las ferias, que tanto éxito han tenido.



PARANA. — Aspecto que presentaba el salón cinematográfico «Italo-Argentino», la noche del concierto.



Grupo de alumnos del Conservatorio Argentino, que tomaron parte en el concierto musical.

¡Es muy fácil engrosar!

La preocupación constante de muchísimos millares de personas de constitución débil, — especialmente de señoras y niñas cuya excesiva delgadez perjudica sus atractivos físicos, — consiste en hallar el medio de engrosar y tratando de conseguirlo ensayan inútilmente infinidad de específicos compuestos de drogas e ingredientes químicos que, lejos de ser eficaces, producen en muchos casos, serios trastornos intestinales.

La ciencia ha establecido como verdad incuestionable, que un alimento concentrado, natural y eminentemente puro y sano, es lo único de positivo poder para aumentar el peso de las personas delgadas; y esa misma ciencia, cuyos fallos no admiten apelación, ha consagrado el alimento «Lactaris» como el mejor y más indicado para lograr tales efectos.

«Lactaris» es de un resultado asombroso para las señoras, señoritas y niñas delgadas, porque además de robustecerlas les rodondea las formas, dándoles ese color rosado tan preferido por quienes desean reflejar en su rostro la excelente salud de que gozan.

«Lactaris» no contiene componentes químicos de ninguna clase. Es únicamente una mezcla de cereales selectamente escogidos, perfectamente descascarados y molidos y combinados científicamente en proporciones justísimas para que produzcan los espléndidos resultados que se obtienen con él, lo que no sucede con los demás alimentos que se pretenden hacer pasar por similares cuando no como superiores a «Lactaris», no siendo ni siquiera parecidos a éste, pues, cuando los demás alimentos o bebidas no contienen componentes químicos, poseen alcohol, ya sea natural como artificial, porque se sabe que todo líquido que fermenta, por el solo hecho de fermentar, contiene alcohol natural.

El uso de «Lactaris» no requiere someterse a régimen alguno, lo que quiere decir que toda persona consumidora de este alimento, no tiene porque privarse de comer lo que desee, como asimismo puede cumplir sin temores las prescripciones médicas, en caso de recetársele algún medicamento, pues «Lactaris» es un producto eminentemente natural.

«Lactaris» se vende en todas las buenas farmacias.

Lysoform

es el único antiséptico reconocido universalmente de resultados positivos.

LYSOFORM es indispensable para la toilette íntima de las señoras.

LYSOFORM es irreemplazable en los partos.

LYSOFORM se recomienda para la desinfección de los cuartos de enfermos.

LYSOFORM es incoloro y es completamente inofensivo.

Cuantos lo ensayan una vez, lo usan después continuamente.

Pídalo en la farmacia más próxima donde Vd. se encuentre.





GILES. — Señorita Amalia J. Ramírez, directora de la Escuela Rural número 17, rodeada de sus alumnos y familias de éstos.



CASEROS. — Fiesta campestre organizada por el comité del Partido Radical de esta localidad.



MAR DEL PLATA. — Baile que dió la sociedad «Liga internacional de domésticos».



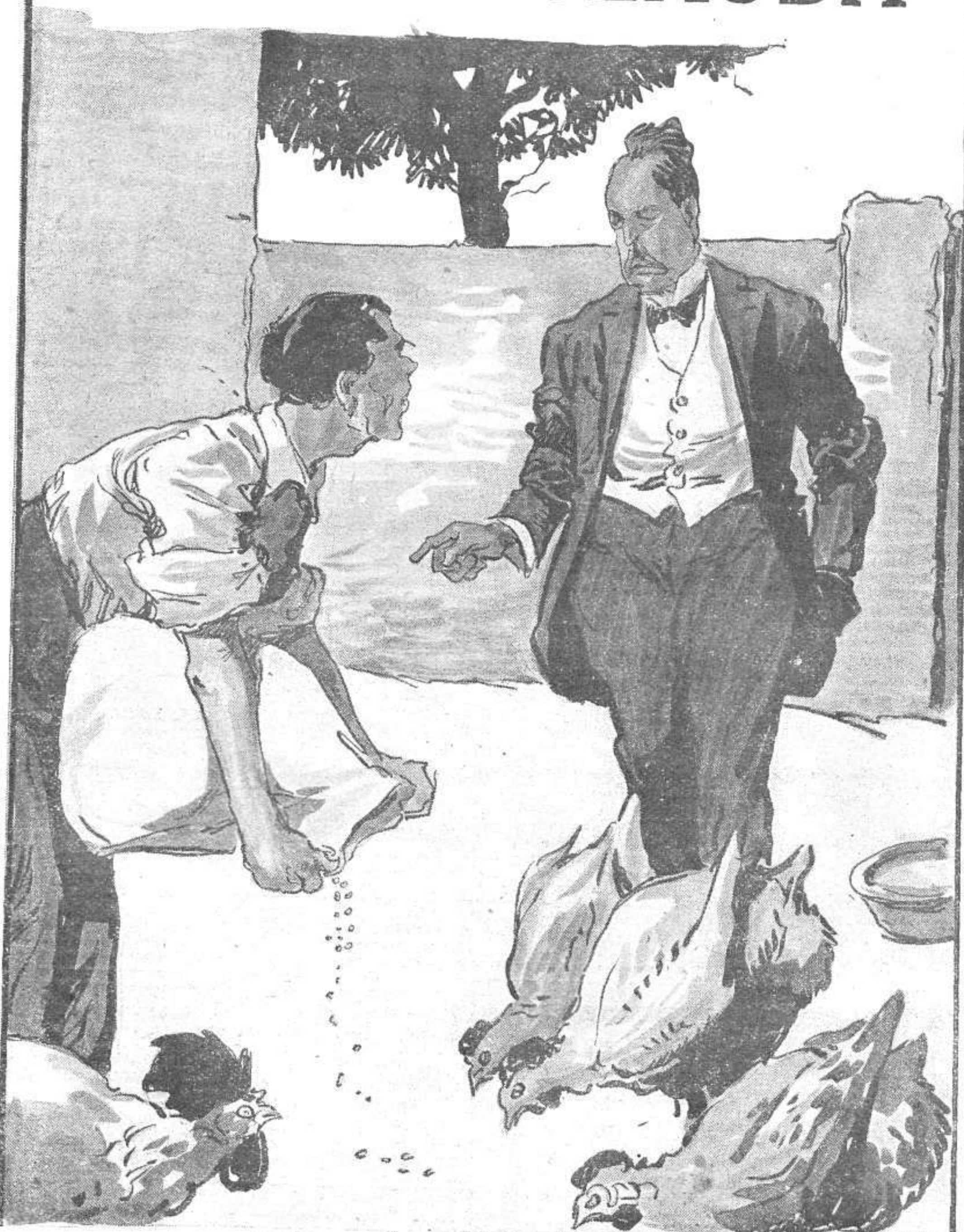
SAN MARTIN. — Pic-nic efectuado en la isla de la señora viuda de Morales, por un grupo de familias.


Levadura
de Frutas
= GIBSON =
DG
MARCA DE COMERCIO
DE EXQUISITO SABOR
Espumante como el champagne - Siempre activa
Elaborada con el jugo de Ananás, Manzanas, Ciruelas, Uvas, Mandarinas, Naranjas, Cerezas, Chirimoyas, Limones, Fresas, etc, etc.
Mantiene el vientre libre, la piel limpia y fresca, da apetito a los niños, práctica en el tratamiento de la jaqueca, forunculosis, influenza, diabetes y eczemas diversos.
Conserva su actividad durante dos años
SOLICITENSE FOLLETOS
Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON
163, DEFENSA, 192 - Suc. FLORIDA, 159 - Pasaje Güemes
SFORZINI



LANUS. — Comisión de damas del Comité Italiano de Guerra, reunidas en la agencia consular.

SALLIQUELO (F. C. O.) — Niños que tomaron la primera comunión, acto que dió ocasión a una hermosa fiesta.



EXPORTACION PROHIBIDA

— ¿Qué le da Vd. de comer a las gallinas?
— Trigo.
— ¿Y para donde son esas gallinas?
— Para Europa.
— Pues suspenda Vd. el darles de comer, porque no quiero que salga ningún grano para el viejo mundo.

— Lo que no se ha hecho no puede hacerse; tal es el estrecho y mezquino criterio de la masa, del montón anónimo que, cual corderos de Panurgo, tan sólo saben seguir el camino que otros les señalaron, y motejan y tachan a todo aquel que intenta dar un paso en busca de senderos que descubran horizontes nuevos a la humanidad.

Hace algunos años, los hermanos Wright hicieron un viaje a Kitty Hawk, en una de las Carolinas, en busca de vientos favorables para los finales experimentos con su máquina voladora. Habían trabajado tanto tiempo en su aparato que creían firmemente que volarían; nunca lo habían hecho; sin embargo, una tarde, en Kitty Hawk volaron y permanecieron en el aire varios minutos. Habían conquistado el inestable elemento. Aquella noche cenaban tranquilamente en la pequeña posada de la aldea, sin dejar translucir nada de su glorioso día de trabajo. Orville Wright cogió una revista para matar el tiempo antes de acostarse. La abrió, y por casualidad el primer artículo que vió, firmado por un conocido hombre de ciencia, una autoridad en corrientes de aire, gravitación y aeronáutica, probaba concluyentemente que, el volar con una máquina más pesada que el aire era completamente imposible, que el sólo intentarlo era una locura.

¡Y ya los hermanos Wright lo habían hecho!

Cuando Langley hacía experimentos con su máquina voladora en Wáshington (Langley era en aquel entonces, presidente del Smithsonian Institution), se presentó personalmente al Appropriation Committee de la Cámara de Representantes. Deseaba que el gobierno le asignara $ 10.000 para continuar sus experimentos. Joe Cannon, era entonces presidente del Appropriation Committee.

— ¿Cómo, Mr. Langley? — dijo Mr. Cannon — ¿diez mil pesos para tratar de volar?...

— Ahora, parece imposible,—admitió Mr. Langley;— pero usted sabe que un pájaro es más pesado que el aire. ¿No cree usted que el hombre puede volar tan bien como un pájaro si lo experimenta suficientemente?

Langley obtuvo los $ 10.000, pero el comité fué criticado de un extremo a otro de la Unión.

Poco tiempo después de la invención del teléfono por Graham Bell, Mr. Joe Cannon, en ese tiempo miembro del Congreso, recibió proposiciones para invertir $ 1.000 en el nuevo proyecto de hablar por un alambre ordinario estirado sobre postes de madera. Se le aseguraba que la inversión de $ 10.000 le ponía en el primer escalón de una enorme empresa comercial que revolucionaría los medios de comunicación en todo el mundo.

Hacía pocos meses que Cannon había perdido unos cientos de pesos, tratando de convertir el cobre en oro por un complicado procedimiento químico. De modo que, no de buena gana, cuando le hablaron del teléfono, dijo:

— Pondría mejor mi dinero, — declaró, — en algo más estable. Me parece que haría algo más útil comprando unas cuantas colmenas en el campo.

Pocos días después, tuvo Mr. Cannon la ocasión de ir a visitar a un joven llamado Vail, jefe de departamento del servicio postal de ferrocarriles, en la oficina de correos.

— Mr. Vail no está aquí. Ha renunciado su empleo.

— ¡Renunciado su empleo! — exclamó Cannon — aturdido.

— Sí; se ha ido tras un invento de un señor llamado Bell. Vail invertió algún dinero en el nuevo invento y se ha ido para hacerlo *su* negocio.

— Bien, peor para él — dijo Cannon. — Siempre le había apreciado. Trataron de tomarme de *primo* y lamento que lo haya sido Vail.

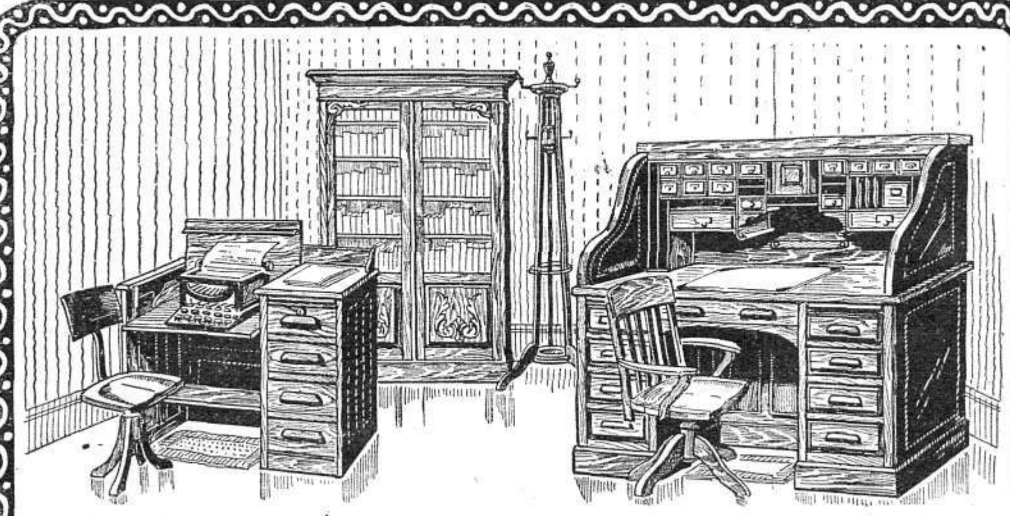
Nunca volvió a ver a Vail hasta el último invierno, cuando asistió a un gran banquete de la Sociedad Nacional de Geografía, en Wáshington.

Los invitados, con receptores telefónicos, oían maravillados el rugido del Océano Pacífico, en San Francisco de California. A la derecha de Cannon estaba Teodoro Vail, el multimillonario presidente de la American Telegraph, Telephone Company

Provincia de Buenos Aires

SAN ANDRES DE GILES. — Fiesta irlandesa, en el colegio de Nuestra Señora de Luján, de las Hermanas de Jesús.

PARANA DE LAS PALMAS. — Pic-nic realizado por el club atlético «Argentinos Junior», en la isla «Carabelitas».



Muebles Norteamericanos, para escritorios
A LA MITAD DE SU VALOR

Somos importadores mayoristas y vendemos todo nuestro stock de muebles importados a menos que su precio de importación. Aún cuando no necesite muebles, le conviene comprarlos ahora. Esta es una oportunidad que rara vez se presenta. Los muebles que ilustran estos grabados, dan una idea del enorme beneficio que ofrecemos. Ordenes del interior reciben esmerada atención.

Pídase Catálogo N.° 159.	Precio Catálogo Mayoristas	Precio de Liquidación
1 escritorio cortina, N.° 395, de 1.27 mts. largo	$ 265.—	$ 198.—
1 " " " 396, " 1.52 " "	" 285.—	" 219.—
1 sillón giratorio G, " 75, basculante roble floreado	" 25.—	" 18.—
1 percha, trípode roble, N.° 633	" 40.—	" 28.—
1 biblioteca roble, especial, N.° 621	" 120.—	" 88.—
1 escritorio para máquina de escribir, N.° 260	" 125.—	" 94.—
1 silla para máquina de escribir, esterilla o madera	" 30.—	" 20.—
1 juego vestíbulo, compuesto de 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas, 1 mesa y 1 percha	" 220.—	" 150.—
1 percha suelta, N.° 200	" 65.—	" 48.—
1 mesa suelta, N.° 480	" 18.—	" 12.50

F. W. VOGEL Y C.IA
DEFENSA 467 Bs. AIRES

DARRAGUEIRA (F. C. P.) — La comisión de señoras y caballeros, que organizaron y dirigieron las romerías españolas.

AYACUCHO. — Cabecera de la mesa, en la demostración ofrecida por las señoras de la comisión de damas del hospital, a la presidenta honoraria de la misma, señora Adela Ocampo de Solanet.


VINO EMBOTELLADO
BENEGAS Hnos Y Cía
Trapiche
RESERVA
BENEGAS Hnos y Cía
LOS VINOS
"TRAPICHE"
representan el más alto grado de perfección a que ha llegado la industria vinícola.
BENEGAS Hnos. & Cía.
FLORIDA, 771
U. Telef., 1752, Avenida
SUCURSALES:
Rosario, Córdoba, Bahía Blanca, Tucumán, Mendoza, La Plata.

APUNTES Y RECORTES

UN BUEN CORAZON



— Mamita, mientras estabas fuera, vino un pobre que llevaba dos días sin comer.
— ¿Y le habrás dado algo?
— ¡Cómo no! Le di las píldoras que tomo para abrirme el apetito.

El mayor depósito de agua del mundo se encuentra en la Rajputana, India inglesa. Es un verdadero lago artificial que cubre una superficie de 60 kilómetros cuadrados, y se utiliza para el riego. Generalmente se le conoce con el nombre de lago o estanque de Dehbar.

El país de Europa que disfruta más horas de sol es España, que durante el año goza por término medio 3.000 horas la visita del astro vivificador; Italia, 2.300; Francia, 2.200; Alemania, 1.600, e Inglaterra, 1.400, menos de la mitad que España.

Inglaterra es, además, el país donde más llueve. En Escocia la cantidad de agua recogida en el pluviómetro es de 8.890 milímetros por año. En Londres llueve 178 días al año por término medio.

En Alemania las regiones más lluviosas reciben cuando más 1.290 milímetros.

En la región de los Alpes, es en San Bernardo donde más llueve: el pluviómetro marca anualmente unos 2.560 milímetros.

Milán tiene el privilegio de ser la población más lluviosa de Italia: marca 9.666 milímetros.

En España las poblaciones donde más días llueve, son Vergara, Bilbao, Oviedo y Santiago, todas en la región cantábrica. En Madrid llueve 95 días al año por término medio.

Uno de los cables telegráficos más largos del mundo que pone a Europa en comunicación con América, mide 3.890 kilómetros de largo. La línea telegráfica terrestre de mayor longitud es la que une a Port Darwin con Adelaida (Australia). Atraviesa más de 15.000 kilómetros de terreno.

OPORTUNIDAD



— ¿Cómo está la señora?
— Dice el médico que no llegará a mañana.
— ¿Ha perdido el conocimiento?
— No, señora; atiende a todo.
— Pues, haga el servicio de preguntarle, de mi parte, cómo hace los pasteles rellenos.

Las estadísticas demuestran que las personas que viven más tiempo son aquellas que en vida hicieron del almuerzo la principal comida del día.


PÁGINAS
LITERARIAS
LA ÚLTIMA
FLECHA
Por
RAMON PEREZ
BLANCO



LA ULTIMA FLECHA

POR RAMON PEREZ BLANCO

Ya se dispara, como en la crisis del poema, la última flecha del arco del Arquero. La aproximación del 31 de diciembre tapa el sol con la trepidante cortina de dardos que nublaba el horizonte clásico. Paralelamente, un sector del alma enlútase al consumarse y consumirse la aljaba del Año. La vejez será, en conclusión, una sombra de flechas; y los inocentes, degollados, teñirán de tragedia su arco sin estrenar. Quienes apuntamos, — centauros o amazonas, — a media carrera, vemos en el cielo un hemiciclo, atrás, ennegrecido por la lucha; y otro hemiciclo, en frente de nosotros, cuyo azul será desflorado por el tiro que sigue. Tal vez la cumbre de la vida nos da, como sensación principal, la de nuestra situación entre dos firmamentos: uno carbonizado y otro flamante, como casulla de abril. Y ante el seguro temor de que el carbón se propague a la casulla, quisiéramos fijar el tiempo desbocado, como se fija un corcel, por la brida, en un tronco; y entregarnos a lo estacionario, a lo anodino, o, cuando más, tomar dosis homeopáticas de ironía y de emoción, de piedad y de licencia, como en la cuarteta de Herrera Reissig:

Rezar un avemaría
rimados por la cintura,
y sorprendernos el cura
en esa impropia armonía.

Pero, ¿cuál de nuestros huesos escapará a la calcinación? El rédito que nos cobran las doce vértebras del Año es la ceniza de las nuestras. Libemos entonces, hasta las heces.

Yo consideraba, poco ha, en el taller de un pintor amigo, el monumento erigido a los Muertos en el cementerio del Pére Lachaisse. Del doble cortejo que, por la derecha y por la izquierda, entra al Orco, las figuras que más atraen mi conmiseración radical son las de las niñas y las de los ancianos puros. Porque a los unos y a los otros se les arrebata el rédito sin que hayan disfrutado el capital. En cambio, las parejas ya no pujantes, todavía no seniles, acceden al umbral plutónico en el instante ideal: el que separa la vigencia de la decrepitud. El brazo masculino y el brazo femenino concertaron su última flecha, y, para no sostener un arco inoficioso, se adelantan hacia el reino plutónico

No cualquiera logra el desenfado desdeñoso de un Montaigne, para decir: «Que la Muerte me atrape cultivando las coles de mi jardín imperfecto». Somos demasiado terrenales, y si aceptamos el agotamiento, no acordamos que se frustre la labor. A la sola enunciación de un prematuro punto final, reitérase el balido de un cordero inmolado en un prólogo sumarísimo.

Complementariamente, nos aterra el fantasma de la vida en la abolición del ser, cuando se arrastra un esqueleto valetudinario, un pensamiento inhibido y un corazón en desuso. Fútil apéndice, no te deseo. Tu posibilidad es dañina como el estrambote, notoriamente menguado, de unos versos discutibles. Como el quinto acto de una comedia que se desenlazó en el tercero. Como el reseco epílogo de una dama jugosa. Como el bostezo del entusiasmo. Que lo que fué mariposa no parodie a los reptiles. Que el poderío de nuestros miembros no se liquide como el de los osos cegatones y reumáticos de los circos.

¡Gallardos votos! Pero formulados con un cómico olvido de nuestra cobardía y de nuestra vileza sustanciales. Excelentes mendigos que saboreamos la migaja del mediodía y repudiamos la vespertina... ¿Quién nos dice que en la hora impotente no mendigaremos las migajas de la migaja? Este puntapié, no muy filosófico, que reservamos para el cascarón de la vida, bien puede convertirse, llegado el momento, en el anhelo de una moratoria indefinida para besar los personales harapos. Y tal oprobio no esplenderá, como el de Job, porque se reducirá a una prosaica voluntad de nutrición. Lloremos a Sagitario pidiendo limosna.

Uno de los aciertos de expresión que más me han conmovido en mis lecturas, pertenece a Lemaitre. Hállase, si mi memoria no claudica, en el comento de «La Leyenda Dorada» en que el estilista repuja la narración de las Once Mil Vírgenes. Estas, en grupos sucesivos, iban recibiendo la muerte en una pradera, bajo la saeta. Y al morir lanzaban «pequeños gritos modestos». ¡Pequeños gritos modestos! En estos tres vocablos se resume toda una facultad literaria. Y si he traído a cuento los «pequeños gritos modestos» que la saeta provocaba en las gargantas virginales, ha sido para conminar a los lectores a que escuchen el vasto e indomable grito del Año que agoniza. Porque nuestras flechas han ido matando a las Horas, cuyas quejas compendiadas y humildes se suman hoy para engrandecer la voz de protesta del Año que fallece. La caprichosa sensibilidad humana admite como fungible la Hora, más no el Año. Y el volumen del grito del 31 de diciembre no es, en realidad, más que el caudal de «los pequeños gritos modestos» que, en la pradera del martirio, hemos arrancado a las doncellas.

¡Y las cándidas mártires estaban hechas de nuestra propia sangre, modeladas por nuestra propia fantasía, caldeadas por nuestra propia pasión! Hemos sido suicidas, y seguiremos siéndolo. Sólo los inmortales no se suicidan. Nosotros, pobres Anquises y míseras Ledas, nos gastamos sin remedio, por más que la divinidad nos penetre. Confundimos el lecho con el sepulcro y sabemos, por una pávida experiencia, que la aceleración de aquél puede llevarnos, del vértigo de la vida, al Orco.

Nuestra última flecha será milagrosa, porque seremos tan veloces que alcanzaremos a dispararla y a recibirla, desempeñando, en un solo acto, al flechador y a la víctima.



Las aventuras de Pedro Simple

Por Federico Marriat

Al apearme del carruaje, pregunté al conductor cuál era la mejor posada de Portsmouth. Me indicó la de los Postes Azules, en donde los aspirantes, decía, suelen dejar sus maletas, tomar té y café, y olvidarse de pagar su desayuno. Creí que al hablar de aquel modo se burlaba de mí, porque al mismo tiempo se sonreía; pero me señaló junto al despacho del carruaje una puerta colocada entre dos postes o columnas de color azul. En seguida me insinuó que no olvidase al conductor, o lo que era lo mismo, que no olvidase darle un scheling. Así lo hice antes de entrar. El comedor estaba lleno de aspirantes, y como yo estaba con cuidado por mi maleta, me dirigí a uno de ellos, para saber cuándo llegaría el transporte.

— ¿Aguardáis acaso a vuestra madre?

— No; espero mi uniforme, y en cuanto lo traigan me quitaré este traje.

— ¿Y en qué buque os embarcáis?

— En el *Diomedes*, capitán Tomás Kirkwall Savage.

— ¿El *Diomedes*?... Decidme, Robinsón, ¿no fué a bordo de esa fragata en donde el otro día mandaron dar cuarenta y ocho latigazos a cada aspirante, por no haber hecho sus cálculos de longitud?

— Sí, sí — contestó el otro; — el capitán es un hombre terrible. Una vez mandó dar sesenta palos a uno de sus aspirantes, para enseñarle a llevar una cinta encarnada en su reloj.

— Es el mayor antropófago que hay en el servicio. Durante el último crucero se le ocurrió castigar a todo el cuarto de estribor, porque el buque no andaba todo lo que él quería. Es un Tamerlán.

— ¡Gran Dios!... — exclamé, — ¿y he tenido la desgracia de caer en manos de semejante hombre?

— Os compadezco sinceramente, porque vais a morir de fatiga. Ya no quedan más que tres aspirantes en la *Diomedes:* los demás, o han muerto o se han marchado. ¿No es verdad, Robinsón?

— Ahora ya no hay más que dos, porque el pobre Mattews ha muerto de cansancio. Ya hacía seis semanas que le obligaban a trabajar por el día, y a estar de cuarto por la noche: así es, que esta mañana le han encontrado muerto sobre su baúl.

— ¡Dios del cielo!... — dije, — ¡y sin embargo, el capitán Savage pasa por un hombre tan bueno para los aspirantes que se hallan bajo sus órdenes!...

— Sí, — contestó Rovinsón, — pasa por eso, porque procura esparcir esas voces por donde puede. Pero escuchad con atención lo que voy a deciros. La primera vez que le veáis cuando vayáis a participarle vuestra llegada, no dejará de deciros que tiene suma complacencia en veros: os preguntará por vuestra familia, y en seguida os mandará ir a bordo, y que os instruyáis en los deberes de vuestra profesión. Después, atención, manteneos firme. No olvidéis nunca lo que acabo de deciros, y ya veréis si es o no cierto. ¿Os podemos ofrecer un vaso de grog? eso os reanimará, pues parece que tenéis abatido el espíritu. ¿Qué será cuando os encontréis a bordo de la *Diomedes?*

Aquellos aspirantes me hablaron mucho de mi futuro capitán y me refirieron tan espantosos ejemplos de su crueldad, que reflexioné si no haría mejor en volverme al hogar paterno. Les consulté sobre el particular; pero me respondieron que me exponía a que me ahorcasen como desertor. Lo más prudente que según ellos podía hacer, era regalar al capitán algunas botellas de ron, y con eso me granjearía su afecto, por lo menos mientras durase el licor.

Debo confesar, aunque con rubor, que aquella tarde los midshipman me embriagaron completamente. No sé cómo me compuse para acostarme; pero me acuerdo que al día siguiente me levanté con un fuerte dolor de cabeza, y con recuerdos muy vagos de lo que había pasado. Estaba abochornado y confundido por haber olvidado tan pronto los consejos e instrucciones de mis padres, y me propuse no ser tan imprudente en lo sucesivo. Estaba absorto en estas reflexiones morales, cuando vi entrar en mi cuarto al midshipman que la víspera me había manifestado más amistad. Vamos, caballero Verde-botella, — dijo, — aludiendo sin duda al color de mi vestido.—Vamos arriba. Por cierto que estáis con un traje decente después de lo que habéis hecho ayer; el contramestre está abajo y pregunta por vos.

— Pues, ¿qué hice ayer noche? — pregunté asombrado: — ¿el capitán sabe que me embriagué?

— Vos mismo habéis hecho la diablura de dárselo a conocer. ¿Por qué os empeñastéis en ir al teatro?

— ¡Pues qué! ¿he estado en el teatro?

— Todos nosotros no pudimos impediros que fueséis. Estábais ebrio como la marrana del rey David. Vuestro capitán estaba allí con las hijas del almirante. Le habéis llamado tirano y señalado con el dedo. ¿No os acordáis? Le habéis dicho que no daríais un cuarto por su persona.

— ¿Qué debo hacer?... ¿qué será de mí?... ¡mi madre me recomendó tanto que evitase los excesos y las malas compañías!...

— ¿Las malas compañías?... ¿por quién lo decís?...

— No quería hablar de vos.

— Lo creo muy bien. Sin embargo, os aconsejo como amigo, que vayáis cuanto antes a la fonda Georges, en donde se encuentra vuestro capitán. Cuanto más le hagáis esperar, más se indispondrá contra vos. Os dirá si os admite o no a su bordo: de todos modos, siempre es una ventaja para vos el que no estéis todavía inscripto en el rol. Daos prisa, pues os aguardan.

— ¿El rol de a bordo decís?... pues recuerdo que el capitán escribió a mi padre participándole mi inscripción.

— ¡Tanto peor, mil veces peor!... — dijo el midshipman, — y salió con un aire tan triste como si le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Me levanté con la cabeza muy pesada y el corazón oprimido, y en cuanto me serené me dirigí a la fonda Georges. Llevaba una carta de recomendación, aunque esperaba de ella muy poco. En cuanto llegué, pregunté con voz temblorosa si vivía allí el capitán Tomás Kirkwall Savage, comandante de la fragata de Su Majestad, *Diomedes*. El criado me contestó que sí. Dos veces intenté entrar, y dos veces también me flaquearon las piernas; pero en fin, reuniendo las fuerzas que me quedaban empujé la puerta.

— Caballero Simple, tengo mucho gusto en veros — me dijo una voz. — Tenía la cabeza baja, porque no me atrevía a mirar de frente a mi terrible interlocutor; sin embargo, la voz era tan dulce que cobré ánimo. Pero, ¡oh desesperación!... al levantar la vista, ¿a quién diréis que reconocí? Al hombre de la capa, al que había querido abrir mi carta, y a quien había dicho que su conducta no era la de un caballero. Era él, con uniforme, charreteras y espada. Creí que iba a caerme muerto como el aspirante que había sucumbido de cansancio sobre su baúl. Iba a arrodillarme delante de aquel terrible personaje, y a pedirle perdón, cuando el capitán, observando mi turbación, comenzó a reirse y me dijo: ¿Con que me conocéis, caballero Simple? Está muy bien: no temáis nada: habéis hecho vuestro deber, no permitiéndome abrir la carta. Suponiendo como habéis debido hacerlo, que yo no era la persona a quien iba dirigida, habéis tenido razón en decirme que mi conducta no era la de un caballero; estoy satisfecho de vuestra conducta; pero tomad asiento, y hacednos el obsequio de desayunar con nosotros.

— Capitán Courteney — dijo al otro convidado, — he aquí uno de los jóvenes que comienzan el servicio conmigo. Hemos llegado ayer en el mismo coche. Y le refirió nuestra pequeña discusión, de la que ambos se rieron mucho.

Me iba reponiendo un poco, pero todavía faltaba el negocio del teatro, que era lo que más me apesadumbraba, y esperaba que quizá no me hubiese conocido. Felizmente, el capitán Courteney me sacó bien pronto del sobresalto, pues preguntó: Savage, ¿estuvistéis anoche en el teatro?

— No; ayer comí en casa del almirante, y cuando uno entra allí, le es muy difícil salir: ¡sus hijas son tan encantadoras!...

— Bien, dije para mí, si no estuvo en el teatro, de seguro no pude insultarle. ¡Si tratase ahora de ofrecerle el ron para conciliarme su afecto!...

— Caballero Simple — me dijo el capitán, — ¿tenéis buenas noticias de vuestra familia?

— Buenas, caballero, gracias: estoy encargado de haceros presentes los respetos de mi padre.

— Lo aprecio infinito. Ahora debo deciros que me parece haríais muy bien en pasar hoy mismo a bordo, y comenzar a instruiros en los deberes de vuestra profesión. (Aquellas palabras eran justamente las mismas que me habían dicho los aspirantes: luego era verdad; el miedo volvió a apoderarse de mí.)

— Tengo que daros algunos consejos — añadió el capitán. — Debéis obedecer a vuestros superiores sin vacilar y sin discusión, porque a ellos, y no a vos, corresponde examinar si una orden es justa o injusta. Jamás debéis jurar ni beber licores espirituosos: lo uno es inmoral, y lo otro la más vil de las costumbres. Yo nunca pruebo ningún licor, y espero que mis jóvenes oficiales hagan lo mismo. Podéis retiraros, y, en cuanto llegue vuestro uniforme, trasladaros a bordo. Al mismo tiempo, pues en calidad de compañero de viaje he podido observar ya algún tanto vuestro carácter, permitidme os recomiende no os fiéis con demasiada ligereza de los que encontréis por casualidad, pues de otro modo os exponéis a dejaros conducir al mal. Buenos días.

Saludé profundamente, y me retiré contentísimo de haber salido a tan poca costa de dificultades que había mirado como insuperables. Sin embargo, no sabía conciliar lo que me había dicho el midshipman con la afabilidad y el lenguaje del capitán. Al llegar a los Postes Azules, encontré a los aspirantes reunidos en el comedor, y les referí lo que me había pasado con el capitán. Cuando concluí, en medio de sus risotadas, me dijeron que no habían querido más que chancearse. ¿Llamáis a eso chancearse?—dije al que tan bien me había aleccionado por la mañana;—pues bien, yo lo llamo mentir.

— ¿Queréis aludir a mí, Cababallero Verdebotella?

— A vos mismo — le contesté.

— Pues, en ese caso, caballero, os pido la satisfacción que se debe a un hombre de honor ofendido. La muerte antes que la deshonra.

— Como gustéis — le contesté, — aunque para mí, sin duda, sería mejor el no batirme. Mi padre me ha rogado mucho que evite los duelos, porque es un crimen a los ojos de Dios; pero como sabía que tendría que sostener mi carácter de oficial, me ha dejado el arbitrio de decidir en último recurso lo que debo hacer.

Se convino en que al día siguiente por la mañana nos batiríamos a pistola. Examinando mi conducta, me pareció que, como oficial y hombre de honor, no podía rehusar el duelo; pero sin embargo, era muy desgraciado. No hacía todavía tres días que era dueño de mis acciones y ya me había embriagado e iba a batirme en desafío. Volví a mi cuarto y escribí a mi madre una larga carta, en la que coloqué un rizo de mi cabello, y después de derramar algunas lágrimas, sólo con el pensamiento del pesar que experimentaría si llegaba a ser muerto, pedí al mozo me prestase una Biblia, que estuve leyendo el resto del día.

Cuando me desperté al día siguiente, no sabía qué era lo que tanto me oprimía el pecho; pero en cuanto me despejé enteramente, me acordé de que dentro de una hora o dos, tenía que resolver una cuestión terrible con las armas en la mano. Oré con fervor, y tomé la resolución de no manchar mi conciencia con un asesinato inhumano, y disparar al aire. Después de esta hermosa resolución sentí mi corazón más aliviado. No estaba aún completamente vestido, cuando el aspirante que tan cortésmente se había ofrecido a servirme de testigo, entró en mi habitación y me anunció que el duelo se efectuaría en un jardinillo situado detrás de la casa: que mi adversario era excelente tirador, y que debía esperar el quedar con un brazo o una pierna rota, si no sucedía otra cosa peor.

— No sólo no me he batido, le dije, sino que jamás he disparado una pistola.

— ¿Es posible que no os hayáis batido nunca?

— Jamás; todavía no tengo quince años.

— Pues yo creía que teníais lo menos diez y ocho. (En efecto, era alto y robusto para mi edad, y siempre me suponían algunos años más de los que tenía en realidad.)

Me vestí y seguí a mi padrino al jardín, en donde encontré a todos los midshipman. Estaban tan alegres como si la vida de un hombre fuese una bagatela. Los padrinos se pusieron de acuerdo, midieron la distancia y nos colocaron a doce pasos. Creo que me puse pálido, porque mi padrino, inclinándose a mi oído me dijo que no tuviese miedo. Le contesté que no le tenía, pero que el momento me parecía solemne. El padrino de mi adversario vino a preguntarme si quería retractarme, a lo que me negué como antes. Entonces nos entregaron a cada uno su pistola, y mi padrino me enseñó lo que debía hacer para amartillarla y tirar. Se había convenido en que a una señal haríamos fuego a un mismo tiempo. Estaba tan persuadido de que iba a ser gravemente herido o muerto, que cerré los ojos al disparar al aire. Me parecía que se me iba la cabeza, y creí que había sido herido, pero afortunadamente no hubo nada. Volvieron a cargar las pistolas e hicimos fuego segunda vez, pero sin ningún resultado. Los testigos se interpusieron, declararon el honor satisfecho, y nos hicieron darnos las manos: en seguida volvimos a la posada a almorzar. Entonces supe que todos aquellos caballeros pertenecían como yo al *Diomedes*, y que habían querido probarme, porque nuestro capitán era un hombre terrible cuando se trataba de arrostrar el fuego del enemigo.

Mi equipaje llegó al día siguiente, y dejé mi vestido verde-botella para ponerme el uniforme. Todavía me faltaba mi sombrero de gala y una daga, pues el comerciante de míster Haudycock no me había suministrado aquellos artículos, que según decía, debía proporcionarme en Portsmouth. Cuando pregunté su precio, advertí que no tenía bastante dinero para comprarlos: suprimí, pues, la carta que había escrito a mi madre antes del duelo, y la substituí por otra, pidiéndola lo fondos que necesitaba. Salí en seguida de uniforme muy envanecido, debo confesarlo; era ya oficial al servicio de Su Majestad y me proponía sostener honrosamente mi carácter, aunque había sido reconocido por el más necio de mi familia.

Pero a pesar de mi uniforme y de mi desafío, las burlas de los aspirantes continuaron con más fuerza. Una mañana me envió a buscar el capitán, y llegué a su casa más muerto que vivo: me preguntó como había empleado el tiempo desde que estaba en Portsmouth, y creí deberle confesar que me había embriagado, que los aspirantes me habían hecho cobrarle un miedo espantoso, y que por fin me había batido en desafío.

Escuchó mi historia con atención, y varias veces sorprendí la sonrisa en sus labios, a pesar de los esfuerzos que hacía para ocultármela. Cuando concluí, señor Simple — me dijo, — no puedo dejaros en tierra, no hagáis todavía alguna experiencia del mundo a costa vuestra. Mi contramaestre no os abandonará hasta que os deje en seguridad a bordo de la fragata: cuando hayáis navegado algunos meses bajo mis órdenes, podréis saber por vos mismo si soy el hombre que os han dicho, con el único objeto, pues no puedo imaginar otro, de burlarse de vuestra credulidad.

Aquella entrevista había pasado mejor de lo que yo esperaba. Veía que el capitán creía en mi sinceridad, y que estaba dispuesto a tratarme bien, aunque me tuviese por un imbécil. El contramaestre me acompañó a los Postes Azules, en donde bien pronto arregló mi equipaje, pagué el gasto, y desde allí nos dirigimos a la lancha que debía trasladarnos a bordo del *Diomedes*.

— Vamos, muchachos, adelante y despachemos. El capitán manda trasladar inmediatamente a bordo a este joven. Se le priva de su libertad para enseñarle que no se embriague, y no corra tras de las faldas.

— Os agradecería que hicieséis vuestros comentarios en un tono un poco más respetuoso, señor contramaestre.

— ¿Señor contramaestre?... hacéis muy bien, caballero, en poner una asa a mi nombre. Vamos, chicos, boguemos con presteza.



LINTERNA MAGICA

Por

FRAY MOCHO

Amarrado el bote, que estaba vacío — pues no podía llamarse carga al barril del agua, a un par de baldes, tres carabinas Winchester, una olla, una pava, algunos trozos de leña y atados de cachiyuyo seco, — bajaron a tierra los tripulantes, conduciendo sobre una parihuela, hecha con los remos, al esperado Rinck-rinck.

Cuando se unieron a nosotros, dejaron su carga y dirigiéndose a Kasimerich, dijo el enfermo, que parecía no habernos notado:

— ¿Cómo te va, viejo amigo?... Esta vez no vengo a tu casa, sino que me traen los compañeros... ¡Aquí me tienes con las piernas quebradas!... Me despeñé y quién sabe cuándo volveré a levantarme.

— No ha de ser tanto, O'Neild... Ya sabes que aquí estás en tu casa y entre los tuyos. ¿No ves los amigos que te reciben?

O'Neild alzó su gorra, que casi le cubría el rostro, se incorporó, y dando vuelta la cabeza, miró hacia donde estábamos nosotros, lanzando un grito, mientras Smith y Oscar corrían a abrazarle.

Y tomando la parihuela, emprendimos viaje hacia la casa.

Eran los compañeros de O'Neild *dos chilenos* cuyas caras cruzadas de cicatrices demostraban bien a las claras que su vida no había pasado sin borrascas de taberna, un holandés cojo, un indio yaghán criado en las misiones inglesas y un norteamericano, viejo conocido de Smith y de Oscar, a quien éstos llamaban Velacho de Gavia, aludiendo a su estatura reducida y a su cuerpo rechoncho y medio cuadrado.

Kasimerich cedió su sillón de honor al enfermo y luego Smith, descubriéndole las heridas que tenía en las piernas, las examinó con toda atención, y después de declarar que tal vez no se tratara de una quebradura, las vendó cuidadosamente y añadió que era necesario trasladar el herido a Punta Arenas.

— Eso pensaba yo — exclamó Kasimerich, — y recordaba que quizás esta noche venga el «Huemul», que anda hace días recorriendo el Canal de Beagle... Si viene, estamos salvados: el capitán es mi compadre de óleos, y hombre de corazón. ¡Aquí en los canales ha habido hombres buenos y generosos como Piedrabuena, por ejemplo, pero éste es de los mejores!

Y como era natural, Kasimerich procedió a atender a los compañeros de O'Neild, previa consulta a éste, pues exigían ropas nuevas, jabón, bebidas y otras gollerías.

— Puedes darles no más, hijo, haciendo la cuenta a cada uno. Tenemos unos doce kilos de oro y bien se pueden permitir un lujo.

Y allí presencié lo que era el negocio de Kasimerich.

— ¡Una camiseta a mí y un pantalón!

— ¡Un saco y un sombrero a mí, y medias, camiseta, pantalón, faja!

— *¡A ver, aquí, atienda!... ¡Una muda completa!*

— ¡Calma, paciencia!... Las camisetas valen veinte gramos; pantalones, treinta; fajas, quince...

— ¡Vaya!... ¡Nadie le pregunta eso: traiga y cobre! ¡Lo que es, es... y se acabó!

Y a poco iba toda la clientela camino del arroyo, donde haría sus abluciones y cambiaría sus harapos por las prendas que llevaba al brazo, extraídas de los rincones de la sala común, ante nuestra vista, pero sin que viéramos de dónde salían.

— Sí, señor — dijo O'Neild dirigiéndose a Smith, — hemos hecho un cateo de seis meses, partiendo de los ventisqueros de Londonderry, hacia adentro. Hemos buscado las faldas del monte donde, según Chieshcalan, que es ese indio que nos acompaña, el oro brota de la tierra. Nos chasqueamos: no es oro sino mica. Para llegar allí, agotamos las provisiones y tuvimos que vivir de frutas, de esos hongos que salen en el tronco de los coigües y de pájaros. Fué bárbara nuestra decepción: ninguno de los seis había dejado de echar sus cuentas alegres y de construir sus castillos en el aire. Caminamos hacia la costa y en un arenal que parecía ser fondo de un lago desecado, cavamos un pozo y hallamos arena negra, *surca*, ¿sabes? Lavamos en una vertiente próxima y era regular, mejor que nada, seguramente.

En cuatro meses nos ha dado doce kilos, que no es poco, pero que no es tanto como para arriesgar el número uno.

— Hasta aquí no veo cómo se te abrió el rumbo ese que te tiene a pique.

— ¡Ah!... Habíamos caminado tres días, ya de vuelta adonde dejamos el bote escondido cuando nos internamos: veníamos casi sin comer y el hambre nos traía locos — pues al acercarse a las neveras que alcanzan a la costa, no se halla ni con qué alimentar un tucu-tucu, — y determinamos, para abreviar camino, faldear un picacho medio escarpado. No sé cómo sería, pero de repente nos alcanzó un alud, una de esas avalanchas del diablo, que venía corriendo de risco en risco, tal vez desde el infierno, y envolviéndome unas ramas de árbol, fuí con ellas a dar abajo... Si no hubiese sido por los muchachos, que se han portado, no sé lo qué me pasa, o mejor dicho, lo sé muy bien: me quedo allí como tantos. ¡Medio día perdieron en buscarme, y otro medio día en ponerme en franquía!... ¡Ha sido una campaña en regla!

— ¡Qué Rinck-rinck éste!... — añadió Oscar. — ¡Siempre metido en aventuras y peligros, pero siempre escapando!

— ¡Así es!... ¡Ese es el destino y no hay qué hacerle!

— ¿Te acuerdas de los malayos?... ¿Ahora once años?... ¡Yo creo que Smith sueña todavía con ellos!

— ¡Bah!... ¡Gran cosa!... Confiesen, sin embargo, ahora que ya eso no es más que historia: nunca creyeron ustedes que yo asaltara el barco, ¿no es verdad?

— ¡Oh! ¡Oh! — repuso Smith; — yo sabía que sí, pero no sabía cuándo; y el hecho era que ya no había espera: Oscar y yo estábamos atados y el negro aquél de nariz partida, que hacía de capitán y que ahora estará en el infierno seguramente, estaba ocupado en afeitarme las piernas con su machete, mientras otro le desollaba el brazo a Oscar, cuidadosamente, para sacarle una fragata que tenía pintada. ¡Oh! ¡Oh!... ¡nuestro pescuezo no valía medio penique!

— Cuando ustedes atracaron a popa y saltaron arriba, los malayos se replegaron al centro y pensé que si peleaban, nosotros íbamos a pagar el pato: ¡quedábamos entre dos fuegos!... ¡Suerte fué que no tuvieran pólvora!

— Casi nunca la tienen y por eso abordan y pelean al arma blanca. Cuando avisaron en la goleta que el bote de ustedes había sido apresado por los piratas, le dije al capitán que no hiciera apresto ninguno, y sigilosamente salí con cinco muchachos elegidos y pegué el golpe.

— ¡Hombre!... y tan a tiempo, que si tardas diez minutos a esta hora andarían nuestros huesos correteando por las costas de Van Diemen... ¿Y qué te hiciste después de ese viaje a Polinesia?

— Me quedé en Australia, y de allí nos vinimos a Chile con Velacho, que anda conmigo hace tanto.

— ¿Es ese que viene ahí, ahora?

— ¡El mismo!... Fué también él quién mató al capitán malayo que te afeitaba las piernas. ¿Y ustedes qué se hicieron desde entonces?

— Nos quedamos en Sidney, como recordarás, pues Oscar tuvo que curarse y nuestro contrato estaba concluído: de allí yo me fuí a Inglaterra de contramaestre en el «Robert the Devil» y él siguió su caravana también, hasta que nos juntamos en Malvinas el año pasado. Este estaba de capataz en una fábrica de manteca que ha fundado Róbertson, el bello Róbertson... ¿lo recuerdas?...

En este momento penetraron en la sala, cantando, los que habían ido a transformarse en el arroyo: venían blancos, limpios, y respirando contento:

— ¡A ver, tabernero!... ¡Venga whisky y déle al acordeón ese que, según las muchachas, tiene por ahí!... ¡Vamos a desquitarnos!

— ¡Música!

— ¡A ver si se mueve, niño! ¡Mire que no estamos dormidos ni nos gusta estar al pairo!

— ¡Niño, eche guachacay!

Y comenzó una baraúnda y una gritería infernal, ensordecedora. Smith y O'Neild hablaban de negocios y parecía que no la escuchaban, mientras Oscar, Calamar y la Avutarda se reían de las chinas que los huéspedes habían tomado como cosa propia y que seguían la jarana de muy buen humor, olvidando, en manos de Kasimerich, la gran ollada que serviría de almuerzo y que hervía a más y mejor.

Cuando estuvo listo el potaje — uno de esos guisos de porotos con tocino y chorizos, que hacen la delicia del roto chileno, — el posadero improvisado llenó un plato de lata para cada comensal y juntamente con una gran tajada de pan, hizo la distribución, sin fijarse ni en la posición ni en el paraje que cada uno eligiera para hacer la comida; aquello era el rancho de los marineros en los buques mercantes, ni más ni menos.

El ruido de los dientes apagó la algarabía, y durante cinco minutos el silencio sólo se interrumpió para pedir más ración o vino panquehua, que parecía brotar de un rincón obscuro, al cual, cada vez que se oía una voz reclamándole, se acercaba Kasimerich con una jarra vacía, retirándose después con una llena, que negreaba, como si contuviera tinieblas de las que encerraba el fondo de la sala.

— ¡Buen tiempo hacía — exclamó uno de los chilenos, — que por este gañote no pasaba un chorro de panquehua!... ¡A ver, niño, alcance el guachacay!... ¡Este almuercito pide un litro... por ahora!

— ¡Alto ahí!... — gritó Velacho. — Mientras el capitán esté con nosotros, hay que aguantarse al ancla... ¡Ya te lo he dicho, Montoya!

— ¡Aquí no hay capitán, ni nada!... ¡Yo soy igual a cualquiera!... Y... ¡vaya!... quiero mi parte de una vez: ese orito está corriendo riesgo... Que se haga el reparto y... ¡venga el guachacay!

Como la cuestión tomaba giro desagradable, dijo otro de los acompañantes de O'Neild:

— ¡Vengan las chinas!...

— ¡Bueno!... — replicó Montoya, parándose y acercándose al Velacho dando traspiés y llevando en la mano la navaja con que momentos antes cortaban el pan. — Eso es camama, no más... ¡El orito y el guachacay es lo que quiero!

Velacho permaneció indiferente y como sordo a la provocación.

— ¡Vea!... ¡Oiga! — siguió Montoya. — ¡Contesta, o lo rajo!

Y uniendo la acción a la palabra, tiró una puñalada a su contrincante, que, rápido como el pensamiento, esquivó el golpe, y alzando una piedra que estaba a sus pies, la dejó caer sobre la cabeza del borracho, que rodó por tierra.

Todos creímos que era un desmayo sin consecuencia; pero pronto nos desengañó la voz de una de las chinas, que, estando acurrucada cerca de una barrica, había corrido a auxiliar al caído:

— ¡Está muerto!... ¡La sangre corre hasta aquí!

— ¡Claro que está muerto! — repuso Velacho con la mayor tranquilidad; — ¡ya se sabe que yo no pego por juguete!

Y como en ese momento sonaba el pito de un vapor que se acercaba, dijo Kasimerich, como si se tratara de una cosa natural y refiriéndose al cadáver:

— ¡Saquen eso para allá, para el fondo! Ahí está el «Huemul». ¿O'Neild, te irás no más?

— ¿Y si no?... ¡Arréglame todo!... Ya sabes: cuatro y venimos de afuera; somos náufragos.

— ¿El indio se queda?

— Sí. Chieshcalan se va como pasajero con Smith hasta Yandagaia: ya está arreglado.

Kasimerich bajó a la playa, tomó un bote y se dirigió a bordo.

Diez minutos después, y luego de dejarle a Chieshcalan el oro que le correspondía, O'Neild y los suyos subían al vapor y éste seguía su camino de recorrida, mientras Montoya era conducido por las chinas y sus perros a su última morada — un pozo excavado al pie de una colina, no lejos de la casa.



Hablábamos de Escalante, el poeta montañés. De súbito, me dijo:

— Si hay alguna cosa que huelga en el mundo, esa cosa son los versos.

No pude menos de expresarle mi extrañeza. Pase que lo hubiese dicho un rústico cualquiera, sin imaginación ni nervios; pero no él, tan culto y tan artista.

Sus ojos brillaron. Se acercó más a mí, como si quisiera hacerme alguna confidencia íntima, y con una sonrisa burlona, me dijo:

— Pero, de veras, ¿todavía cree usted en la *utilidad* de los renglones cortos?

(Aquí comenzó a hilvanarse el diálogo).

— Protesto de ese concepto de lo útil, aplicado a una obra poética. Util es un par de zapatos; un camino es útil; no puede decirse lo mismo, por ejemplo, de las *Noches*, de Musset. No creo en la *utilidad* de los versos, como usted dice, sino en su encanto y su belleza, cuando son buenos.

(Mi amigo se sonrió de nuevo — esta vez con ironía. Debo advertir que le gusta llevar siempre la contraria y que está dotado de un poderoso instinto crítico.)

— No está usted en lo cierto; se puede hacer, técnicamente, versos magníficos, que no tengan el menor chispazo de poesía. La retórica es esto. Pocos poetas castellanos han hecho versos más malos que Campoamor, según el retoricismo clásico; y sin embargo, no sé de ninguno, en nuestra literatura, que haya sido más intenso y más hondo que él.

— Luego resulta, por su propia confesión, que los versos sirven para algo, puesto que sirven para mostrarnos poetas de enjundia. Veo que rectifica usted demasiado pronto.

— Nada de eso. No se me ha ocurrido afirmar que no representen un valor apreciable. He dicho que huelgan — lo que no es lo mismo. Todo lo que en ellos se expresa puede hacerse mucho mejor en prosa.

— Entonces no concede usted ninguna importancia al ritmo. Fíjese bien: un determinado número de sílabas, agrupado de cierta manera en una serie de estrofas, produce en el lector comprensivo y atento una sensación compleja y rara, — sólo puede explicarla el que la siente, — la cual es como una llave que abriese la puerta de su mundo interior. La cerradura resiste en la mayor parte de los casos, bien porque es vieja, o porque está llena de orín, o porque es defectuosa, o porque es complicado su mecanismo, y la llave da varias vueltas..., ¿comprende usted? Es lo que pudiéramos denominar el efecto rítmico. Hay casos en que cede a la primera vuelta, es decir, a la primera evocación poética; pero esto ocurre muy raras veces, cuando se da el sorprendente caso en que ambos, lector y poeta, se comprenden desde el primer verso hasta el punto de convertirse espiritualmente, por aquel momento, en una sola y misma persona.

— Todo eso es pura metafísica, que no resuelve nada. Oiga, amigo; usted habla del ritmo externo, de lo que entra por el oído; pues la prosa lo tiene, y a más su ritmo interior, que se expande plenamente, sin debatirse, sometido a las exigencias de la métrica. No hay poeta que no sea obscuro, ni artificioso, ni pleonástico, porque el verso es un lenguaje artificial. La idea matriz se escapa, el sentimiento primitivo palidece, cuando encerramos dentro de límites dados sus medios de expresión; tenemos que vencer en este caso dos dificultades: dar forma adecuada a nuestros peculiares modos de ver o sentir la belleza; someter esa misma forma al yugo tiránico de la rima y el número, y esta doble preocupación aminora las más de las veces nuestras más preciadas facultades, que son la claridad y la espontaneidad. Para decírselo todo de una vez: siempre que leo una poesía, por notable que ella sea, me parece que veo a su autor contando sílabas con los dedos.

— Pero no me negará usted que se trata de un arte, tanto más hermoso cuanto más difícil...

— Sí, sí; un arte, indudablemente, pero innecesario. La pintura, la música, la escultura, la arquitectura, tienen una finalidad propia, en sus dominios respectivos, y dentro de ellos son insustituíbles; la poesía, no; como una íntima representación de las cosas, palpita en todas las modalidades del arte, en la naturaleza, en la vida; y se puede ser un gran poeta escribiendo en prosa, sin haber compuesto siquiera un minúsculo verso de cinco sílabas. Escribamos en prosa. Es más racional. El hombre no nos da sus impresiones en un lenguaje de asonancias y consonancias. La naturaleza no habla así tampoco. ¿Sabe usted del mar, que haya cantado alguna oda? Además el prosista dice lo que quiere.

— Sin embargo, no puede negarme usted que escribiendo en verso puede la pluma llegar a un relieve plástico insuperable. Fíjese si no en Teófilo Gautier, el autor de «Esmaltes y Camafeos». Cada una de sus descripciones parece un trabajo hecho con un pincel.

— Eso prueba que Gautier hubiera sido un pintor extraordinario. Erró su vocación y sólo produjo pequeñas obras maestras de un hombre de talento, cuando con el pincel en la mano hubiera sido un Rembrandt o un Velázquez; es decir, un genio. ¿Quiere usted leer páginas descriptivas de primer orden? Pues tome a Chateaubriand, que tiene el secreto del colorido, de la melancolía y de la gracia; por eso fué un renovador de la prosa francesa.

Mi interlocutor se animó. Peroraba en voz alta, como si ocupase la tribuna de un club. Sus gestos eran firmes, sus ademanes, amplios, como quien está firmemente convencido de lo que dice y quiere esparcir sus opiniones a los cuatro puntos cardinales. Amontonaba paradojas y citas, como si las hubiese tenido previamente dispuestas en un rincón del cerebro. (Vino gente; se agruparon los curiosos.)

Cuando ya se iba debilitando el discurso, llegó a la tertulia un escritor modernista portando un libro de versos: una antología de poetas franceses.

El orador, — que es también un bibliófilo, — le arrebató el volumen de las manos, abrió al azar una página, se enfrascó por breves instantes en la lectura; después, alzando los ojos, exclamó con voz vibrante:

— ¡Es realmente soberbio este Alfredo de Vigny! Ved que rasgos:

Gémir, pleurer, prier, est également lache.
Fais énergiquement ta longue et lourde tache
Dans la voie ou le sort a voulu t'appeler,
Puis, apres, comme moi, souffre et meurs sans parler.

Hermoso, ¿verdad?



MI CABALLO

Tiene el bello alazán en que paseo,
Nerviosidades de bagual salvaje,
Y alegrías de sol en su pelaje
En que una seda del Oriente veo.

Cuando agita en su artístico escarceo
Los tersos brillos de bruñido herraje,
Tiene todo lo extraño de un miraje
Que se pierde en un vivo centelleo.

Ese hermoso corcel, por la mañana,
Bajo un arco polícromo de bruma,
Al detenerse frente a la ventana

Donde me esperan con delicia suma,
Rinde homenaje a una gentil sultana
¡Vertiendo rosas de argentada espuma!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.